El invierno que nos volvimos a enamorar






Verónica Espinosa

Copyright © 2026 Verónica Espinosa
Safe Creative:

PERFILES SOCIALES:
instagram.com/ veronicaespinosa.autora
twitter.com/AutoraVeronica

DISEÑO Y MAQUETACIÓN:
Diseño de cubierta: Verónica Espinosa
Maquetación: Verónica Espinosa

Todos los derechos reservados. Queda prohibido, sin la autorización de los titulares del copyright y bajo las sanciones establecidas por la ley, la reproducción de esta obra por cualquier medio o procedimiento. No obstante, sí está permitida la reproducción parcial de esta obra con fines promocionales, publicitarios, reseñas del contenido de la misma en cualquier medio escrito o digital, con la única obligación de mencionar al titular de copyright.

Este relato ha sido publicado de forma autónoma por el titular del copyright, sin el apoyo de una editorial y/o terceros. Por este motivo, es posible que el contenido pueda tener algunas erratas y/o errores ortográficos.

Pasamos mucho tiempo ganándonos la vida,
pero no el suficiente tiempo viviéndola.
Teresa de Calcuta

CAPÍTULO 1

La casa cerrada
BEATRIZ

Vall de Bruma,
Sábado, 10 de enero del 2026

El tren frena y lo hace con su chirrido característico. En cuanto las puertas se abren, el aire helado de Vall de Bruma me golpea en la cara como si el invierno entero hubiera estado esperándome para darme la bienvenida de manera brutal. Cierro los ojos un segundo por puro instinto; enero aquí nunca fue sutil, pero había olvidado hasta qué punto sabe clavar sus dientes. Respiro hondo y el olor a leña quemada se mezcla con el de la tierra mojada y esa sensación de lejanía que debería resultarme indiferente después de tantos años... pero no es así.

Bajo del vagón con la torpeza de quien ya no está acostumbrada a estos andenes tan pequeños y me quedo parada un rato, dejando que el frío me envuelva y que el silencio me recuerde dónde estoy. La estación es más pequeña de lo que la recordaba; un edificio de piedra, dos bancos muy desgastados por el tiempo y un reloj que lleva años marcando las tres y veintisiete como si el tiempo se hubiera rendido. No hay nadie. Ni un alma esperando, ni voces, ni el ruido de maletas arrastrándose. Solo el viento colándose por las costuras de mi abrigo y el eco lejano de algunos coches que circulan por la carretera más cercana.

Camino hacia la salida y siento, muy adentro, cómo una parte de mí tira hacia atrás, recordándome que todavía puedo subir al siguiente convoy, volver a Barcelona y fingir que este viaje nunca ocurrió. Pero no puedo. La muerte de mi abuela

Alberta nos pilló a todos desprevenidos y a mí, especialmente, me golpeó de lleno en el pecho, recordándome todo lo que dejé colgando cuando me fui.

Ajusto la correa de la cámara que cuelga de mi cuello, quito la tapa del objetivo y, casi sin pensarlo, disparo un par de fotos con esa culpa rara de quien fotografía algo que una vez abandonó. El obturador suena demasiado fuerte en medio de tanto silencio, pero en la pantalla he captado una estampa que me roba una sonrisa.

Vall de Bruma está exactamente igual y, a la vez, completamente distinto. La nieve lo cubre todo con una capa espesa que convierte las casas en postales de cuento; las chimeneas echan humo en columnas grises que se deshacen contra un cielo de color plomizo. Camino con mi bolsa de viaje sujeta en la mano, y decido montarme en el primer taxi que veo.

Ya en el interior del vehículo, rodeada nuevamente por la calidez de la calefacción, me doy cuenta de que nada se ha movido de lugar; todo sigue en el mismo sitio. Hasta el letrero de la cafetería más conocida de la zona que sigue balanceándose con la misma cadencia hipnótica, las macetas medio rotas que adornan la entrada del supermercado o el banco donde Jaume —mi mejor amigo de la infancia— y yo nos sentábamos a comernos los bocadillos de la merienda.

—Solo unos días —me repito mentalmente mientras fijo mi mirada en las calles—. Ordeno la casa y me largo.

Pero yo sé perfectamente que es una mentira piadosa que me cuento para que este estado en el que me encuentro, duela menos.

No sé el tiempo que tardamos, pero al doblar la esquina aparece la finca de mi abuela. Sigue ahí, firme, con su fachada de piedra cubierta por la hiedra que mi ella mimaba como si fuera una hija más y que, contra todo pronóstico, ha sobrevivido al abandono. La verja de las ventanas está más oxidada que

nunca. Sin embargo, las ventanas y la puerta —pintadas de verde— han resistido a la humedad del pueblo.

Tras pagar el viaje al taxista, recojo mi bolsa del maletero y me tomo unos segundos para respirar. En el interior de esa casa se encuentran miles y miles de recuerdos que no he olvidado, pero que han permanecido dormidos a lo largo de estos años; momentos inolvidables que dejé atrás cuando decidí abandonar este pueblo para marcharme a estudiar lejos.

Atravieso el jardín seco, subo las escaleras del porche e introduzco la llave con el corazón en la garganta; gira con un chasquido que suena a película de terror y, cuando empujo, el silencio me recibe. Huele a cerrado, a esa vida que se detuvo de golpe cuando mi abuela ingresó en la residencia después de que su enfermedad se volviera insoportable.

Mi abuela murió hace dos semanas, pero la casa parece no haberse enterado de ello. El salón está igual; la misma alfombra junto a la chimenea, todas esas fotografías acumuladas en las estanterías, los visillos que ella misma cosió una tarde mientras me contaba el cuento de Caperucita Roja. Todo se ha quedado congelado, como si alguien hubiera agitado una varita mágica y nos hubiera encerrado dentro para siempre en una bola de nieve.

Dejo la bolsa junto al sillón y lo primero en lo que me fijo, es en su taza favorita sobre la mesa auxiliar: vacía, cubierta de polvo; la imagino llena de ese té de manzanilla con miel —su favorito— y siento que la garganta se me cierra. Me niego a llorar nada más llegar —no quiero convertir esto en un melodrama—, pero las emociones nunca piden permiso para nacer.

Recorro el salón despacio, casi de puntillas, como si temiera despertar a los fantasmas de un pasado que se recrea ante mis ojos. Sobre la mecedora está su chal de lana, perfectamente doblado. Lo cojo, lo desdoblo y me lo echo por los hombros; huele todavía un poco a ella, a jabón de Marsella y

a esa lavanda que colgaba en el armario. Cierro los ojos y me abrazo a mí misma en un gesto ridículo, pero que me ayuda a traerla de vuelta, aunque solo sea un segundo.

Era mi abuela, sí, pero también fue mi madre, mi refugio, mi todo. Y ahora este vacío que llevo dentro pesa más que la bolsa que he traído conmigo.

Mis ojos se mueven solos por las fotos que llenan el espacio; retratos antiguos, paisajes desteñidos y un montón de imágenes mías. Yo corriendo descalza por el prado junto a Jaume, yo con doce años y el pelo lleno de trenzas, yo con diecisiete apoyada en esta misma puerta con cara de quien cree que el mundo le pertenece. Observo mi reflejo en las vitrinas de la alacena y me doy cuenta de que aquella Beatriz todavía pensaba que se podía elegir un camino sin dejar cadáveres atrás; que no importaba las elecciones, las personas que amabas siempre estarían ahí para acompañarte. Qué equivocada que estaba entonces y qué absurdo fue marcharse. Si me hubiese quedado aquí, habríamos pasado mucho más tiempo juntas.

Fui yo quien decidió que estaría mejor en la residencia. Sobre todo, después de que el alzhéimer se la llevara del todo y convirtiera sus días en un silencio sordo y doloroso. Hacía años que ya no era la misma; solo quedaba su cuerpo y aquellos ojos azules perdidos en ninguna parte. Aun así, la culpa me recorre cada que pienso que la abandoné y no me hice cargo de sus cuidados.

Me abrazo a mí misma y voy hacia la cocina. Los azulejos verdes, la jarra de cristal azul de las limonadas, el delantal de flores detrás de la puerta… todo sigue ahí. Una silla corrida, la misma que usaba para calzar la puerta cuando soplaba el viento del norte. Abro un armario al azar y encuentro latas caducadas, paquetes de té que ya no huelen a nada y, en el fondo, mi taza de la Sirenita, la que usaba cuando tenía ocho años y creía que las princesas también podían viajar y conocer mundo.

Me cuesta respirar y me apoyo en la encimera con los ojos cerrados.

—Vamos, Bea, respira —me digo en voz baja—. Es solo una casa.

Pero no lo es. Es el trozo de vida que congelé cuando decidí irme a Barcelona a estudiar turismo con la idea tonta de llenar mi futuro de experiencias y conocimiento.

Salgo de la cocina y avanzo por el pasillo; la madera cruje bajo mis botas como si protestara por mi regreso. Paso por delante de su dormitorio y me detengo en el marco. La cama está hecha, la colcha de ganchillo perfecta, y sobre la cómoda siguen alineadas esas figuritas de porcelana que siempre me parecieron horrorosas y que ahora me parecen lo más tierno del mundo.

Me acerco a la ventana, aparto la cortina y ahí está el colegio, a unas pocas calles, con el patio vacío y cubierto de nieve. La mente me arrastra hacia el pasado, y de pronto, me veo en ese patio, corriendo junto a Jaume y Sara. «Sara», mi mejor amiga, mi primer amor y también mi primer fracaso amoroso.

No he regresado para encontrarme con ella. Pero desde que el notario me llamó y me dijo que la casa era mía, la posibilidad de encontrármela por el pueblo ha estado rondándome la cabeza como una canción que no consigo quitarme. Sé que ella sigue viviendo aquí; la última vez que hablé con Isabel, su tía, me dijo que las cosas le iban bien. Así que supongo que el reencuentro será inevitable.

Vuelvo al salón con el chal todavía puesto sobre los hombros y me quedo de pie en medio, sin saber hacia dónde ir. La casa está helada; la chimenea parece limpia, pero no me atrevo a encenderla todavía. Busco con la mirada algo de abrigo y tras encontrar una manta, me la echo por encima y me siento en la mecedora. Afuera nieva, así que cierro los ojos y dejo que el cansancio me alcance. El viaje, el frío, los recuerdos, toda

pesa. Estoy agotada de la ciudad, del ruido constante, del ritmo que impone Barcelona, de ese trabajo que siempre fue mi pasión y que ahora ha perdido su magia —aunque una no quiera admitirlo—. Aquí, en cambio, el silencio es tan grande que casi se puede tocar con las manos. Lo echaba de menos, tanto que cuando mis ojos se abren de nuevo, la luz del atardecer se cuela por las rendijas y va a parar justo a una caja de madera tallada que hay sobre la mesita. La conozco perfectamente: ahí guardaba mi abuela las cartas importantes, los recibos de luz, los documentos que no quería perder de vista.

Me levanto, la cojo con cuidado y me siento en el brazo del sillón. Al abrirla, lo primero que veo son sobres con mi nombre escrito con su letra temblorosa. Cuatro o cinco cartas que nunca me envió, que no sé por qué escribió, pero que, con solo tenerlas entre las manos siento que algo se me rompe por dentro.

Aprieto la caja contra mi pecho y observo todo a mi alrededor. Hay tantas cosas de las que me arrepiento... Tantas promesas que no cumplí, tantas veces que dije «el año que viene vuelvo seguro» y nunca lo hice. Ya no puedo retroceder. Solo me queda ordenar esta casa, despedirme y seguir adelante con esa vida que elegí en Barcelona y que hace ya un tiempo que dejó de hacerme feliz.

CAPÍTULO 2

Los reencuentros y sus efectos
BEATRIZ

Unas horas más tarde

Después de varias horas enfrascada en la tarea, por fin he logrado adecentar lo que hace tantísimo tiempo fue mi dormitorio. La poca ropa que traje conmigo cuelga ya en el armario, compartiendo perchas con algunas prendas que se quedaron olvidadas aquí el día que decidí marcharme. Al abrir los cajones, he encontrado objetos que pertenecieron a la Beatriz que creció entre estas cuatro paredes... Todo intacto, como si el tiempo se hubiera detenido para ellos, recordándome que una parte esencial de mí se quedó estancada en Vall de Bruma, anclada a este lugar que me vio crecer y del que me mantuve alejada durante tanto tiempo.

No he podido dejar de pensar ni un solo segundo en las cartas que encontré esta mañana. Me pregunto qué habrá escrito en ellas, qué secretos, qué reproches o qué despedidas dejaría mi abuela en ellas. Me pregunto por qué nunca llegaron a mis manos y, sobre todo, por qué decidió guardarlas. Ella era una mujer especial, dulce, maravillosa y la sola idea de abrir uno de esos sobres y rememorar su voz en mi cabeza —esa voz ronca y cálida que me arrullaba cuando tenía pesadillas— me encoge el corazón y me deja sin aire. Sé que, si las leyera ahora, me rompería en mil pedazos otra vez, y ya me ha costado demasiado trabajo reunir los fragmentos suficientes para atreverme a poner un pie en este pueblo helado.

Al final, es el hambre —un hambre física, real, casi animal — lo que me obliga a salir de casa. No es que tenga ganas de

enfrentarme al mundo; preferiría quedarme aquí, alimentándome de polvo y de recuerdos agridulces, pero eso no es posible. Necesito llenar los armarios, aprovisionarme de comida y de productos básicos para sobrevivir estos días mientras recojo todo, decido qué hacer con la casa y, tal vez, con lo que queda de mí misma.

Cojo el abrigo del perchero, me lo pongo con lentitud y me ajusto la bufanda hasta casi taparme la nariz. Sé que afuera hace un frío que corta la piel porque dentro de casa ya se nota, así que respiro hondo, empujo la puerta y salgo. Sigue nevando, aunque ahora los copos caen más despacio, como si el cielo también estuviera cansado. El crujido de mis botas al hundirse en la nieve recién caída resuena hueco y solitario, marcando el ritmo de mis pensamientos mientras avanzo por la calle principal.

Vall de Bruma nunca ha sido un pueblo famoso y, en esta época del año, parece completamente desierto. Apenas se ve un alma. Las calles, flanqueadas por casas de piedra y balcones cerrados, están tan silenciosas que hasta llega a incomodar. Incluso —y sé que suena a locura— tengo la sensación de que detrás de algunas cortinas hay ojos que me observan, que me señalan con disimulo, que susurran mi nombre como si fuera un espectro que ha regresado para remover el pasado.

El único supermercado del pueblo está a unos diez minutos andando. Recuerdo haber ido allí con mi abuela cientos de veces; ella me llevaba de la mano, y siempre me dejaba elegir una chocolatina para el camino de vuelta. ¿Qué niño no se siente absolutamente invencible cuando le conceden un pequeño privilegio así, cuando sabe que alguien le quiere lo suficiente como para permitirle ese capricho sin reproches?

Avanzo con la cabeza gacha para protegerme del viento. El frío me quema la nariz y, al bajar la vista hacia mis botas, me doy cuenta de que la nieve cae ahora más rápido y más espesa de lo que parecía desde la ventana. Doblo la última esquina y ahí

está el supermercado: un edificio pequeño y anodino, con la fachada beis desconchada y un cartel descolorido que nadie se ha molestado en cambiar desde que tengo uso de razón. Al acercarme, algo en mi estómago se tensa sin motivo aparente; «es solo un sitio donde comprar comida», me repito, pero el cuerpo, a veces, percibe cosas que la mente no.

Empujo la puerta y la campanilla suena exactamente igual que cuando tenía diez años y entraba corriendo en verano para comprar un helado de vainilla con trozos de chocolate. El interior está cálido, iluminado por luces fluorescentes que zumban levemente, y huele a detergente de limón mezclado con un ligero aroma a chocolate que no sé de dónde procede, pero que me envuelve y es tan familiar que duele.

Cojo una cesta de plástico rojo y camino entre los pasillos, eligiendo lo imprescindible: productos de limpieza, gel, champú, papel higiénico, pan de molde, manzanas, plátanos, un par de filetes de ternera... Nada extraordinario. Me sorprende lo fácil que resulta, después de años de pedir la compra online y que te la traigan a la puerta de casa, hacer a algo tan simple y cotidiano como empujar una cesta y decidir uno mismo si las naranjas están lo suficientemente maduras.

Estoy rebuscando entre las cajas de infusiones —buscando desesperadamente mi té favorito de naranja y canela— cuando el chirrido de las ruedas de un carrito me saca de mi ensimismamiento. Al principio no le presto demasiada atención, pero luego...

—¿Bea...? —La voz, conocida hasta el tuétano, me corta la respiración—. ¿Eres tú de verdad?

Me giro muy despacio, como si un movimiento brusco pudiera hacerla desaparecer, y cuando la tengo delante necesito parpadear varias veces para asegurarme de que no es una ilusión.

Sara está al final del pasillo, con una cesta como la mía y una bolsa de tela colgada al hombro. Lleva un abrigo gris plomo

que resalta el azul casi irreal de sus ojos y el pelo en un recogido del que se escapan algunos mechones. Ha cambiado, claro; los años le han dado una belleza más serena, más adulta, pero sigue siendo ella. La misma boca que me hacía reír hasta que me dolía la tripa, los mismos ojos que una vez me miraron como si yo fuera el centro del universo.

—¿Qué haces aquí? —pregunta, y su voz suena exactamente igual que la recordaba—. Te hacía en Barcelona, con tu hotel y todo eso…

No sé por qué, pero en ese instante el supermercado entero se reduce al espacio que nos separa. El resto del mundo se desvanece. Soy incapaz de articular palabra; me siento tan ridícula que la caja de té se me escapa de las manos y cae al suelo haciendo un ruido sordo. No sé en qué momento se ha acercado, pero las dos nos agachamos al para recogerla y, al hacerlo, nuestras manos se rozan. Un contacto mínimo, apenas un segundo, pero suficiente para que un relámpago me recorra la columna y el silencio se vuelva hasta tangible.

No sé qué decir. Supongo que todo el pueblo sabe ya lo de mi abuela; aquí las noticias vuelan. Así que, por primera vez desde que pisé Vall de Bruma, decido no esconderme detrás de excusas.

—Pues ya ves… —respondo, y me sale una risa nerviosa —. La torpeza, sigue siendo una de mis virtudes inamovibles…

—No me lo puedo creer…

Suelto otra risa, esta vez más sincera, y niego con la cabeza para restarle importancia al hecho de que han pasado tres años, tres meses y doce días desde la última vez que nos vimos. Mi mente, traicionera, lo cuenta sin que yo se lo pida.

—No me lo puedo creer —repite Sara, y esta vez su voz tiembla un poco—. Siento muchísimo lo de tu abuela, Bea. De verdad. Cuando nos enteramos… fue como si se hubiera ido una parte del pueblo con ella.

—Ya… —suspiro, y noto cómo se me humedecen los ojos—. Hace mucho que había dejado de ser ella misma. Cuando la llevé a la residencia, ya apenas me reconocía. A veces creo que fue mejor así, que no tuviera que ver cómo se apagaba poco a poco. Aunque por otra parte…

«Por otra parte me habría encantado estar a su lado, porque estoy segura que estaba muerta de miedo», pienso.

El silencio vuelve a instalársenos encima, pesado y lleno de todo lo que se nos quedó atascado dentro y nunca nos dijimos. Cuando una relación termina, y acaba de manera unidireccional y de forma tan dolorosa, siempre se quedan cosas colgando. En nuestro caso, son muchas y tengo la sensación de que si digo algo, eso hará estallar todo por los aires.

—¿Y qué te trae por aquí exactamente? —quiere saber.

—Comprar —señalo la cesta como prueba irrefutable—. He venido a vaciar la casa de mi abuela, a decidir qué hago con ella… con todo. Me quedaré unos días hasta que lo tenga claro. Después volveré a Barcelona y a mi rutina.

«Para mi desgracia»

—Vaya… —musita, y creo detectar decepción en su mirada.

Sus labios se aprietan un instante, como si estuviera a punto de añadir algo más, pero al final solo desvía la atención a su compra.

—Bueno… —dice, sujetando mejor el asa de la cesta—. Tengo un poco de prisa. Espero que nos veamos por el pueblo estos días.

«Claro que nos veremos», pienso, y lanzo la caja de té dentro de la cesta con más fuerza de la necesaria.

—Sí —respondo en voz alta—. No te entretengo más. Ya coincidiremos.

Sus ojos se clavan en los míos un segundo más y en ese instante mi cabeza se inunda de todos los recuerdos compartidos con ella: los viajes de aquí para allá, los veranos interminables, las noches susurrándonos secretos bajo las

sábanas, las promesas que hicimos creyendo que el tiempo nunca nos tocaría. El amor que me llevé a Barcelona y que acabó convertido en una relación que marcó todas y cada una de las relaciones que tuve después.

Luego retrocede un paso, dos, me rodea manteniendo una distancia prudencial y pasa por mi lado sin rozarme. Se toma unos minutos para pagar, la campanilla suena otra vez cuando cruza la puerta y desaparece.

Me quedo mirando el vacío que ha dejado durante lo que parecen siglos. Respiro hondo, cojo un par de cosas más sin prestarles demasiada atención, pago en la caja —donde la cajera me observa con descaro— y salgo.

Afuera la nieve ha cubierto ya mis huellas. Mientras camino de vuelta, con las bolsas pesadas en las manos, me doy cuenta de que ver a Sara me ha sacudido muchísimo. Llevaba años imaginando este reencuentro de mil formas distintas —unas veces dramático, otras frío, algunas incluso con final feliz—, pero ninguna se parecía a esta sensación tan hueca, tan tierna y tan cálida. Solo sé que el roce de sus dedos ha bastado para que todo despierte, para que recuerde por qué nos perdimos y por qué ahora parecemos dos desconocidas.

Cuando llego a la casa de mi abuela, el nudo que llevaba en el pecho desde que bajé del tren se ha convertido en un bloque de hielo. Abro, dejo las bolsas en la mesa de la cocina y me quedo ahí plantada, escuchando cómo el viento golpea las ventanas con rabia.

Aunque me resista a aceptarlo, sé que la presencia de Sara era la última pieza que me faltaba para romperme del todo. Aunque esta vez no estoy segura de tener fuerzas suficientes para volver a juntar los pedazos, y mucho menos para enfrentarme a algo que yo misma dejé y que durante mucho tiempo, eché de menos.

CAPÍTULO 3

Lo que significa para mí volver
BEATRIZ

Unas horas más tarde

La casa exhala una calma que reconozco en cada rincón. El silencio se ha hecho más espeso conforme la noche ha ido ganando terreno y, desde las ventanas, apenas se distinguen las siluetas negras de las montañas recortadas contra un cielo sin luna; solo llega, muy de lejos, el rumor de la naturaleza. El viento no ha parado de aullar y la nieve sigue cayendo en ráfagas suaves, casi hipnóticas. Al principio me resistía, pero al final he encendido la chimenea.

Ahora estoy aquí, hecha un ovillo en la mecedora de mi abuela, con su chal de lana sobre los hombros y la manta cubriéndome hasta los tobillos; una tristeza densa y conocida se me enrosca en el estómago como si fuera una serpiente que se niega a soltar su presa. El calor del fuego debería consolarme, pero lo único que consigue es revolverlo todo, despertar recuerdos que había conseguido mantener aletargados durante años. Las llamas bailan y proyectan sombras alargadas sobre las paredes, sombras que conozco de memoria, que podría dibujar incluso con los ojos cerrados. Es imposible no sentirla a ella en cada detalle: en las vetas de la madera vieja, en el leve aroma a lavanda que aún desprende la manta, en las fotografías colocadas con tanto cariño por todas partes.

Apoyo la cabeza en el respaldo de la mecedora y cierro los ojos un instante. El viento golpea los cristales y me recuerda lo vulnerable que me siento desde que crucé de nuevo la puerta de esta casa. He pasado toda la tarde ordenando la despensa,

recolocando libros en las estanterías, limpiando cajones que nadie va a abrir; cualquier tarea, por absurda que fuera, con tal de sentir que hacía algo útil, algo que justificara mi presencia aquí. Pero lo único que he logrado ha sido enredarme todavía más en mis propios pensamientos, como si cada objeto que tocaba me devolviera esa realidad de me estruja el corazón.

«Mi abuela ya no está.»

La culpa es un compañero incómodo que se instala en la garganta y se niega a marcharse. La noto ahí, apretándose, formando un nudo que no consigo deshacer por mucho que trague saliva. A ratos pienso que, si hubiera vuelto antes —aunque solo hubieran sido unos días robados al calendario—, habría podido sentarme a su lado una última vez, tomarle la mano, decirle cuánto la quería, decirle que la vida no había sido tan sencilla como ella siempre me hizo creer.

Pero no volví. Y ahora esta casa, con sus muebles intactos, sus olores inalterados y sus recuerdos flotando en el aire, se ha convertido en la prueba irrefutable de que mi vida se ha ido llenando de ausencias que no supe retener a tiempo.

Abro los ojos con la intención de perderme en el hipnótico vaivén de las llamas cuando, de pronto, el móvil vibra sobre la mesita auxiliar. No esperaba ninguna llamada; la verdad es que casi había olvidado de que ese aparato existía. Dudo varios segundos antes de alargar la mano, como si contestar o no fuera una decisión que requiriera más energía de la que me queda.

Al final lo cojo.

El nombre de Josep —mi compañero de fatigas y también socio— ilumina la pantalla. Su insistencia no me sorprende, aunque sí la hora. Lo mínimo que podría hacer es respetar mi duelo; le pedí espacio, le expliqué que necesitaba tiempo para digerir la muerte de mi abuela. Pero hay personas que simplemente no comprenden que el dolor no entiende de horarios ni de agendas.

Suspiro hondo y pulso el botón verde.

—¿Sí? —mi voz sale más ronca y apagada.

—¡Bea, menos mal! Llevo todo el día intentando localizarte, pero saltaba directamente el mensaje de fuera de cobertura —replica él con ese tono de reproche que tanto me irrita. Al fondo se oye el murmullo de voces y el tintineo de copas; sin duda está en el bar del hotel… o, mejor dicho, del Lumenhütte. Así bautizamos el proyecto una noche de euforia etílica, buscando un nombre que sonara cálido y cercano sin caer en lo cursi. Entonces nos pareció genial; ahora, cada vez que lo pronuncian, siento que me atan un lazo al cuello.

—Ya sabes cómo es la cobertura en el valle… —musito sin ganas.

—Ya, ya —contesta, y su escepticismo es evidente—. ¿Sigues en ese pueblo tuyo…? ¿Cómo se llamaba?

—Vall de Bruma —pronuncio despacio, como si la palabra pesara más que nunca—. Y sí, llegué esta mañana.

—Vale. Oye… ¿y tú cómo estás?

Ojalá fuera directo y no se anduviera con rodeos. Fijo la mirada en el fuego; justo en ese instante una chispa salta con fuerza y me obliga a removerme inquieta en la mecedora.

—No lo sé... —admito al cabo de unos segundos—. Estoy aquí, eso es lo único que tengo claro ahora mismo. Todo está como lo recordaba la última vez, pero no sé.

Josep suspira al otro lado de la línea; no logro distinguir si es preocupación o simple impaciencia.

—Han pasado dos semanas desde que murió, Bea.

Dos semanas. Dos semanas desde que sonó el teléfono y la voz fría de la recepcionista de clínica me anunció que se la llevaban de urgencia al hospital. Dos semanas desde que me quedé atrapada en un taxi, inmóvil en medio de un atasco infinito, mientras ella se iba para siempre. Dos semanas desde que el mundo se volvió un lugar más gélido que este invierno que no termina nunca.

Me abrazo con más fuerza a la manta, procurando que la emoción no me quiebre la voz.

—Lo sé perfectamente —respondo.

—Mira, no quiero agobiarte, de verdad, pero…

—Josep, por favor —lo interrumpo, y el cansancio se me escapa en cada sílaba—. Te pedí tiempo. Llevo, desde que abrimos el hotel, sin cogerme ni un solo día de descanso, así que no entiendo por qué no puedes asumir tú solo la responsabilidad durante un tiempo.

—Es que te necesito, Bea —insiste sin dar tregua—. Estamos al sesenta por ciento de ocupación y no doy abasto. He tenido que pedirle a Marta que me eche una mano con las reservas porque la próxima semana se nos disparan, y si no vuelves pronto no vamos a poder mantener el ritmo. Ya sabes lo crueles que pueden llegar a ser las reseñas en cuanto algo falla.

Me quedo mirando las brasas, que brillan con un rojo intenso y casi acusador. Su insistencia cae sobre mis hombros como una losa más, una carga que ahora mismo ni quiero ni puedo sostener.

—Josep —repito, y lo hago con hastío—. Todavía no estoy preparada para volver. Te pedí tiempo, ¿tan difícil es concedérmelo? Mi abuela era lo más parecido a una madre que he tenido nunca y perderla… —hago una pausa porque la garganta se me cierra— …es algo que no se supera a base de prisas y de «hay que seguir adelante».

Silencio. Un silencio largo, denso, que se alarga hasta hacerse incómodo. Puedo imaginarlo perfectamente frotándose la frente con ese gesto tan suyo cuando la realidad no se ajusta a sus planes.

—Bea, todos hemos perdido a alguien en algún momento —comenta, y su tono condescendiente me hiere—. Pero la vida continúa. Y tú… tú siempre has sido la fuerte del equipo.

Me muerdo el interior de la mejilla para contener la rabia que se mezcla con mis lágrimas. Detesto que confundan

fortaleza con la habilidad de fingir que nada duele, de seguir funcionando como si el corazón no se hubiera partido en dos.

—No soy fuerte, Josep —le aclaro con voz temblorosa pero decidida—. Solo he aprendido a disimular muy bien.

Otro silencio. Esta vez juraría que él busca palabras que no encuentra.

—Está bien —cede por fin, aunque su voz deja claro que no está nada conforme—. Quédate los días que quieras. Pero necesito que me digas una fecha aproximada para tu regreso, Bea. No puedo organizar nada sin saber cuándo vuelves. Somos socios, no lo olvides.

Lo sé. Lo sé mejor que nadie. Pero mis prioridades han cambiado de golpe y no tengo ni idea de cómo explicárselo sin que suene a excusa.

—Te llamaré en cuanto lo tenga claro —prometo.

—Espero que sea pronto —replica secamente, y cuelga sin darme tiempo a despedirme.

Me quedo mirando la pantalla apagada mientras esa punzada tan familiar se instala de nuevo en el pecho. Josep no es mala persona; simplemente vive en un universo de tareas pendientes, de casillas que hay que marcar y de decisiones que no admiten demora. Yo, en cambio, habito ahora un espacio hecho de pausas largas, de silencios y de heridas que se resisten a cerrarse.

Dejo el móvil sobre la mesa y me recuesto otra vez en la mecedora. La casa parece acompasar su respiración a la mía, como si también estuviera agotada. Fuera, el viento arrecia y hace vibrar los cristales con furia. Ese sonido me traslada de golpe a las noches de mi infancia, cuando mi abuela se sentaba exactamente aquí y me contaba historias de su juventud: pueblos perdidos en la niebla, amores que nunca llegaron a puerto, inviernos que parecían eternos. Recuerdo la ternura con la que me arropaba, cómo deslizaba sus dedos por mi pelo y me

susurraba que la vida, aunque a veces se mostrara cruel, siempre encontraba la manera de volverse a calentar.

—Te echo tanto de menos, yaya… —musito sin darme cuenta, y mi voz se quiebra en la última sílaba.

La frase queda flotando en el aire, como un pequeño fantasma. No esperaba romperme así, pero ocurre.

Me enredo aún más en la manta y dejo que la mirada se pierda entre las llamas. De pronto, sin avisar, el rostro de Sara aparece en mi mente con nitidez: la sorpresa en sus ojos al dar conmigo en el pasillo del supermercado, la distancia que se ha colado entre nosotras y nos ha convertido en dos desconocidas que alguna vez fueron todo la una para la otra.

—¿Por qué tiene que doler todo tanto? —me pregunto en apenas un susurro, como si la casa pudiera contestarme.

Me inclino hacia delante, apoyo los codos en las rodillas y extiendo las manos hacia el fuego; el calor me envuelve las palmas, pero no alcanza a calentar el vacío que me atraviesa de parte a parte. Esta casa está saturada de recuerdos y yo, de preguntas que nadie va a responder.

Intento distraerme con algo banal —abro una partida de solitario en el móvil—, pero mis ojos se desvían inevitablemente hacia la cómoda del pasillo, ese mueble antiguo donde dejé, bien guardadas, las cartas que aún no me atrevo a abrir.

Me froto los brazos porque, a pesar de la chimenea, el frío se cuela por debajo de la manta como si tuviera vida propia. Apoyo de nuevo la cabeza en el respaldo, cierro los ojos y trato de contener el llanto que pugna por salir. El fuego crepita, marcando un compás lento que acompaña mi respiración entrecortada. La tristeza, en cambio, no sigue ningún ritmo; avanza a su antojo, implacable.

No sé cuánto tiempo transcurre. Diez minutos, media hora, quizá más. El cansancio se me adhiere al cuerpo como una segunda piel y me vuelve pesada, como si la noche quisiera

arrastrarme a un sueño del que no estoy segura querer regresar.

Cuando por fin me levanto, lo hago con lentitud, sintiendo que cada hueso protesta. Apago las luces del salón, dejando únicamente el resplandor anaranjado de la chimenea que baña la estancia en una luz íntima y melancólica.

Antes de dirigirme al dormitorio, paso la mano por el borde de la cómoda; mis dedos rozan la madera fría y, por un instante, estoy a punto de abrir el cajón y enfrentarme a lo que esas cartas guardan. Pero no lo hago. Cierro el puño, respiro hondo y sigo adelante.

Me dejo caer sobre la cama en cuanto cruzo el umbral de la habitación y aprieto una almohada contra mi pecho, como si con ella pudiera contener la avalancha de sentimientos que me sacude y cierro los ojos.

El silencio regresa para llenar la casa por completo. Y yo, entre sus paredes viejas y llenas de historias, me quedo luchando contra esa mezcla de nostalgia, dolor y miedo; un miedo que sé perfectamente que no nace únicamente por mi estado personal, sino también por lo que significa este pueblo y estar de nuevo tan cerca de ella: de Sara. La primera chica de la que me enamoré, y la primera mujer con la que soñé pasar el resto de mi vida.

CAPÍTULO 4

El amor que creía perdido
BEATRIZ

El sueño llegó sin avisar, como una corriente suave pero implacable que me arrastró sin darme tiempo a resistirme. No supe en qué momento exacto mi respiración dejó de entrecortarse ni cuándo las lágrimas que ya se habían secado en mis mejillas terminaron por perderse entre las fibras de la almohada. Solo sé que, de repente, volvía a tener diecisiete años y todo a mi alrededor era verano otra vez.

El aire olía a sal marina, a libertad, a esa inocencia que entonces nos parecía eterna e indestructible.

Me vi caminando por las calles encaladas de Peñíscola, bañadas por la luz ámbar y cansada de las farolas que parecían rendirse al bochorno de agosto. Mis sandalias resonaban contra las piedras irregulares del casco antiguo mientras, unos pasos por delante, la risa ligera de Sara flotaba en la noche. Aquella risa que, en esos días, me encendía por dentro como si alguien hubiera prendido una hoguera justo en el centro de mi pecho.

—¿Vas a quedarte ahí atrás toda la noche o qué? —preguntó al volverse, con ese gesto suyo que siempre conseguía lo que quería: la cabeza ligeramente ladeada, las cejas arqueadas en un desafío juguetón y aquel brillo travieso bailando en sus ojos.

Recordé la escena al detalle, aquel instante preciso, aquella noche que aún me dolía en algún rincón del alma.

—Estoy pensando —contesté en el sueño, exactamente igual que lo había hecho en la realidad—. Hace demasiado calor para bajar a la playa ahora.

—Pues por eso mismo tenemos que ir —replicó ella, como si yo acabara de pasar por alto la evidencia más obvia del mundo—. En el agua se está mucho mejor. Además, mira el cielo... —Se giró hacia el mar con un movimiento grácil—, está de postal esta noche.

Y lo estaba. Una cúpula perfecta, limpia de nubes, cuajada de estrellas que titilaban como si nos observaran con curiosidad. La luna, casi llena, derramaba su luz plateada sobre el Mediterráneo, y la brisa nocturna traía el rumor constante de las olas al romper contra la orilla. Todo parecía conspirar para regalarnos un momento que, sin saberlo aún, nos cambiaría la vida para siempre.

Caminamos juntas hacia la playa norte, dejando atrás las luces del pueblo. Desde algún chiringuito lejano nos llegaba música suave, un ritmo veraniego entremezclado con risas y conversaciones que se perdían en la distancia. Sara llevaba aquel vestido corto azul que le rozaba los muslos a cada paso, ligero como una caricia del viento. Yo iba con unos pantalones cortos y una camiseta ancha, la uniformidad más sencilla y honesta de la juventud. Éramos dos chicas convencidas de que el tiempo nos pertenecía entero, de que los días se estirarían indefinidamente como aquella arena infinita.

Al llegar a la playa nos descalzamos y avanzamos hasta la orilla. El agua estaba tibia, acogedora, y en aquel instante pensé que el mar se parecía muchísimo a ella: cálido, fiable, capaz de envolverme por completo sin pedir nada a cambio.

—¿Sabes qué tendríamos que hacer ahora mismo? —dijo de pronto.

—No, pero seguro que me lo vas a contar igualmente —respondí, ya sonriendo porque con Sara nunca había sorpresas pequeñas.

Ella sonrió de aquella forma que a mis años me ponía el mundo patas arriba, me desordenaba y me hacía dudar de todo lo que creía saber sobre mí misma.

—Tendríamos que bañarnos —anunció, sosteniéndome la mirada—. Pero sin nada de ropa.

La miré como si se hubiera vuelto loca de remate, aunque en lo más hondo de mí una vocecita traviesa celebraba la propuesta con entusiasmo. Aquella parte callada y asustada que llevaba meses, quizás años, deseando rozar su piel más allá de lo que la amistad permitía.

—¿Lo dices en serio? —musité, sintiendo que la sangre me subía a las mejillas.

—Completamente —afirmó, y sin esperar réplica alguna se quitó el vestido de un solo movimiento fluido.

Aparté la vista un segundo, avergonzada, aunque la noche era lo bastante oscura para ocultar el rubor. La luna, sin embargo, no colaboraba: dibujaba con precisión cada curva de su cuerpo en un resplandor plateado que me dejó sin aliento. La vi correr hacia el agua, reír al zambullirse, chapotear como si el mar hubiera sido creado exclusivamente para su alegría.

—¡Venga, valiente! —gritó desde dentro, salpicando a su alrededor—. ¡El agua está increíble!

Me reí, porque siempre conseguía arrancarme una sonrisa incluso cuando yo luchaba por mantener las distancias que me autoimponía. Me quité la camiseta, después los shorts, y sentí aquel nudo conocido en el estómago: vergüenza, nervios y algo más real y profundo, en el pecho.

Avancé hasta que la espuma me lamió los tobillos y, sin pensarlo dos veces, corrí hacia ella.

El mar me recibió como si llevara toda la vida esperándome. Nadé hasta donde estaba Sara y ella se volvió con una sonrisa tímida que rara vez dejaba ver, casi infantil, dulce e irresistible. Bajo la luna sus ojos parecían más claros, más transparentes.

—Lo has hecho —dijo, casi sorprendida.

—Claro que sí —respondí, acercándome un poco más en el agua que nos mecía suavemente.

—Había hecho una apuesta conmigo misma a que te negarías y me tocaría tirarte al agua con ropa y todo.

—¿De verdad? —inquirí, y mi voz sonó más ronca de lo que pretendía—. ¿Y eso por qué?

Sara se encogió de hombros, pero su expresión se ablandó de una forma que me llegó directo al corazón, como si sin querer estuviera dejando caer todas las barreras que, de alguna forma, había levantado dentro de mí.

—Porque tú siempre dices que no a las locuras… y luego, al final, terminas haciendo todas conmigo.

Bajé la mirada hacia la superficie oscura. Mis dedos se movieron bajo el agua, rozando la corriente como quien busca una excusa para no tocar lo que de verdad desea.

—Supongo que contigo todo es distinto —murmuré, y la confesión me salió sola, sin filtros.

Ella inspiró con brusquedad, como si mis palabras se hubiesen metido debajo de su piel.

—¿Distinto cómo? —preguntó en voz baja, dando un paso hacia mí. El agua nos llegaba por el cuello, pero nuestros pies tocaban tierra.

Hubo un silencio breve, cargado de demasiadas cosas. Habíamos sido amigas de toda una vida, pero ella y yo, de algún modo, llevábamos demasiado tiempo jugando; jugando a sentir demasiado y no dar el paso. Las olas nos balanceaban con ternura. A lo lejos, las luces de un barco dibujaban una línea temblorosa en el horizonte. La brisa nos envolvía con su aroma salado y el frescor tímido de la brisa nocturna.

—Contigo… —tragué saliva, buscando valor en el fondo del mar—, es imposible resistirse a lo que propones, por muy loco que parezca. Sería capaz de cualquier cosa, hasta de dar forma a nuestro futuro juntas.

Sara me miró como si aquellas palabras hubieran abierto de golpe una puerta que ambas llevábamos años intentando mantener cerrada.

—Bea… —susurró, y su voz tembló un poco.

No me dio tiempo a pensar, ni a retroceder, ni a inventarme otra excusa. Se acercó más. El roce de sus dedos en mi brazo fue tan leve que casi no lo sentí, pero bastó para que un escalofrío me recorriera entera. Era la primera vez que me tocaba sin la coartada de las bromas o de las fotos tontas que nos hacíamos. No era una caricia descarada, pero llevaba dentro una pregunta que ya no admitía evasivas.

Sus ojos bajaron de los míos a mis labios, y en ese instante supe que estábamos cruzando una frontera que llevábamos años rondando sin atrevernos a pisar.

—Si no quieres… —empezó, con la voz entrecortada por la incertidumbre.

—Quiero —la interrumpí, sin dejar hueco a la duda, sin permitirme a mí misma dudar.

Nos besamos con la torpeza preciosa de quien estrena algo que ha deseado algo hasta en sus sueños. Mis labios temblaron contra los suyos; los suyos temblaron contra los míos. Probé la sal del mar y disfruté del calor que me subió desde el estómago hasta la garganta, una corriente eléctrica que me atravesó de arriba abajo y me dejó sin defensas.

Fue dulce, lento, como si estuviéramos descubriendo poco a poco la forma exacta en que encajábamos. Su mano, mojada y fría, subió hasta mi mejilla; yo la rodeé por la cintura bajo el agua, sintiendo la suavidad de su piel y el latido acelerado de su corazón que golpeaba contra mi pecho como un pájaro atrapado. El mundo entero se redujo a nosotras dos, a la noche que nos protegía y al mar que nos sostenía.

Cuando nos separamos para tomar aire, apoyó su frente contra la mía y habló con la voz rota por la emoción.

—Llevo queriendo hacer esto una eternidad —confesó, muy cerca de mí..

Yo inspiré hondo, intentando calmar el corazón que me martilleaba las costillas como si quisiera escapar.

—Yo también —admití al fin, liberando por primera vez en voz alta lo que había guardado bajo llave tantos años.

Sara sonrió. Me regaló una sonrisa emocionada, vulnerable, de esas que nunca le había visto y que me rompieron algo por dentro de la mejor manera posible.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó, algo perdida en la inmensidad de lo que acabábamos de abrir.

La miré fijamente, pensando en los kilómetros que nos separarían en pocas semanas, en nuestros estudios, en el miedo atroz a estropear la relación que teníamos. Pero también pensé en lo que acabábamos de empezar, en ese beso que sabía a futuro y mil posibilidades.

—Ahora… —dije, buscando su mirada—, haremos lo que siempre hemos hecho tú y yo: disfrutar de esta aventura loca.

Ella soltó un suspiro pequeño, aliviado, que sonó a sí rotundo.

Nos abrazamos todavía dentro del agua, y aquel abrazo fue distinto a todos los anteriores; más hondo, más cálido, como si por fin hubiéramos encontrado el lugar exacto al que pertenecíamos desde que éramos niñas y nos perseguíamos por los pasillos del colegio. La sentí aferrarse a mí con una necesidad que me conmovió, y yo me aferré a ella con la misma urgencia, como si temiéramos que el mar pudiera separarnos si aflojábamos el amarre un solo segundo.

Después salimos del agua, temblando un poco por el fresco de la noche. Nos vestimos en silencio, con la piel todavía húmeda y el corazón latiendo al unísono. Y caminamos de regreso al apartamento que su madre había alquilado, con las manos entrelazadas, dedicándonos sonrisas y miradas.

Al llegar a la puerta, Sara me tomó de la muñeca con suavidad y tiró de mí para acercarme a ella.

—No quiero que esto sea como esas historias de amor verano que no pasan de ahí —dijo, y su voz tembló apenas.

Asentí sin necesidad de pensarlo.

—No lo será, te lo prometo.

—Y cuando estemos cada una en una ciudad… —continuó, bajando la mirada un instante antes de volver a alzarla—, seguiré echándote de menos exactamente igual que siempre, pero me sentiré feliz al saber que tú también pensarás en mí de la misma forma.

Aquellas palabras me atravesaron como una flecha dulce y dolorosa a la vez.

—Sara —musité, sintiendo que la garganta se me cerraba —, no he dejado de pensar en ti un solo día. Será imposible que deje de hacerlo mientras esté en Barcelona.

Me besó otra vez, y esta vez, sentí que la vida entera se detenía en ese segundo, en sus labios, en su aliento mezclado con el mío, en la promesa que nos acabábamos de hacer.

Y entonces, como si el sueño empezara a deshacerse hilo a hilo, la imagen comenzó a desdibujarse. El olor del mar se volvió más denso, casi irreal y la voz de Sara se fundió con otro murmullo lejano que ya no pertenecía al pasado, sino a la realidad. A la cruda realidad de nuestra separación, al recuerdo del dolor, de la distancia, de las malas decisiones y de todo lo demás.

CAPÍTULO 5

El pasado, pasado está
SARA

Vall de Bruma,
Miércoles, 14 de enero del 2026

El calor del horno me golpea de lleno en la cara cuando retiro la bandeja cargada de bollería recién horneada. El aire del obrador está saturado del aroma a la mantequilla fundida, de azúcar dorándose lentamente, de ese consuelo callado que siempre he encontrado entre harinas, levaduras y el ritmo pausado del amasado. A veces creo que estos olores forman parte de mi sangre; he crecido aquí, entre los dedos rápidos de mi madre y de mi tía, entre las conversaciones de las vecinas que se alargaban hasta la hora del cierre y el tintineo constante de la campanilla cada vez que alguien empujaba la puerta.

Desde hace días mi vida no es la misma. Sé la razón, pero no quiero volver a caer en el error de abrir las puertas de mi corazón y acabar tan rota, perdida y malherida.

Estoy colocando algunos bollos sobre la rejilla para que pierdan calor cuando la voz firme de mi tía Isabel resuena desde la tienda:

—Sara, ven un momento, por favor.

Dejo los guantes en la mesa, me froto las manos contra el delantal y cruzo el umbral que separa los dos mundos. En cuanto me asomo, la veo junto a Catalina, una vecina del pueblo, cuya bufanda gris aún conserva copos de nieve medio derretidos. Hoy ha vuelto a nevar con ganas y el frío se mete hasta por las rendijas, aunque la puerta lleve cerrada un buen rato.

Catalina me dedica una sonrisa amplia, de esas que anticipan algo que de pronto, sé que no me va a gustar nada.

—¡Ay, Sara, qué alegría verte, hija mía! —exclama mientras se ajusta el bolso al antebrazo.

—Buenas tardes, Catalina —respondo, forzando un tono ligero, aunque ya siento cómo se me empieza a formar ese nudo familiar en la boca del estómago.

Ella no se anda con rodeos. En este pueblo nadie lo hace.

—Oye, dime la verdad… ¿es cierto que la nieta de Alberta ha vuelto al pueblo? —pregunta con esa entonación de quien ya sabe la respuesta y solo busca una confirmación—. Porque la última vez que la vimos por aquí, ya sabes…, se llevó a la pobre mujer a esa residencia de la capital y, desde entonces, ni rastro. —Niega con la cabeza, compungida—. Qué forma más cruel de quitarse de encima a quien te lo ha dado absolutamente todo.

Se me cierra la garganta de golpe. La sangre me martillea en las sienes y tengo que apretar los dientes para no soltar lo primero que se me pasa por la cabeza. No es la primera vez que escucho ese discurso, pero hoy me quema más que el calor del propio horno. Todos en Vall de Bruma conocen la historia. Alberta se fue apagando a causa del Alzheimer y Beatriz, viendo que mi tía era incapaz de contener sus arranques de ira, decidió meterla en una residencia. Una decisión que habría tomado cualquiera en su situación.

Mi tía intenta apaciguar las aguas.

—Catalina, por favor, no corras tanto… —interviene con suavidad, aunque ya sabemos las dos que es inútil.

Pero Catalina está lanzada.

—Es que me da mucha rabia, Isabel. Alberta era un sol de mujer, tú lo sabes bien. Siempre dispuesta a ayudar a todo el mundo… —chasquea la lengua con teatralidad—. Y luego llega su nieta y, ¡zas!, la aparta como si fuera un trasto viejo.

Me planto delante de ambas, inspiro hondo y trato de mantener la calma.

—No creo que sea justo hablar así de alguien que no está presente para defenderse —la defiendo, sin pensármelo dos veces—. Sabe muy bien por qué Beatriz tomó la decisión de llevarse a su abuela del pueblo. No somos nadie para criticarla.

Catalina abre los ojos, sorprendida por mi tono, pero no se achanta.

—Hija, yo solo repito lo que todo el mundo comenta por ahí...

—Beatriz quería a su abuela con locura, Catalina —la corto antes de que siga escarbando—. Y no es mala persona. Nunca lo ha sido, ni lo es ahora. Ella pensó en Alberta, en sus cuidados. Mi tía apenas podía atenderla.

Se hace un silencio denso, de esos que pesan. Catalina hincha un poco las mejillas, se reajusta el bolso por enésima vez y adopta esa expresión de ofendida que tan bien se le da.

—Bueno..., ese es tu punto de vista —concede al fin, alzando la barbilla—. Supongo que los jóvenes veis la vida de otra manera. Ya volveré otro día a por el pan de centeno.

Y se marcha sin comprar ni una triste magdalena.

La campanilla suena con un repique agudo cuando empuja la puerta y una ráfaga de aire gélido se cuela dentro.

Isabel suspira, rendida.

—No puedes hablarle así a la clientela, Sara —me regaña, aunque en sus ojos no hay reproche, solo cansancio. Ella cuidó a Alberta durante muchos años, y no lo pasó nada bien.

Me paso la palma por la frente; la piel me arde aún del horno.

—Es que siempre está igual, metiendo las narices donde no le llaman —musito, y me muerdo la lengua para no añadir todo lo que de verdad pienso—. Además, nadie en este pueblo piensa mal de Bea. Ella hizo lo mejor que pudo.

Mi tía me observa con ternura y resignación.

—Lo sé perfectamente, cielo. Pero a veces hay que morderse un poco la lengua, aunque cueste.

Asiento porque sé que tiene razón, pero hoy no me quedan fuerzas para fingir indiferencia.

Regreso al obrador con la cabeza hecha un lío. El aroma a mantequilla que antes me envolvía ahora me parece denso, casi opresivo. Dejo escapar un suspiro largo y me pongo otra vez con la tarea: ordeno bandejas, compruebo las masas que esperan su turno, reviso temperaturas. Movimientos que podrían hacerse con los ojos cerrados, pero que hoy no consiguen acallar mi mente. Porque, por mucho que intente concentrarme, regreso una y otra vez al mismo tema. A Beatriz.

Y es inevitable, lo sé. Desde que la vi el otro día en el supermercado, con esa expresión entre sorprendida y distante, no he logrado sacármela de la cabeza ni un minuto. Tres años, tres meses y diecisiete días. Tres largos años que de pronto parecen un parpadeo.

Al cruzarnos, los recuerdos despertaron y aquella chica que fui cuando estaba con ella renació. Me quedé paralizada, empujando el carrito como un autómata, fingiendo que tenía prisa cuando no era así. Cuando lo único que necesitaba era respirar y ganar algo de tiempo para que mi corazón se calmara.

«Su saludo fue tan frágil, tan pequeño…», pienso y sacudo la cabeza con fuerza, como si pudiera desalojar los recuerdos que mantengo muy presentes en mi memoria. No es momento. No mientras trabajo, pero el pasado, cuando decide regresar, no pide permiso y está claro que esta vez, se va a quedar.

***

La tarde pasa lenta. El horno va perdiendo intensidad a medida que las últimas hornadas se enfrían sobre las rejillas. A las siete cerramos, y a esa hora la panadería ya está en silencio. Mi madre se ha marchado antes, como cada día, para tener la cena lista; Isabel recoge la caja, barre el suelo de la tienda y se marcha a casa, dejándome a solas en el obrador, que es el único sitio del mundo donde realmente me siento en casa.

Cierro la puerta corredera y me quedo un instante disfrutando de la quietud. Solo se oye el tictac del reloj de pared y algún crujido de la madera que se contrae con el frío. Apoyo las manos en la mesa de mármol, dejo que la harina fina se me pegue a las yemas de los dedos y respiro hondo.

«Bea está en Vall de Bruma...». Y no es una noticia más en este enero helado. Tampoco un rumor. Es un terremoto que lo sacude todo y me recuerda que hay cosas que no prescriben. Y que por mucho que lo haya querido, hay historias —las que duelen— que siempre dejan una marca, una herida que nunca sana del todo.

Me quedo mirando la ventana empañada. Afuera solo se ve la calle oscura, la farola de enfrente parpadeando cada pocos segundos y los copos que caen despacio, como si el invierno también tuviera piedad de vez en cuando. La nieve lleva días cubriendo los tejados del pueblo; aquí el invierno es crudo, pero tiene una belleza callada, hecha de detalles pequeños que solo apreciamos quienes hemos nacido y crecido entre estas calles estrechas.

Cojo un trapo y limpio la mesa, solo por hacer algo con las manos mientras intento poner en orden lo que siento.

La frase de Catalina sobre que Beatriz «se deshizo» de Alberta sigue dando vueltas en mi cabeza y me enciende por dentro porque yo sé bien que no es verdad. Sé cuánto la quería y cuánto la sigue y seguirá queriendo. Pero algunas personas de este pueblo siempre han creído saberlo todo. Siempre han tenido esa falta de prudencia para opinar sobre la vida de otros.

El pitido del temporizador me saca del ensimismamiento. Me vuelvo, lo apago y contemplo las bandejas vacías y secas. Ya no queda nada por hacer. Nada, salvo enfrentarme a lo que llevo varios días posponiendo: ir a verla.

El recuerdo de mi choque con ella en el supermercado se abre paso con nitidez en mi mente. Yo no supe cómo

enfrentarme a todo, y eso es lo que más confusa me tiene, que no sé cómo sentirme o cómo debería sentirme.

Beatriz fue la persona más importante de mi vida. La que conocía todo de mí, la que me hacía feliz a pesar de todo. La misma que, durante un verano en Peñíscola, me hizo sentir que la vida era nuestra y que nosotras podíamos manejarla a nuestro antojo.

Apago la luz al fin. El obrador se queda iluminado por el resplandor anaranjado de las farolas que se filtra por las ventanas. Atravieso la tienda mientras me pongo el abrigo y la bufanda, y camino hacia el exterior poniendo atención en los copos de nieve que se mecen lentamente.

—El pasado, pasado está —susurro, intentando convencerme, aunque sé perfectamente que es mentira—. El presente es lo que vale la pena.

Pero si el pasado estuviera realmente enterrado, no me dolería tanto, tanto, como escuchar su nombre. Ni mucho menos pensar en todo lo que se quedó atrás, y en la de veces que rogué porque Beatriz diera marcha atrás y me pidiera volver a empezar.

CAPÍTULO 6

Comienzos para los que no estás preparada
SARA

Unos minutos más tarde

El frío de la calle me azota nada más cerrar con llave la panadería; es un aire cortante, cargado de una humedad que se me mete hasta los huesos, pero aun así respiro hondo porque necesito que ese latigazo helado me despeje la cabeza y me saque de una vez el sabor amargo que me dejó Catalina con sus comentarios venenosos sobre Beatriz. Meto las manos hasta el fondo de los bolsillos del abrigo, encorvo un poco los hombros y empiezo a caminar por la calle, que a esta hora parece un pasillo blanco y desierto; solo se oye el crujido de mis botas sobre la nieve y el ruido intermitente de las farolas encendiéndose.

Podría tomar el camino de siempre hacia casa, abrir la puerta, encontrar a mi madre con la cena casi lista, sentarme a la mesa junto a mi tía, hablar de cualquier cosa intrascendente, corregir luego los cuadernos de los niños y meterme en la cama temprano, como llevo haciendo los últimos años. Podría fingir que nada ha cambiado, que la presencia de Beatriz en Vall de Bruma es solo algo que se apagará en unos días, que lo más sensato sería mantenerme lejos y dejar que el tiempo haga el trabajo sucio de borrar lo que quede, pero no puedo.

Hay algo dentro de mí que tira con demasiada fuerza, que me empuja hacia delante y me susurra que tres años sin verla son una eternidad absurda, que perderla una vez ya me costó más de lo que estoy dispuesta a volver a pagar, y que seguir fingiendo indiferencia sería la mentira más grande que me he contado en la vida.

Apenas formulo el pensamiento y ya estoy girando a la izquierda, hacia la calle de los Tilares, donde se alza la finca de Alberta como si el tiempo se hubiera detenido en sus paredes. La conozco de memoria porque, de pequeña, pasé mucho tiempo aquí, disfrutando de ese delicioso bizcocho de manzana que preparaba Alberta junto a Bea y Jaume, aprendiendo que un hogar puede acogerte tanto o más que las personas que viven dentro.

Al acercarme, la ausencia de luz en el jardín me invita a retroceder. Beatriz está en casa porque hay una farola encendida en el porche y el humo lento de la chimenea sale y se desvanece en el cielo.

Camino más despacio, con el corazón latiendo a toda prisa, escuchando el crujir de las plantas secas bajo los pies. El temblor que siento en las manos ya no sé si es por la temperatura o por el miedo a lo que estoy a punto de hacer. Porque está claro que estoy dando un paso hacia adelante y abriendo una puerta que he mantenido cerrada —y con candado— desde que ella decidió dejarlo.

Llego a la puerta principal, me detengo un segundo frente a ella, y antes de que el valor se me escape, pulso el timbre.

El sonido resuena dentro. Se oyen pasos. Una sombra se acerca al cristal esmerilado y, por fin, la puerta se abre de par en par mostrándome a una Beatriz con el pelo despeinado, una manta fina echada sobre los hombros y una expresión que pasa en un segundo de la sorpresa al cansancio más absoluto.

—¿Sara? —susurra, como si necesitara confirmar que no soy un fantasma—. ¿Qué haces aquí? Es tarde, hace un frío del demonio y tú… deberías estar en casa.

Su voz suena ronca, como si llevara horas sin hablar con nadie.

—He terminado ahora en la panadería de mi madre y… necesitaba verte —respondo, y me sorprendo de lo firme que me sale—. ¿Puedo pasar un momento?

Ella parpadea varias veces, como si mi presencia la descolocara. Luego asiente despacio y se aparta a un lado.

—Claro. Pasa, no te quedes ahí que te vas a congelar.

Entro y cierro la puerta a mi espalda. El calor de la casa me envuelve de golpe, junto con el aroma a leña quemada y a algo dulce que flota en el aire, quizá restos del bizcocho que Alberta nos enseñó a hacer a las dos cuando éramos adolescentes. El salón está casi igual que siempre… pero ahora hay cosas amontonadas por los rincones, montones de papeles, álbumes viejos y objetos que parecen esperar a que alguien decida su destino sobre los muebles.

Beatriz me guía hasta el sofá, se acerca a la cocina sin preguntar y vuelve con dos tazas humeantes.

—Té de manzanilla con miel —anuncia al tenderme una.

Sus dedos rozan los míos al pasarme la taza; es un contacto fugaz, suave, insignificante, pero suficiente para que mi corazón la reconozca y algo tiemble dentro de mí.

Me siento en una esquina del sofá; ella ocupa la otra, dejando entre nosotras un espacio prudente que, sin embargo, no consigue disimular la electricidad que vibra en el aire. Durante unos segundos solo se oye el crepitar de la leña y el leve tintineo de las cucharillas contra la porcelana. Y, curiosamente, ese silencio no resulta incómodo; es como si las dos necesitáramos ese paréntesis antes de que las palabras empiecen a rodar.

—Hay algo que quería decirte, Bea —hablo, después de estos segundos eternos—. Siento no haber estado aquí el día que… ya sabes. Yo estaba con los niños de excursión, y no pude venir al entierro.

Ella baja la mirada hacia la taza y la aprieta entre las manos como si necesitara aferrarse a algo sólido.

—No pasa nada —musita—. De verdad. Lo entendí perfectamente.

El silencio que sigue es más denso, lleno de todo lo que se remueve en nuestro interior y no sabemos cómo contener. Es increíble cómo dos personas que se conocen y comparten tanto, pueden llegar a sentirse tan perdidas y distantes.

—Tu abuela era una mujer increíble. Siempre tenía una palabra amable para todo el mundo, incluso para quien no la merecía.

Beatriz asiente despacio; sus pupilas brillan a causa de una tristeza que estoy segura, ha dejado correr a través de las lágrimas.

—Lo era —confirma con voz temblorosa—. Y esta casa está demasiado vacía sin ella. A veces entro en la cocina y espero verla allí, con su delantal de flores, preguntándome si ya he comido o si me apetece un poco de bizcocho. Oigo sus pasos en el pasillo, juro que los oigo...

Su sonrisa es tan pequeña y tan frágil que me descompone por dentro. En ese momento, ya no solo tengo delante a esa chica insolente y llena de vida de la que me enamoré, sino a esa Beatriz que lleva el duelo y la nostalgia cosidos a la piel, que sostiene el peso de los recuerdos sobre sus hombros y que, aun así, está aquí.

—Volver aquí después de todo este tiempo... tiene que haber sido muy duro para ti —murmuro.

—Mucho más de lo que imaginaba —admite, y la veo tragar saliva—. Cada cajón que abro, cada foto que encuentro, cada olor... es como si me obligaran a revivirlo todo otra vez. Y no sé si eso me está curando o me está rompiendo más.

Su sinceridad me conmueve. Yo también recuerdo esta casa como si la hubiera habitado ayer. Recuerdo sentirme invencible aquí, como si pudiéramos ser libres y el mundo exterior no pudiera tocarnos.

Tomo un sorbo de té para ganar tiempo y que la emoción no me traicione. Beatriz inspira hondo como si necesitara llenarse los pulmones de valor.

—Mi abuela siempre repetía que la muerte nunca es fácil de asimilar —habla entre susurros—. Pero que, si uno presta atención, siempre deja una enseñanza. Aunque duela como el infierno.

Se queda mirando las llamas un instante, perdida en algún recuerdo que solo le pertenece a ella, y luego añade:

—Todavía estoy intentando descifrar cuál es la mía esta vez.

Mi corazón se encoge al verla tan vulnerable. Quiero acercarme, rodearla con los brazos, decirle que no tiene por qué buscar respuestas sola, que estoy aquí, que siempre lo he estado, aunque nuestra relación se torciera. Pero me da miedo cruzar esa línea, miedo a que me rechace, miedo a descubrir que ya no tengo sitio en su vida.

Aun así, hay una pregunta que no deja de rondarme desde que supe que había vuelto.

—Bea... ¿qué te ha traído de verdad al pueblo? —pregunto, llevando la mirada durante un par de segundos al líquido de mi taza—. ¿Por qué ahora, después de tanto tiempo?

Ella gira la cabeza despacio, como si la pregunta pesara toneladas. La luz del fuego le dibuja sombras en las mejillas y, por un segundo, parece mucho más mayor de lo que es.

—Hace unos días supe que había heredado esta casa —confiesa al fin—. Todas sus cosas. Cajas y cajas de cosas almacenadas. Apenas tuve un momento para decirle que la quería, para agradecerle todo lo que me había enseñado. Llegué tarde, así que supongo que... es la culpa la que me ha traído aquí.

Al escucharla, un nudo se me forma en la garganta.

—Yo no quería volver porque sabía que una vez que pisase Vall de Bruma, todas las heridas, los recuerdos... —hace una pausa—. Todo me iba a doler demasiado, pero supongo que debía hacerlo. Es más, creo que ella sabía que acabaría haciéndolo. Si no, no sé por qué dejó esas cartas que me encontré en la caja y que nunca me envió.

—¿Cartas suyas que nunca te envió?

Asiente, una lágrima solitaria se le escapa por la comisura del ojo y le resbala por la mejilla.

—Sí, cuatro o cinco... no las he contado bien. —Traga saliva con dificultad—. No sé por qué no me las mandó. Tal vez pensó que era mejor no hacerlo. O quizá no quería preocuparme. Pero ahora están ahí... —Señala la cómoda con la mirada—, y no soy capaz de leerlas.

Beatriz respira otra vez, profundo, y cuando vuelve a hablar su voz es casi un susurro:

—Aunque, si te soy sincera, estoy aquí porque la echo de menos... y porque también me echo un poco de menos a mí.

Su confesión me toma por sorpresa. La miro en silencio y en ese instante, su dolor me duele más a mí que el mío propio. Me duele verla tan sola, me duele haber estado tan lejos cuando quizá me necesitaba, me duele darme cuenta de que una parte de mí nunca dejó de esperarla, de quererla, de amarla.

El fuego chisporrotea y lanza una lluvia de chispas doradas. Ella se queda mirando las llamas, con los ojos brillantes y los labios apretados, como si luchara por mantener la compostura delante de mí. Y entonces, sin previo aviso, extiende apenas la mano sobre el sofá, dejando la palma hacia arriba, invitándome a tocarla y lo hago.

Sus dedos se cierran sobre los míos con necesidad y después, me sonríe.

—Gracias por venir —susurra—. No sabes cuánto necesitaba hablar con alguien.

—No tienes que darme las gracias —respondo, y mi voz tiembla un poco—. Yo también lo necesitaba. Necesitaba verte. Necesitaba saber que estás... bien. O tan bien como se puede estar en un caso como este.

Ella aprieta mi mano un poco más fuerte y, un silencio nuevo se instala entre nosotras. Un silencio que me invita a observar cómo danza el fuego, cómo la nieve cae sin prisa más

allá de las ventanas, cómo nuestras manos siguen unidas a pesar del tiempo.

Algo me dice que su regreso no son cosas del destino, que esto es un comienzo tardío, uno doloroso plagado de años perdidos, pero un comienzo nuevo al fin y al cabo. Y que ninguna de las dos está preparada para esto.

CAPÍTULO 7

La puerta sigue abierta para ella
SARA

Vall de Bruma,
Jueves, 15 de enero del 2026

El murmullo alegre y la energía inagotable de mis alumnos inunda el aula como una calidez y suavidad que lo envuelve todo. A veces pienso que dar clase a niños de seis años se parece muchísimo a habitar dentro de un pequeño universo en perpetuo movimiento. Hoy, por ejemplo, me encuentro en mitad de esta corriente, esforzándome por conseguir que encajen las formas geométricas sin que a alguien se le ocurra comprobar si un triángulo puede servir perfectamente para tirar abajo el castillo que hice para ellos días atrás.

—Profe, este círculo no cabe aquí... —se queja Leo, frunciendo la nariz con esa expresión de ofensa que solo un niño puede poner cuando el mundo parece conspirar en su contra.

Me agacho a su altura con ternura, le revuelvo un poco el pelo rubio y siento ese cariño inmenso y espontáneo que todos ellos me despiertan.

—Mira, cielo, ese hueco está pensado para un cuadrado —le explico con voz pausada mientras le muestro la pieza con calma—. Fíjate bien: tiene esquinas rectas que deben coincidir exactamente. Prueba con esta de aquí.

Leo abre los ojos como platos, sonríe de oreja a oreja como si acabara de descubrir algo maravilloso y se pone de nuevo a la tarea. Alrededor, el resto de la clase sigue inmerso en sus fichas de letras y figuras, coloreando con pasión, recortando con

torpeza y mezclando colores por puro impulso creativo más que nada. Son un caos que ilumina con una luz propia y única la mañana entera.

Yo, a pesar de estar atenta a sus proezas, estoy muy lejos de aquí.

Desde que desperté esta mañana, mi mente no ha dejado de viajar entre recuerdos y posarse en Beatriz; en su voz mientras hablábamos sobre Alberta junto a la chimenea, en esa tristeza tan presente en su mirada, en la caricia de nuestras manos después de que buscase mi apoyo en un gesto tan cercano y sincero.

Debería centrarme en el trabajo y no pensar tanto en ella, lo sé, pero es imposible. Ella nunca fue de esas personas que mostraban sus emociones con sencillez. Y quizás es eso mismo lo que me tiene tan afectada; que no oculta su tristeza, la culpa que siente, el dolor o la incertidumbre.

Intento regresar a los niños, intento con todas mis fuerzas concentrarme en el presente, pero basta con cerrar los ojos un solo segundo para que la escena de la despedida de anoche vuelva a mí con una nitidez tan clara como abrumadora.

***

FLASHBACK — Noche anterior

La chimenea crepita con suavidad, marcando el ritmo lento de una despedida que ambas hemos retrasado a lo largo de los últimos minutos. Beatriz me acompaña hasta la puerta envuelta en una manta gruesa que parece protegerla de todo lo que le encoje el corazón. El resplandor del fuego aún llega hasta nosotras, proyectando sombras sobre las paredes, sombras que bailan como si tuvieran vida propia.

—Gracias por haber venido… —murmura Bea con voz muy baja y en sus ojos, percibo con facilidad todo lo que carga en su corazón y que no esconde—. No tenía ni idea de lo mucho que lo necesitaba.

Me pierdo en su mirada, como no había podido hacerlo en estos años. Sus ojos siguen siendo exactamente los mismos, profundos y expresivos, castaños con motas azules, pero ahora los atraviesa el agotamiento, la tristeza. Aun con todo..., siguen siendo preciosos. Tan increíblemente preciosos que el pecho me duele solo de contemplarla.

—Llevábamos mucho sin vernos... —le respondo, apenas sin escucharme—. Sabes que habría venido de todos modos, aunque no hubieras invitado.

Beatriz baja la mirada un instante. No logro distinguir si sonríe o si simplemente se está protegiendo de lo que significa reencontrarnos después de tantos años. Hay tantas cosas de su vida actual que desconozco que de pronto, caigo en cuenta que necesitaría meses para componer a la nueva Beatriz que tengo delante de mí.

—Están siendo unos días... raros —reconoce, apretando la manta contra su pecho—. Creo que no estaba preparada para verme envuelta por todas sus cosas, por su recuerdo, por el pasado...

Doy un paso hacia ella porque algo dentro de mí me pide a gritos que la abrace, y lo hago.

—No tienes por qué estar sola en esto, Bea.

Cuando nos separamos, el brillo de sus ojos me atrapa como cuando éramos jóvenes y me sentía tan enamorada de ella.

—Sara... —susurra apenas, como si pronunciar mi nombre le costara un esfuerzo enorme—. No sé cómo eres capaz de brindarme tanto cariño después de todo lo que pasó entre nosotras.

—Pasara lo que pasara, siempre fuiste muy importante para mí. Alguien a quien nunca he dejado de querer del todo.

El silencio que sigue a mi confesión no es incómodo, pero es demasiado denso y pesado. Sobre todo, por todas las preguntas que, de una manera u otra, se quedaron atascadas

dentro de mí aquella mañana en la que todo se rompió entre nosotras.

Bea suspira hondo, se aparta un mechón rebelde de la frente y, tras un instante de vacilación, propone:

—¿Nos pasamos los números de teléfono? Por si… no sé, por si te apetece que nos veamos algún día. Aún no sé cuánto estaré por aquí, pero…

Percibo el cuidado, como mide cada sílaba para no parecer que me está pidiendo demasiado. Pero yo no tengo dudas. Ni las tuve hace años. Ni las tengo ahora.

—Claro que sí —respondo de inmediato, sacando el móvil del bolsillo del abrigo—. Me parece una idea estupenda.

Yo le cedo mi teléfono, ella el suyo, y durante un instante guardamos silencio.

—Gracias, de verdad —dice cuando termina de anotar los números en mi agenda—. No esperaba que vinieras hoy. Ni que… que todo fuera tan fácil entre nosotras después de tanto tiempo.

Sonrío sin poder contenerme.

—Hay cosas que simplemente no cambian, Bea. Por muchas vueltas que dé la vida.

Ella me acompaña hasta las escaleras del porche. El aire helado de Vall de Bruma se cuela de golpe en mis pulmones; la noche huele a leña, a humedad y a ese invierno helado que se agarra con uñas y dientes a los tejados. Beatriz se queda apoyada en una de las columnas, abrazada a la manta, recortada contra la luz cálida que se filtra desde el interior.

—Buenas noches, Sara —susurra con voz suave—. Y gracias otra vez por todo.

—Buenas noches, Bea —le devuelvo, sosteniendo su mirada—. Descansa, por favor.

Doy los primeros pasos hacia la calle…, pero antes de alejarme del todo, siento la vibración del móvil en el bolsillo del

abrigo. Lo saco con los dedos entumecidos por el frío y leo el mensaje que acaba de llegar.

***Bea**: Estaba pensando en acercarme mañana al cementerio para visitar a la abuela. ¿Te animas a venir conmigo? No sé si me veo con fuerzas de hacerlo sola.*

El corazón se me encoge de golpe, se repliega sobre sí mismo como si quisiera protegerse una herida que nunca terminó de cerrarse. Nunca he podido negarle nada a Beatriz. Lo sé desde siempre, pero tampoco quiero empezar a hacerlo ahora. Así que tecleo la respuesta casi sin pensar:

***Sara**: OK. Pásame a recoger mañana a la salida del colegio. Así, podemos ir a comer algo juntas, ya que estamos.*

Guardo el móvil y empiezo a caminar disfrutando de una noche que, aunque parece más fría, no apaga la calidez que siento dentro de mí.

***

—Seño, ¿por qué sonríes así? —pregunta de pronto Martina, alzando hacia mí sus ojazos azules curiosos mientras sostiene en alto un rombo coloreado de manera bastante creativa.

Me sobresalto un poco y regreso al aula como quien despierta de un sueño demasiado vívido y real.

—¿Sonriendo? —repito, mientras finjo sorpresa mientras intento recomponer mi expresión.

—¡Sí! Así, con toda la boca —insiste ella, imitando mi sonrisa con una exageración que me arranca una carcajada sincera.

—Seguro que es porque estoy muy contenta de ver lo bien que estáis trabajando todos —contesto, inclinándome para darle un beso suave en la sien—. Ven, vamos a colocar ese rombo en su sitio antes de que se pierda.

Mientras la ayudo, siento otra vibración discreta en el bolsillo de la bata. No hace falta que mire la pantalla para saber

quién es. Solo el hecho de sentirlo provoca en mí un pequeño temblor, como si alguien hubiera encendido una chispa en pleno invierno.

Intento concentrarme en la clase porque ahora mismo no puedo contestar, pero la inquietud que me provoca ese mensaje —sea cual sea su contenido— me acompaña mientras sigo moviéndome entre las mesas, corrigiendo posturas, repartiendo sonrisas y recogiendo trocitos de papel del suelo.

Este pequeño rincón del mundo, es mío, mi refugio, mi lugar seguro plagado de lápices de colores y olor a pegamento. Pero también tengo otro. O bueno, tenía. Ese que encontraba entre los brazos de Bea cuando me atraía hacia ella y me abrazaba, cuando me besaba y me miraba a los ojos como si fuera su universo.

Cuando miro el reloj, apenas han transcurrido unos minutos desde la última vez. Respiro hondo e intento anclarme a lo que tengo delante. Pero en el fondo sé perfectamente que mi día, por mucho que intente disimularlo, ya está marcado de forma indeleble por esa salida que tendré después con Bea.

Me acerco un momento a la ventana mientras los niños terminan de colorear sus últimas fichas. La nieve cae despacio, sin prisa, como si quisiera acariciar el suelo antes de posarse. Vall de Bruma aparece cubierta por un manto blanco que suaviza todos los contornos, que amortigua los ruidos y que convierte incluso las sombras en algo más dulce.

La contemplo y pienso en Alberta. En su risa contagiosa. En esos ojos llenos de una ternura en los que yo, siendo adolescente, me sentí aceptada y querida. En las tardes eternas que pasé en su cocina, robando galletas recién hechas mientras intentaba disimular que estaba locamente enamorada de su nieta.

Regreso al centro del aula y doy unas palmadas suaves para captar su atención.

—Venga, chicos, vamos recogiendo todo. En nada salimos al recreo y os quiero ver correr como locos.

Entre risas, empujones amistosos y algún que otro «¡yo primero!», los niños empiezan a guardar lápices y a tirar los papeles sobrantes a la papelera. Yo aprovecho el alboroto para sacar el móvil a escondidas y echar un vistazo al mensaje:

***Bea**: No me he olvidado, te veo en la puerta del colegio.*

No sé qué va a pasar después de hoy. No sé cómo será volver a pasar tanto tiempo junto a ella. No sé si me dolerá acompañarla al cementerio o si podré soportar todo lo que cargo dentro.

Solo sé que voy a ir porque es ella, y porque, por más que me haya intentado convencer de lo contrario, nunca he aprendido a cerrar del todo la puerta cuando se trata de Bea.

CAPÍTULO 8

Todo parece ayer
BEATRIZ

Unas horas más tarde

El aire gélido de Vall de Bruma siempre ha tenido una manera muy curiosa de rozarme la piel, como si aún me reconociera después de tantos años ausente, como quisiera despertar a aquella niña que no pensaba en otra cosa que en disfrutar de la nieve con sus amigos después de clases.

Estoy plantada frente a la verja del colegio con las manos en los bolsillos y un ramo de margaritas blancas —envueltas en papel de estraza para que no se hielen— apretadas contra mi pecho. El corazón me late a un ritmo irregular provocado por los nervios, la nostalgia y una esperanza tímida que no sé muy bien de donde proviene. No sé si es por el pueblo, si es por el recuerdo de mi abuela, o si es por la mujer que en cualquier momento va a cruzar esa puerta, pero siento que el tiempo no ha pasado.

El timbre suena dentro del edificio, agudo, anunciando la estampida infantil que está a punto de producirse, y yo sonrío sin querer, porque ese sonido sigue siendo exactamente el mismo que cuando tenía diez años y corría hacia los brazos de mi abuela. Los niños salen en tromba, envueltos en bufandas de mil colores, las mejillas encendidas por la calefacción, algunos arrastrando mochilas más grandes que ellos. Unos cuantos padres esperan más arriba, en la acera. Y después de unos minutos, aparece ella. Sara aparece con una carpeta abrazada contra el pecho y una calma que se entremezcla a la perfección con su sonrisa. La luz pálida del invierno le cae sobre el pelo

como si la estuviera acariciando a propósito, y por un instante me falta el aire.

Levanta la vista, me localiza entre la gente y sonríe. No es una sonrisa cualquiera; es una que le nace del corazón y le ilumina los ojos antes de llegarle a la boca.

—Has sido puntualísima —comenta al llegar a mi altura.

—Prefería no hacerte esperar —respondo, aunque la verdad es que he llegado con casi media hora de antelación y he estado dando vueltas como una tonta para que no se notara cuánto deseaba verla.

Sara asiente, guarda la carpeta en su maletín y se ajusta mejor los guantes. Sin decir nada más, echamos a andar juntas hasta su coche.

Una vez dentro, el alivio me roba un suspiro. Dejo las flores en el asiento de atrás, me abrocho el cinturón y le dedico una sonrisa. Quiero preguntarle cómo le ha ido el día; interesarme por sus alumnos, por su trabajo, pero la verdad es que soy incapaz de abrir la boca y hablar.

Ella lo comprende, porque en ningún momento rompe el silencio. Solo se dedica a conducir hasta el camino viejo que rodea el cementerio y que está repleto de casas viejas, de tejados cargados de nieve y chimeneas echando humo.

Cuando aparcamos y bajamos del vehículo, hace muchísimo frío, pero tenerla a mi lado alivia la presión que llevaba días sintiendo en el pecho. Solo nos miramos y emprendemos la marcha. Nunca hemos necesitado llenar el silencio con palabras; entre nosotras el silencio siempre ha sido un idioma propio, cómodo, lleno de significado y emociones.

Camino despacio, dejando que el ruido de mis pasos sobre la nieve marque el ritmo, que el aire helado me despierte los sentidos, que la cercanía de Sara me sostenga. Al menos, hasta que su voz rompe la quietud con delicadeza.

—¿Ya has decidido qué vas a hacer con la casa de tu abuela?

La pregunta me pilla desprevenida, quizá porque nadie más se ha atrevido a plantearla tan directamente, ni siquiera yo misma. Me detengo un instante, como si la respuesta fuera demasiado pesada y no pudiera cargarla con las manos.

—La verdad es que... no tengo ni idea —confieso, con bastante incertidumbre—. Desprenderme de ella me daría mucha lástima. Es lo único que me queda de mi abuela. Pero tampoco puedo quedarme aquí para siempre; mi vida, o lo que yo considero mi vida, está a cientos de kilómetros...

«En Barcelona, en el hotel, con Josep... lejos de esta tranquilidad que tanto bien me hace», pienso.

Sara baja la mirada un segundo, como si estuviera eligiendo con cuidado lo que va a decirme. La conozco lo suficiente como para saber que se está conteniendo.

—Sé perfectamente lo que es que un lugar te duela y te haga sentir bien al mismo tiempo —musita un rato después—. Vall de Bruma guarda demasiados recuerdos.

—Guarda toda mi historia —susurro, y se me quiebra un poco la voz.

«Y la nuestra», omito.

Una ráfaga de viento nos azota y las dos nos subimos la bufanda hasta los labios. El cielo es una bóveda gris y suave que parece apoyarse directamente sobre las cumbres de las montañas que rodean el valle. Esta zona del pueblo suele estar desierta; solo se escucha el ruido de las ramas de los robles al moverse y el crujir de la nieve bajo nuestras botas.

Sin darme cuenta, he acortado la distancia entre nosotras. No llegamos a rozarnos, pero siento el calor que irradia su cuerpo a través de su abrigo. El corazón me golpea las costillas con una insistencia que ya no puedo disimular.

Busco algo neutro que decir, cualquier cosa que no revele la tormenta emocional que me sacude por dentro, pero Sara me lanza una mirada de reojo que parece atravesar mis capas y leer más allá de ellas.

—A lo mejor la respuesta está en esas cartas que te dejó —apunta con tranquilidad.

—Puede que sí —admito tras un suspiro largo—. Es solo que, me da pánico abrirlas.

—¿Pánico a qué exactamente? —pregunta, y su tono está bañado de curiosidad.

—A descubrir que me juzgaba, o que esperaba de mí cosas que no he sido capaz de darle. A darme cuenta de que la decepcioné y ni siquiera me enteré.

Sara niega con la cabeza, despacio, convencida.

—Te quería con locura, Bea. Más que a nada ni a nadie. Nunca te habría pedido algo que te hiciera daño. Eso lo sé con seguridad.

Ojalá yo pudiera tener esa certeza. Ojalá la voz de mi abuela no se me hubiera vuelto tan borrosa con los años, tan llena de silencios que yo misma provoqué al irme del pueblo y dejarla sola.

—¿Y tú? —pregunto de pronto, sin filtro—. La otra noche no te lo pregunté porque sentía que era demasiado brusco hacerlo, pero… ¿me has perdonado?

Sara parpadea. El viento le aparta algunos mechones de la cara y no hace nada por colocárselos; me mira de frente, como siempre ha hecho y por una fracción de segundo, tengo la necesidad de salir huyendo.

—Sí —responde, aunque aparta la mirada y decide seguir adelante—. No estoy molesta contigo. No te miento… hubo un tiempo en el que estaba dolida por cómo pasaron las cosas, pero el pasado, pasado está… ¿no es así?

Se me hace un nudo en la garganta que casi no me deja tragar.

—Me disculpo por cómo hice las cosas entonces… —murmuro—. Sé que no te dejé opción a luchar por ello.

Ella esboza una sonrisa pequeña, triste, auténtica, de esas que no intentan arreglar nada porque saben que algunas cosas

solo se arreglan con tiempo.

—No he venido a cobrarme disculpas —dice quedamente —. He venido porque sentí que tenía que estar aquí contigo, a tu lado, aunque solo fuera para caminar en silencio. Así que no te preocupes, ¿vale?

Sus palabras se deslizan por mi piel hasta abrazar mi corazón y reconfortarlo.

Seguimos avanzando a paso lento. Ya divisamos la verja oscura del cementerio, las lápidas medio cubiertas de nieve, los robes dormidos. El aire aquí es más frío, más denso, como si la montaña exhalara de otra manera entre los muertos.

Al entrar, el ruido de nuestros pasos se vuelve más suave. No levanto la vista del suelo hasta que estoy frente a su lápida. Me tiemblan las manos al destapar las margaritas; son tan frágiles que parecen a punto de quebrarse solo con mirarlas, pero eran las favoritas de mi abuela. Decía que estas flores parecían humildes a pesar de esconder una elegancia que no necesitaban presumir, exactamente igual que ella.

Me agacho con cuidado para colocarlas al pie de la piedra y, mientras lo hago, el frío se me cuela por la ropa hasta los huesos. O quizá no sea solo el frío; quizá sea el vacío que dejó al irse. O ambas cosas abrazándome al mismo tiempo.

—Hola, abuela… —susurro, y no consigo decir nada más.

Sara se queda un paso detrás de mí, sin invadir mi espacio, pero lo bastante cerca como para que su presencia me sostenga. Igual que hacía antes, cuando yo ni siquiera era consciente de cuánto la necesitaba.

Permanecemos calladas unos segundos que se hacen eternos. Intento no llorar, pero las lágrimas llegan igual, una tras otra, calientes sobre la piel helada de mis mejillas. Me las seco con el dorso del guante, avergonzada.

—El dolor debe mostrarse como se muestra la felicidad o el amor —murmura Sara a mi espalda—. Dudo mucho que tu abuela quisiera que escondieras tu tristeza.

Me giro hacia ella y sus ojos brillan. Algo dentro de mí se quiebra, aunque esta vez, la oscuridad que sentía se rompe gracias a la luz de su mirada.

—Gracias por acompañarme —logro decir, casi sin voz—. Creo que sola no habría podido.

Ella baja la mirada un instante y luego vuelve a alzarla, decidida.

—Ya te lo dije, no iba a permitir que lo hicieras sola. Y también se lo debo.

Sara se acerca a mí, se sujeta a mi brazo y nos quedamos aquí, plantadas un rato más, sin hablar, escuchando cómo el viento se cuela entre las tumbas y mueve las ramas desnudas de los árboles. Hay una intimidad inmensa en estar juntas, algo que me recuerda lo que fuimos y que, al mismo tiempo, me anima a pensar que quizá podamos recuperar la conexión si logramos dejar atrás el dolor.

Cuando siento que ya es momento de regresar, el cielo parece haberse abierto un poco; entre las nubes grises se filtra una luz tímida, casi plateada. No sé si es real o si mi ánimo la inventa, pero es como un pequeño regalo.

—¿Te apetece que demos un paseo por el lago? —pregunta Sara de pronto—. Está completamente helado, pero... ya sabes que es precioso en esta época del año.

La miro y la respuesta me sale del alma.

—Sí. Me encantaría. Y después, vamos al bar de Pau. Estoy segura que le encantará vernos.

Ella sonríe, afirma y echamos a andar hacia el coche. El lago no queda muy lejos del cementerio, a un par de kilómetros. En primavera podríamos ir caminando, pero con toda la nieve acumulada, es mejor no hacerlo.

Cuando llegamos hasta allí, bajamos y Sara no se despega de mí. Avanzamos sujetas del brazo; cada paso a su lado va cosiendo esa herida que lleva años abierta. Va firmando una tregua, va reescribiendo, sin palabras, un acuerdo de paz

después de una guerra que acabó haciéndonos mucho daño. Aunque estoy segura de que ella fue la que más sufrió de las dos.

De pronto, el mirador del lago aparece ante nuestros ojos y el hielo que cubre la superficie brilla como un espejo hecho de brillantes. El viento silba bajito. Tengo la sensación de haberme sumergido en una bola de cristal y por primera vez, todo me parece posible.

Sara y yo nos quedamos quietas la una junto a la otra, y siento que quizá, solo quizás, estoy regresando a casa, a esa casa que debería importar por encima de cualquier otra cosa: yo misma, y la que debería cuidar un poco más.

CAPÍTULO 9

El bar de Pau y las cosas que no cambian
BEATRIZ

Un rato después

El coche de Sara se detiene frente al bar de Pau, ese rincón del pueblo que parece haberse quedado anclado en el tiempo, con su fachada de piedra oscura y el letrero descolorido en el que apenas se puede vislumbrar el nombre. De camino hasta aquí no hemos hablado casi nada. Tampoco es que haya hecho falta. A menudo, las cosas más duras se enfrentan con un par de frases y nosotras, por el momento, ya nos lo hemos dicho todo.

Agradezco, después de todos los errores que cometí, que Sara y yo podamos estar juntas y recuperar algo de lo que tuvimos. Aunque aún no sé muy bien si ella piensa lo mismo. Cada vez que la miro a los ojos creo ver a esa chica de la que me enamoré, a la misma que besé en aquella playa y que dejé atrás cuando Josep apareció en mi vida y me llenó la cabeza de planes a grande escala. Si no hubiese sido por él, seguramente había vuelto a Vall de Bruma y no me habría quedado en Barcelona, levantando un hotel desde sus cimientos, dejándome llevar por el estrés y el ritmo que exige una ciudad como esa.

En cuanto bajamos del coche, el olor a leña quemada se expande y se mezcla con ese aroma a tierra mojada que queda tras las nevadas. Sara no tarda mucho en acercarse a mí y mientras caminamos hacia la puerta, siento el calor de su cuerpo que nace de su proximidad y me hace sentir viva de una manera que había olvidado.

Empujamos la puerta de madera y el tintineo de la campanilla anuncia nuestra llegada. Dentro, el ambiente es

cálido, acogedor. Las mesas de roble están ocupadas por algunas personas que ya son habituales: un par de ancianos que juegan al mus en una esquina, una familia con niños que ríen y disfrutan de un chocolate caliente, un par de hombres sentados en la barra y Pau, que se encuentra charlando con ellos mientras limpia un vaso con un trapo blanco. Hacía tanto que no lo veía, que me sorprenden las arrugas de su cara y esos kilos de menos; su barba y sus canas, siguen casi intactas. Y también su mirada, que se iluminan de la sorpresa al vernos allí.

—¡Pero mira quiénes han venido a honrarme! —exclama Pau, dejando el vaso y rodeando la barra con los brazos abiertos —. ¡Bea, Sara! ¡Cuánto tiempo sin veros juntas por aquí!

Me abraza fuerte, como si quisiera compensar los años de ausencia, y en su ropa recibo el olor al tabaco que habitúa a fumar y el aroma a café recién hecho. Luego abraza a Sara, más breve pero igual de afectuoso, y nos mira a las dos con una sonrisa que le arruga las comisuras de los ojos.

—Os habéis hecho mayores, pero seguís siendo las mismas niñas que venían a por chocolate caliente después de pasar una mañana lanzándose con los trineos por la nieve —recuerda con un deje de añoranza que se me clava en el corazón.

Sonrío, porque es verdad. Este bar era nuestro refugio en invierno, ese lugar donde nos calentábamos las manos con tazas humeantes de chocolate, donde compartíamos secretos mientras la nieve caía fuera. Pau siempre nos trataba como a sus hijas, nos adoraba y a la vista está que eso no ha cambiado.

—Nos apetecía algo caliente y tu compañía —responde Sara, quitándose los guantes y frotándose las manos.

—Y comer, que el paseo nos ha abierto el apetito — comento yo con una sonrisa.

—Pues sentaos en esa mesa de allí, la de la chimenea. Es el mejor sitio —nos indica Pau, señalando una mesa pequeña al fondo, muy cercana a uno de los ventanales.

Nos acomodamos, y el crepitar del fuego me relaja los hombros. Sara se sienta frente a mí, se quita el abrigo y lo cuelga en el respaldo de la silla. La luz anaranjada de las llamas le dibuja sombras suaves en el rostro y le hace brillar los ojos, resaltando esa serenidad que siempre ha formado parte de ella, incluso en los días más duros.

Pau nos trae el menú escrito a mano en una pizarra pequeña: sopa de cebolla, guiso de ciervo con setas, patatas asadas con alioli, y de postre, tarta de manzana casera. Pedimos el guiso y una botella de vino tinto del valle, algo que compartíamos antes, cuando el amor que compartíamos hacía de momentos como estos, algo mucho más sencillo.

Mientras esperamos, el silencio se instala entre nosotras; no es incómodo, solo nuestro, lleno de historia. Miro por la ventana y me fijo en la nieve, que cae perezosa cubriendo el pueblo en un manto blanco que borra las huellas del día. Había olvidado que aquí, en Vall de Bruma, la paz se respira en estos momentos del año.

—¿Recuerdas cuando veníamos aquí por las tardes? —pregunto de pronto, rompiendo la quietud—. Tú siempre pedías el chocolate con extra de nata, y cuando te despistabas, te la robaba con la cucharilla.

Sara ríe, una risa que me calienta más que el fuego que arde a mi espalda.

—Y tú siempre acababas con la boca manchada, negándolo todo —responde, mirándome con esa ternura que años atrás me volvía loca—. Pau nos regañaba por el escándalo que armábamos como si fuéramos sus nietas.

Pau aparece entonces con un revuelto de setas de la casa.

—Para abrir estómago —dice, guiñando un ojo—. Y porque sé que os encanta.

Nos sirve y se queda un rato charlando, contándonos algunas novedades que hasta el momento desconocía. Me pregunta cómo me ha ido todo, con delicadeza y sin presionar.

Le hablo vagamente de Barcelona, de mi hotel, omitiendo que desde hace semanas tengo la sensación de que todo lo que me parecía maravilloso, ahora me sobra. Sara menciona a sus alumnos, con ese brillo en los ojos que aparece cuando habla de ellos. Me sorprende que no haya seguido viniendo por aquí.

Cuando Pau se aleja, el guiso llega caliente y aromático, con trozos de carne tierna y pan caliente. Comemos despacio, saboreando cada bocado, y por primera vez en mucho tiempo, siento hambre de verdad y no solo de comida.

—Esto sabe exactamente a como lo recordaba —murmuro, cerrando los ojos un instante.

—Pau es como el pueblo y algunas cosas más... —dice Sara —. No cambia.

Sus palabras se quedan colgando en el aire con un significado que se abre paso y hace latir mi corazón. La miro y veo en sus ojos azules el reflejo de lo que siento: esa mezcla de nostalgia y esperanza. ¿Seríamos capaces de reconstruir lo que se rompió? ¿O solo estamos remendándonos las heridas para que duelan menos?

—Tengo la sensación de que volver al pueblo era mi destino... —le digo en voz baja, llevándome un poco de pan a la boca.

Sara deja el tenedor, busca mi mano sobre la mesa y cuando se la cedo, sonríe.

—Nunca se sabe. Pero ve paso a paso y poco a poco. Y disfruta. A tu abuela le encantaría que lo hicieras.

Y es cierto. A mi abuela le habría encantado verme aquí de nuevo.

Afuera, la nieve sigue cayendo, pero dentro, en este bar que guarda nuestros recuerdos, siento que algo se derrite: el hielo que llevaba años cubriendo ese amor que guardaba en mi corazón.

Comemos hasta que Pau nos trae la tarta y la compartimos como hacíamos antes, entre risas, anécdotas y cosas que hemos

vivido mientras estábamos separadas.

Por un momento, todo parece posible de nuevo. Como si Vall de Bruma, con su frío eterno, hubiera decidido darnos un poco de calor y el tiempo suficiente para volver a querernos.

CAPÍTULO 10

Vall de Bruma sigue igual
BEATRIZ

Vall de Bruma,
Sábado, 17 de enero del 2026

Nunca imaginé que un reencuentro pudiera revolver tanto el alma de una persona, pero desde que Sara y yo nos hemos acercado, tengo la sensación de que algo dentro de mí ha encontrado por fin su lugar. Resulta curioso —o quizá no tanto — cómo la compañía, una charla, una mirada cargada de complicidad o una palabra dicha con ternura bastan para que la culpa que he arrastrado a lo largo de las semanas se vuelva un poco más ligera, casi soportable. Hoy camino con el pecho más abierto, sin ese nudo permanente en la garganta que me acompañaba desde primera hora del día. Vall de Bruma se despliega ante mí como una vieja fotografía que alguien guardó con mimo en una caja y que el tiempo no ha logrado ajar: frío como siempre, pero de ensueño.

El aire helado de enero me acaricia las mejillas con esa crudeza que solo se encuentra en los pueblos de alta montaña. Llega impregnado de olor a leña quemada, a tierra húmeda. Tenaz e implacable.

Me ajusto la bufanda al cuello y avanzo por la calle principal. Aquí nadie se mueve con prisas; el tiempo discurre lento. Mi cuerpo reconoce este sitio antes incluso de que mi cabeza lo haga. Cada adoquín, cada esquina, cada casa forman parte de un mapa grabado a fuego en mi memoria. Podría cerrar los ojos y caminar sin tropezar; Vall de Bruma vive dentro de mí, aunque yo haya intentado borrarlo durante años.

Yo me alejé de este lugar como lo hacen muchos otros: buscando mi camino. Cuando cierro los ojos un instante, aparece el azul intenso del Mediterráneo, el hotel que levanté con tanto esfuerzo en Barcelona, el rumor constante de voces extranjeras y el ruido de las maletas rodando. Me gusta mi trabajo, me gusta la vida que he construido allí… pero no es lo mismo. Allí siempre hay ruido, movimiento, frenesí. Aquí solo hay silencio. Y en ese silencio me encuentro a mí misma sin la necesidad constante de fingir que todo está bien.

Es sábado y en el pueblo se respira esa calma especial de los fines de semana en sitios pequeños; hay un par de coches mal aparcados, un hombre quitando la nieve con una pala frente a la puerta de su casa, la campana de la iglesia que marca las doce con gravedad.

Noto cómo la luz invernal se cuela entre las nubes, bañando los tejados con un brillo suave, casi mágico, como si alguien los hubiera espolvoreado con polvo de hadas. Es hermoso. Siempre lo ha sido, aunque yo llevara años sin permitirme recordarlo.

Doblo la esquina y me encuentro con la fachada de la antigua carnicería de los Muntaner. De niña, mi abuela me mandaba allí con cualquier excusa y yo salía cargada con una bolsa repleta porque ella tenía la manía de alimentar a todo el que se cruzara por su puerta, quisiera o no.

Continúo caminando y de pronto oigo pasos a mi espalda. Me giro y frente a mí está la señora Elisa, la dueña de la floristería. El tiempo ha teñido de blanco casi todo su pelo y ha dibujado nuevas arrugas alrededor de sus ojos, pero su sonrisa sigue siendo exactamente la misma: amplia, sincera, acogedora.

—¿Beatriz? —pregunta con incredulidad.

—Sí… soy yo —respondo con la voz algo tomada antes de que ella me envuelva en un abrazo que huele jazmín y limón.

—¡Madre mía, pero si estás igual de guapa que cuando te fuiste! ¿Te acuerdas?, parece que fue ayer cuando venías a

hurtadillas y te pasabas horas observando las flores.

Me río, aunque noto que la risa me sale un poco apagada.

—Qué alegría verte —le digo, y es de corazón.

Ella me observa con esos ojos capaces de atravesar todas tus capas y ver más allá. Unos ojos llenos de cariño, pero también de algo que me hace encoger los hombros sin querer.

—Tu abuela se habría puesto loca de contenta si te hubiera visto caminar por aquí —comenta despacio, eligiendo con cuidado cada sílaba—. La pobre… qué lástima que perdiera la cordura tan pronto. Imagino que fue muy complicado para ti tomar la decisión de meterla en una residencia.

—La verdad es que sí… —musito, porque no se me ocurre nada más.

No quiero justificarme delante de nadie. No quiero explicar que me sentía culpable por dejar a Isabel a cargo de mi abuela. Ni que decidí dejar el pueblo atrás porque necesitaba construir mi propia vida. No me atrevo a confesar que intenté volver decenas de veces, pero que siempre me frenaba ese miedo ridículo de dejar ver a todo el mundo lo equivocada que estaba. Además, también estaba Sara, lo mal que me había portado con ella y mi incapacidad para enfrentarme a las consecuencias de mis errores.

Elisa me aprieta el antebrazo con suavidad.

—No te martirices ahora, mujer —susurra, adivinando el torbellino que llevo dentro—. Me hace muy feliz verte de nuevo por aquí. Si necesitas cualquier cosa, ya sabes dónde estoy, ¿eh?

Asiento y sigo mi camino.

A pocos metros me cruzo con Gorka, un hombre que lleva toda la vida arreglando tractores y coches en su taller a las afueras del pueblo. Me mira entrecerrando los ojos, como si quisiera asegurarse de que no soy un fantasma.

—Vaya, vaya… si es la nieta de Alberta —comenta al verme.

Intento sonreír con naturalidad.

—Buenos días, Gorka.

—Buenos días, muchacha. Cuánto tiempo... Si tu abuela se levantara de la tumba no se lo creería.

—Ha pasado mucho, sí...

Gorka suspira hondo y me recorre con la mirada de arriba abajo.

—Tenías una abuela maravillosa. Es una lástima que no pudiera vivir unos años más.

—La verdad es que hubiese sido maravilloso... —menciono. Aunque aún lo hubiese sido más si el Alzheimer no la hubiese convertido en una muñeca de trapo—. Espero que tengas una buena mañana, Gorka. Nos vemos por aquí.

—¡Claro que sí!

Su voz me acompaña mientras cruzo la plaza y me veo envuelta por el griterío alegre de un grupo de niños jugando. Sus risas me roban una sonrisa y al mismo tiempo, me hacen pensar en Sara. Ella, con esa bondad inagotable que posee... Me pregunto qué estará haciendo en este momento.

Impulsada por mi necesidad de saber de ella, busco mi teléfono, me quito un guante y empiezo a escribir un mensaje:

***Bea**: Ya es sábado. ¿Te apetece que hagamos algo juntas mañana?*

No sé por qué mi corazón late tan rápido cada vez que su nombre aparece en mi cabeza. Aunque la realidad, es que sí lo sé. Ella forma parte de mí, de esas historias que se quedaron atrás en el tiempo y me llenaron de luz, de esa luz a la que me aferré durante un tiempo y que compartimos juntas hasta desfallecer.

Sigo avanzando. Cada calle me devuelve un recuerdo, y cada recuerdo trae consigo algo que me llevo conmigo. Vall de Bruma está exactamente igual, pero yo ya no soy la misma. Y quizás sea justamente esa diferencia lo que me hace sentir que camino entre dos mundos: el que dejé atrás y el que, poco a poco se abre paso delante de mis ojos.

—Beatriz, hija mía —dice con naturalidad Carmina, que aparece de la nada, sorprendiéndome tanto que apenas logro articular palabra—. Madre mía, lo mucho que has cambiado, y lo mucho que te pareces a tu abuela... —añade con ternura, regalándome un abrazo—. Isabel me comentó que estabas en el pueblo, y no me lo podía creer.

Siento que los ojos me arden y aprieto los párpados para no dejar salir las lágrimas.

—Carmina… yo… sé que no estuve cuando mi abuela más me necesitaba… —logro balbucear—. Que debía haber estado con ella cuando...

Ella posa su mano arrugada en mi mejilla y sonríe.

—Cariño, tu abuela te quería muchísimo y estoy segura que nunca pensó nada malo de ti —responde con calma—. Lo que importa es que tú hiciste todo lo posible porque ella estuviese bien. Y esté donde esté, lo sabe y te lo agradece.

El nudo en la garganta se hace enorme.

—Gracias...

Carmina me dedica una última sonrisa llena de paz y se aleja con paso tranquilo, dejándome allí plantada, sosteniendo un dolor que ya no parece tan afilado, que de pronto se siente más humano, más llevadero.

Decido regresar a casa cuanto antes, impulsada por el viento que de pronto arrecia y trae consigo unas nubes que amenazan con romper a llover. Al abrir, el olor a madera vieja, a leña y a manzanilla, me acoge como si fuese un abrazo.

«Estoy aquí, abuela», pienso con todas mis fuerzas. «He vuelto. Tarde, lo sé, pero he vuelto», le digo como si pudiera escucharme.

Avanzo despacio hacia el salón. Me quito el abrigo y lo dejo caer sobre el respaldo del sofá donde tomo asiento y cierro los ojos. El calor residual de la chimenea aún me alcanza las mejillas y entonces, mi teléfono vibra.

Lo busco a sabiendas de que será Sara, y sonrío antes de leer su mensaje:

***Sara**: He estado pensando en ti todo el día... ¿Te apetece dar un paseo por la montaña? Si te animas, claro.*

***Bea**: Acepto. Pero dile a Isabel que nos prepare uno de esos bocadillos con queso, como los que comíamos juntas cuando éramos unas crías.*

En silencio, imagino la sonrisa de Sara y también la de mi abuela. Aparto la mirada del teléfono y la poso en la cómoda del pasillo, sabiendo que ha llegado el momento de descubrir qué es lo que guardan esas cartas.

CAPÍTULO 11

El aire frío de las montañas
BEATRIZ

Valdebruma,
Domingo, 18 de enero del 2026

El frío de enero se filtra por cada rincón de Vall de Bruma con esa insistencia propia del invierno en la montaña, pero hoy, curiosamente, no me molesta; al contrario, es un frío limpio y cortante, de esos que te despiertan los sentidos y te obligan a permanecer plenamente consciente del momento presente, como si el cuerpo necesitara recordarse a sí mismo que sigue aquí, que respira, que late y que, a pesar de todo, avanza. Me encanta esa sensación porque me confirma que no estoy tan perdida como creo, que hay algo dentro de mí que se resiste. Tal vez por eso, cuando salgo de casa y veo a Sara esperándome junto a su coche, siento que una parte de mí, que llevaba meses —sino años— desencajada, encaja de nuevo en su sitio exacto.

Ella alza la mano nada más verme, como si llevase un rato deseando que apareciera. Lleva puesto un gorro gris de lana que apenas sujeta los mechones castaños de su pelo y que el viento insiste en revolver, y sonríe con esa dulzura tan serena y tan luminosa, que es capaz de disipar hasta la bruma espesa que envuelve el pueblo entero cada mañana.

—¡Menos mal que has salido ya! —exclama mientras se acerca con paso rápido—. Empezaba a pensar que me iba a convertir en una estatua de hielo aquí plantada.

—No lo habría permitido. ¿Acaso me crees tan cruel? —contesto, y mi voz sale más suave, más cálida, más risueña.

Me mira un instante largo con un brillo especial en los ojos, una mezcla de alegría e ilusión que se me contagia y derrite cualquier rigidez que la situación pueda imponer.

—¿Preparada para ayudarme con las cadenas? —pregunta, dando un golpecito al coche.

Asiento con entusiasmo y nos ponemos manos a la obra sin perder tiempo. Ella me explica paso a paso cómo fijar cada eslabón a la rueda, mientras yo trato de concentrarme en sus instrucciones y no en la forma en que se muerde el labio inferior cuando algo se resiste a encajar. Me asombra que, después de tanto tiempo, aún sea capaz de verme atrapada por esos pequeños detalles que siempre me volvieron loca.

—Bea —susurra, tirando suavemente de la manga de mi chaqueta—, lo estás colocando al revés.

Bajo la vista al protector y, efectivamente, lo tengo del lado equivocado. Me echo a reír. «Céntrate de una maldita vez», me exijo a mí misma.

—Lo siento muchísimo —digo entre carcajadas—. No me juzgues demasiado, por favor; es que llevo demasiado tiempo viviendo en la costa y me he ablandado como una galleta en leche.

—Se nota, se nota —responde con una sonrisa traviesa que le ilumina toda la cara—. Te has vuelto toda una playera.

—¿Eso crees? —replico, alzando una ceja con fingida indignación.

—Solo un poquito —admite, y de pronto sus mejillas se tiñen de un rubor leve, casi imperceptible, que me hace sonreír como una tonta.

Me sorprende lo natural que resulta retomar esta complicidad, como si los años de separación hubieran sido simplemente una larga pausa publicitaria y no un punto y final definitivo. Su cercanía despierta en mi pecho una calidez nostálgica que no duele, sino que reconforta y envuelve, como una manta tejida a base de recuerdos buenos.

Terminamos de colocar las cadenas y Sara se sacude las manos contra los vaqueros, claramente satisfecha con el resultado.

—¡Listo! Ahora ya podemos subir a la montaña sin miedo a patinar —anuncia mientras camina hacia la puerta del conductor—. Por cierto, he traído los bocadillos que me pediste.

—¿En serio? ¿Qué te dijo Isabel?

—Que tienes muy poca vergüenza —responde, antes de abrir la puerta—. Y que espera que vayas a verla.

—Lo haré. Solo... necesito tiempo.

Sara y yo podríamos sobrevivir perfectamente alimentándonos de estos bocadillos de queso manchego fundido y de café solo. Sobre todo, en estos días donde el frío es pesado y doloroso.

—Hazlo cuando tú creas que es el momento —dice, y las palabras salen de sus labios cargadas de sinceridad.

Ella me dedica una sonrisa y después, entramos en el interior del coche. El calor, el perfume que cuelga del retrovisor; el espacio se encoje tanto que, por un segundo, me cuesta respirar.

—¿Te acuerdas del viaje a la sierra de Madrid? —pregunta Sara, girando la llave—. Aquel fin de semana en la estación de esquí.

—Cómo olvidarlo —respondo, mirando por la ventanilla mientras el coche empieza a deslizarse por las calles del pueblo —. Fue uno de los inviernos más felices de toda mi vida.

—El mío también —confiesa en voz baja, como si temiera romper la magia del momento.

El paisaje cambia casi de inmediato en cuanto dejamos atrás las últimas casas. Las montañas se alzan ante nosotras cubiertas de un manto blanco que brilla bajo la luz mortecina del mediodía. Las nubes bajas rozan las cimas como si quisieran acariciarlas, y un sol tímido intenta abrirse paso entre ellas, tiñendo todo de un azul plateado precioso.

El motor ronronea con suavidad mientras Sara conduce con esa serenidad que siempre me transmitió seguridad. Tenía —y tiene— esa habilidad especial de hacer que cualquier trayecto, por estrecho o complicado que sea, parezca el camino más seguro del mundo.

—No me cabe en la cabeza que haya pasado tanto tiempo —comenta de pronto, sin apartar la vista de la carretera.

—Lo sé… —musito, y noto cómo respiro más hondo, como si cada frase que intercambiamos nos ayudase a reconstruir algo que creíamos derruido.

—Aquella vez en la estación con el grupo —continúa ella, con la voz cargada de nostalgia—, estabas tan radiante… Voy a recordar tu risa resonando por toda la montaña, como si fueras la dueña del mundo.

Sonrío al recordar la escena con una nitidez que me emociona.

—Me dejaste caer de culo en la nieve tres veces seguidas —le recrimino, fingiendo enfado.

—¡Eso no es verdad! —protesta entre risas—. Bueno… a lo mejor una.

—Fueron tres, Sara, tres. Lo tengo grabado en la memoria.

—Vale, vale, confieso que fueron tres —admite al fin, riéndose—. Pero tú te vengaste al día siguiente lanzándome una bola de nieve enorme en plena cara mientras dormía plácidamente.

—Es que te lo estabas buscando a gritos —alego, y las dos estallamos en carcajadas.

Nos miramos un segundo y durante ese momento, me pregunto cómo es posible que el tiempo no haya conseguido borrar la forma exacta en que todo encaja cuando tu persona especial sonríe así, con los ojos brillantes.

Ella vuelve a fijar la vista en la carretera, pero la sonrisa se queda ahí, flotando en sus labios, y yo siento un pequeño

temblor en las manos que intento disimular frotándome cada cierto tiempo los muslos.

A medida que ascendemos por la carretera que lleva al mirador, el paisaje se vuelve más y más blanco, más puro, casi irreal. El silencio nos envuelve y durante un rato, lo disfrutamos. Hasta que Sara reduce la velocidad y detiene el coche.

—Este es el sitio al que siempre veníamos cuando queríamos ver el atardecer sin que nadie nos molestara.

Asiento, y de pronto, un recuerdo asola mi mente. El de nosotras, envuelvas en dos mantas dentro del coche, hablando de planes que entonces parecían estar al alcance de la mano.

El silencio se hace tan denso que casi puede tocarse.

—Vamos fuera —propone.

Salimos del coche y el aire me azota la cara con una fuerza que me despierta del todo, me hace sentir viva, en alerta, casi eufórica. La nieve cruje bajo nuestros pies y el viento me revuelve el pelo. Sara abre una bolsa térmica que había en el asiento trasero.

—Toma —dice, tendiéndome un bocadillo envuelto en papel aluminio—. Si se han enfriado, juro que no ha sido culpa mía.

Lo cojo con cuidado. Todavía está caliente, y el olor del queso fundido me lleva de regreso al pasado, golpeándome con una oleada de nostalgia tan intensa que cierro los ojos por un momento.

—No tienes idea de cuánto echaba de menos esto —confieso, dando un mordisco pequeño.

Sara me observa con una ternura que me hace sentir nerviosa.

—Yo también lo echaba de menos —murmura, bajando la mirada un segundo—. Y no me refiero solo a los bocadillos.

El corazón me da un vuelco tan fuerte que casi puedo oírlo. El viento sopla con más fuerza, trayendo el aroma intenso de los

pinos y la tierra helada. Todo es tan hermoso que duele en el pecho.

—¿Sabes qué? —empieza ella—. Pensé que, cuando volviera a verte, me costaría muchísimo hablarte como antes, que sería imposible mirarte a los ojos, que la distancia habría roto algo esencial entre nosotras.

—¿Y lo ha hecho? —pregunto, notando cómo mi pecho se contrae.

Ella me mira directamente a los ojos.

—No —responde con seguridad—. En lo que de verdad importa, no ha cambiado nada.

No sé qué contestar. Mis pensamientos se atropellan unos a otros, y el corazón me late con tanta intensidad que tengo que apartar la vista y respirar hondo para no marearme.

—Sara… —susurro—. Sé que debería haber vuelto antes, pero después de todo lo que pasó y lo de mi abuela… era demasiado difícil.

Ella guarda silencio durante unos segundos antes de responder.

—Ahora ya estás aquí, y eso es lo que verdaderamente importa—dice con suavidad, como si esas palabras lo solucionaran todo.

Y, de alguna forma, lo hacen.

Nos sentamos en uno de los bancos de piedra que hay junto al mirador después de quitarle la capa de nieve con las manos. Desde ahí, la vista es maravillosa. Las montañas se suceden una tras otra, pintadas de azul profundo y blanco cegador, y el cielo parece infinitamente más grande, más hondo, como si alguien hubiera estirado el firmamento para que cupieran más sueños dentro.

—¿Recuerdas aquella noche en la estación? —pregunta Sara de pronto.

—¿Cuál de todas? —respondo con una sonrisa.

—La que nos quedamos despiertas hasta las tantas hablando del futuro y sueños por cumplir.

Sonrío con ternura.

—Tú conseguiste ser profesora...

—Y tú lograste encontrar ese lugar perfecto donde vivir y ser feliz —añade ella.

—Sí... —musito, pero mi voz suena apagada e insegura.

Ella ladea la cabeza, intentando leer entre líneas.

—¿No te hace feliz? —pregunta con delicadeza.

Me quedo pensando un buen rato. La brisa me acaricia las mejillas y, de una rama cercana, cae un puñado de nieve que forma un pequeño montículo blanco a mis pies.

—Sí me hace feliz —admito al fin—, pero a veces siento que construí toda una vida lejos de lo que de verdad me importa, que puse kilómetros de por medio con las personas y los lugares que me llenaban el alma.

Sara me mira con ternura. No dice nada, pero sus ojos hablan por ella, y lo que dicen es tan bonito que me emociono.

—Bea... —susurra al cabo de un rato, con esa serenidad que siempre me ha hecho temblar—. Lo que de verdad importa no está atado a un lugar concreto. Está dentro de ti y en las personas que te quieren de verdad —añade casi en un susurro, mirándome de reojo.

No sé si lo dice a propósito, pero siento que mi corazón palpita mejor, como si alguien hubiera descorrido una cortina de hielo y hubiera dejado entrar por fin la luz del sol.

—Gracias por estar aquí conmigo —digo con toda la sinceridad del mundo.

—Gracias a ti por querer venir...

Entonces me doy cuenta de que una de sus manos descansa muy cerca de la mía. No se tocan, pero el espacio entre ellas es tan pequeño que puedo notar el calor que irradia su piel. Ese calor me atrae como un imán, me envuelve, me confunde y, al mismo tiempo, me serena.

No sé cuánto tiempo pasamos así, en silencio, contemplando el valle nevado y dejando que el viento nos hable. Pero es un silencio cómodo, profundo, de esos que solo existen entre dos personas que se conocen hasta el tuétano.

Cuando decidimos regresar al coche, algunas nubes bajas se deslizan entre los pinos.

—Ha sido una idea estupenda venir aquí —comenta Sara mientras abre otra vez la bolsa térmica—. Tenía miedo de que te pareciera un plan demasiado… nuestro, demasiado cargado de pasado.

Me detengo en seco.

—¿Demasiado nuestro? —repito, sorprendida.

—Sí —confiesa, apoyándose contra la puerta del coche—. No quería que pensaras que estaba intentando forzar los recuerdos, revivir a propósito lo que fuimos.

—Sara —digo, mirándola de frente—. Si algo revive o no entre nosotras… eso lo decidimos las dos, juntas y sin presiones.

Ella me mira con sorpresa y alivio, y después sonríe. Esa sonrisa que siempre ha sido mi debilidad.

—En ese caso —dice, abriendo la puerta del copiloto para mí—, vamos a buscar otra ruta para seguir paseando. Todavía queda mucho día por delante y muchas cosas que contarnos.

Me subo al coche con el corazón latiendo a toda prisa y, por primera vez en muchísimo tiempo, sin esa sensación de vacío que me había acompañado durante estas últimas semanas.

Cuando Sara arranca el motor y la calefacción empieza a templar el ambiente, sé que algo está volviendo a nacer entre nosotras. Algo que, en realidad, quizá nunca llegó a morir del todo y que estamos redescubriendo por momentos.

CAPÍTULO 12

La nieve no perdona a nadie
BEATRIZ

Unas horas después

La primera señal de que el tiempo está a punto de cambiar, es una ráfaga de viento helado que se desliza a mi alrededor mientras observo a Sara. Está a apenas tres pasos por delante de mí, con las mejillas encendidas por la caminata y la punta de la nariz ligeramente colorada. Cuando alza la vista, el valle entero se refleja en sus ojos y se queda callada unos segundos, como si quisiera grabar cada detalle en un lugar del pecho donde nada ni nadie pueda borrarlo nunca. Fue buena idea encontrar otra ruta, pasar el resto de la mañana recorriendo lugares olvidados.

Me muero de ganas por preguntarle en qué piensa exactamente, pero antes de que abra la boca un copo de nieve del tamaño de una moneda se posa en su bufanda roja. Otro aterriza en mi guante, luego otro, y de pronto el cielo que hace un minuto era de un azul limpio se cierra como si alguien hubiera corrido una cortina blanca.

—Bea... —susurra Sara, y en esa sola palabra cabe la sorpresa y también la alerta.

Giro la cabeza hacia el horizonte y lo veo perfectamente, la nieve cae tragándose el paisaje al completo.

—Tenemos que irnos ya —digo, y noto cómo la garganta se me cierra de golpe.

Ella asiente sin rechistar y echamos a andar hacia el coche a toda prisa. La nieve se acumula tan deprisa que en cuatro zancadas mis botas ya dejan huellas profundas. El frío se ha

intensificado. El viento sopla a ráfagas que me obligan a entrecerrar los ojos, pero lo último que importa es llegar y ponernos a salvo.

Cuando por fin estamos en el coche, las dos soltamos el aire que llevábamos conteniendo y subimos casi de un salto, encendiendo la calefacción al máximo. Sara arranca el motor y el parabrisas se empaña en cuestión de segundos; paso la mano para despejarlo y, mientras espero, miro de reojo a Sara.

Tiene las manos apretadas sobre el volante, como si estuviera sujetando algo que se le escapa.

—No pinta que vaya a aflojar pronto —comento, más que nada para que el silencio entre nosotras no pese tanto, porque lo que se ve a través del cristal no necesita explicación.

—No —responde ella en voz baja, sin apartar la mirada de la rabia con la que la nieve golpea el parabrisas—. Ayer no avisaron de nevadas, pero... está claro que todo puede pasar.

Intentamos bajar por la pista principal, pero la visibilidad se reduce a casi cero. La carretera, que hace una hora era una línea clara entre pinos, ahora es una trampa blanca que parece querer tragarse las ruedas. Baja la velocidad, luego más, y más, hasta que apenas avanzamos a paso de tortuga.

—No creo que sea seguro seguir —admite, apretando el volante.

—Tranquila, tú conduces mil veces mejor que yo con nieve.

La miro solo un segundo. Suficiente para que me invada esa vieja urgencia de protegerla, de rodearla con los brazos y prometerle que no va a pasar nada malo. Al final solo asiento y respiro hondo, llenándome los pulmones de aire caliente que sale de las rendijas que tengo justo delante.

—Mi casa está a veinte minutos como mucho. Así que vayamos allí.

Ella abre la boca, y sé perfectamente lo que va a salir de ahí.

—Bea… yo… —empieza, dubitativa.

—No podemos quedarnos aquí atrapadas hasta mañana —la interrumpo, no con dureza, pero sí con esa firmeza que a veces hace falta—. Es solo hasta que amaine. Nada más. Además, tu casa está en el otro extremo del pueblo y dudo mucho que podamos circular con tanta nieve.

Se queda callada unos segundos. Luego suspira, profundo, como quien se rinde a algo que en el fondo sabe que es lo correcto.

—Vale. Vamos.

«La nieve no perdona a nadie», pienso mientras conduce con los cinco sentidos puestos en la carretera. Ni siquiera perdona a las que llevamos años intentando escapar del pasado. Y quizá por eso precisamente nos ha encerrado aquí, juntas, obligándonos a mirar de frente lo que todavía existe entre nosotras, aunque hayamos hecho como que no.

Cuando por fin llegamos a Vall de Bruma, el pueblo parece dormido bajo la nieve. Todo está apagado, silencioso, envuelto en ese olor a leña quemada que te agita por dentro. Aparca delante de la finca de mi abuela, ese hogar que sigue conservando su calidez como si el tiempo se hubiera olvidado de pasar por ella.

Sara se queda parada nada más bajar del coche y yo camino hasta ella para sujetarla de la mano e invitarla a pasar.

—Vamos dentro o nos quedaremos congeladas aquí afuera.

Ella asiente y me sigue sin añadir nada más.

El olor a madera nos recibe, también el de la canela o el chocolate. Es el perfume de mi infancia, de las tardes haciendo deberes mientras la abuela removía el puchero y tarareaba canciones que ya nadie recuerda. Sara se quita el abrigo, lo sacude con cuidado para no empapar el suelo y recorre el salón con la mirada, como la última vez que estuvo aquí.

—Esta casa siempre me ha parecido una maravilla... —murmura.

—La verdad es que tiene mucho encanto.

Me acerco a la chimenea y enciendo el fuego. Las llamas tardan un poquito en prender, pero cuando lo hacen la habitación se llena de ese resplandor anaranjado que vuelve todo más humano y más cercano. Sara se sienta en el sofá y se deja caer contra los cojines, como si el calor la estuviera abrazando.

—Voy a por algo caliente de beber —anuncio, y desaparezco hacia la cocina.

Cuando vuelvo con las dos tazas humeantes de café, ella está mirando una fotografía que siempre ha estado en la mesita auxiliar: la yaya Alberta sonriendo delante de un campo nevado, con el pelo blanco recogido en un moño y esos ojillos vivarachos que parecían saberlo todo de la vida.

—La echo mucho de menos —confieso sin poder evitarlo, tendiéndole la taza.

Sara alza la vista y me mira.

—Era única —dice, acariciando el borde de la taza con el pulgar—. Te quería con locura, Bea. Más que a nada en este mundo. Y estaba tan orgullosa de ti que en cada conversación que tenía con alguien, te nombraba. Te adoraba.

El silencio que enmudece mis labios es brutal. Me siento a su lado, dejando un espacio prudente, y me sujeto a mi taza para evitar que vea lo mucho que me tiemblan las manos.

—Hoy arriba en la montaña… —empiezo, pero las palabras se me atascan.

—Ha sido como en los viejos tiempos —termina por mí.

—Sí —admito—. Exactamente como antes.

Sara fija la mirada en el fuego, pensativa. En la curva de su perfil reconozco a la chica que fui y a la que se enamoró de ella; recuerdo las noches interminables a su lado, los mensajes a hurtadillas, los días en que creíamos que el amor bastaba para blindarnos contra todo.

—A veces me pregunto —habla de pronto—, si nos habríamos hecho tanto daño de haber sabido querernos un poquito mejor.

La reflexión me roba una sonrisa porque yo también me lo he preguntado mil veces.

—Éramos jóvenes —respondo, y me esfuerzo por sonar tranquila—. Creíamos que podíamos con la distancia, con la vida, con las diferencias.

Ella gira un poco la cabeza y sus ojos azules brillan con esa calidez que conozco de memoria.

—Pero nos quisimos, Bea, y eso nadie nos lo quita.

La afirmación se convierte en algo dulce y que pesa a la vez. Una verdad irrefutable que duele precisamente porque es real, porque nos quisimos, porque fue tan fuerte que aún lo guardamos dentro.

El fuego crepita y por un instante me pregunto si estoy preparada para dejar que este reencuentro despierte todo. No sé si quiero volver a ese lugar donde amar era tan fácil y a la vez tan endemoniadamente complicado.

—Bea... —murmura, y se le quiebra un poco la voz—. Hay algo que quiero decirte y... no quiero que te lo tomes a malas. Solo es un consejo —añade y le da un sorbo al café—. Creo que deberías leer las cartas de tu abuela.

El corazón me da un vuelco tan fuerte en el pecho que siento que se me contrae de golpe.

—Sara... no —susurro, bajando la mirada hacia mis manos —. Hace unas horas pensé que sí, pero no puedo.

—¿Por qué no? —pregunta con suavidad, pero sin dar rodeos.

El fuego parece arder más fuerte, o quizá soy yo la que se hace pequeña.

—Ya te dije que tengo miedo —confieso, y la palabra suena frágil en mi boca—. Miedo de no ser capaz de soportarlo. Sigo

sintiendo que hay cosas que podría haber hecho de manera diferente, que... dejarla aquí a solas, o en la residencia fue cruel.

Sara deja la taza en la mesa con lentitud y luego se inclina un poco hacia mí, sujetando mis manos con las suyas.

—Tu abuela te adoraba —dice con una seguridad que me rompe por dentro—. Lo sabes perfectamente. Siempre lo hemos sabido. Sus palabras no van a hacerte daño, Bea. Solo van a recordarte cuánto te quiso, cuánto te sigue queriendo desde donde esté.

Trago saliva. Me arden los ojos, pero pestañeo y frenando unas lágrimas que se agolpan poco a poco.

—No sé si estoy preparada —repito, y apenas me sale la voz.

—Nadie está preparado nunca para las cosas que de verdad importan —contesta, y su tono se vuelve más cálido, más íntimo—. Pero eso no quiere decir que tengas que huir de ellas.

La habitación se llena de un silencio suave, curativo. Uno que abre puertas a la esperanza.

—Si quieres... —continúa, y ahora sí le tiemblan las palabras en los labios—. Puedo quedarme contigo mientras las lees. No hace falta que lo hagas sola.

La miro. Y en su cara encuentro algo que creía perdido para siempre, la complicidad que compartíamos y que creí haber roto bajo capas y capas de estupidez.

La nieve sigue azotando las ventanas con furia, recordándonos que el tiempo sigue avanzando. Pero aquí dentro, junto al fuego, con ella tan cerca de mí, entiendo que por primera vez en muchísimo tiempo no me siento tan irremediablemente perdida.

—Gracias —musito, y la palabra sale ronca, cargada de emoción.

Sara esboza una sonrisa pequeña, de esas que solo aparecen cuando el corazón decide bajar la guardia y abrir sus puertas de par en par.

Y en ese preciso instante, mientras la tormenta arrecia y el calor de la chimenea nos envuelve, comprendo que la nieve puede ser implacable, sí, pero también tiene la virtud de obligarnos a parar, a mirar lo que llevábamos años esquivando, a hablar de aquello que llevábamos enquistado dentro.

—Bea —susurra al cabo de un rato—. No tengas miedo del amor que te dio.

Asiento, porque no confío en mi voz.

Y así, sin apenas movernos, nos convertimos en dos mujeres que se amaron con toda el alma, que se hicieron daño sin querer, que se perdieron por el camino y que ahora, quizá, empiezan a enamorarse de nuevo. Porque… lo que yo siento, sigue siendo amor. Amor del bueno.

CAPÍTULO 13

La nieve no perdona a nadie
BEATRIZ

Vall de Bruma,
Lunes, 19 de enero del 2026

El silencio de la casa es tan hondo que hasta mi propia respiración me parece una intromisión. Me despierto de golpe, sin poder precisar el instante exacto en que ha ocurrido, como si alguien hubiera pulsado un interruptor invisible dentro de mi cabeza. Parpadeo varias veces tratando de aclimatar los ojos a la penumbra, pero la oscuridad sigue aquí, compacta e inmóvil, como si la noche se hubiera congelado para siempre sobre Vall de Bruma.

La habitación está helada. Lo percibo de inmediato en la piel desnuda de los brazos cuando aparto la manta con cuidado. También percibo otra cosa: ese nudo diminuto pero tenaz que se instaló en mi estómago después de hablar con Sara y que lejos de desvanecerse con el sueño, ha echado raíces más profundas y se ha extendido como una enredadera que se niega a soltar la tierra que ha elegido.

La nieve sigue cayendo; lo sé por ese susurro apenas audible que se cuela a través de los cristales. No es un ruido propiamente dicho, sino una vibración suave que la casa entera parece compartir con el invierno. No me molesto en correr las cortinas para confirmarlo.

Sara duerme en la cama de al lado. Hace un rato, cuando me giré en la cama y escuché su respiración serena y acompasada, algo dentro de mí se relajó, como si una mano invisible hubiera soltado por fin la cuerda que me mantenía

tensa. Me reconforta saber que está aquí, a pocos metros, protegida del frío y de la noche. Pero al mismo tiempo ese consuelo me asusta, porque me traslada sin piedad a aquellos años en que su mera presencia era mi refugio más seguro, un lugar donde nunca necesitaba cuestionar nada. Ahora todo es distinto: entre nosotras hay una historia cargada de aristas que, aunque hemos decidido dejar paralizada en el pasado, sigue ahí, llena de aristas cortantes, de recuerdos que brillan pero que, si los miro de frente demasiado tiempo, me hacen sangrar por dentro.

Intento cerrar los ojos otra vez, de verdad que lo intento, pero las palabras de Sara regresan una y otra vez a mí: «Tu abuela te adoraba. Sus cartas no pueden hacerte daño».

Ojalá fuera tan sencillo.

Sé que lo que haya en esos sobres, me va a afectar. No sé si voy a descubrir que estaba decepcionada de mí, o que se encontraba triste por no tenerme cerca. Sea lo que sea, tengo que asumir mis errores, aunque me duela conocer de su mano que acabé rompiéndole el corazón.

Suspiro largo y lento, me incorporo con cuidado evitando cualquier ruido innecesario y me quedo quieta unos segundos, con el corazón latiéndome a prisas. Es ridículo, lo sé, Sara no se despertará porque yo me haya levantado de la cama, pero es inevitable.

Me pongo el jersey grueso de lana que dejé doblado sobre la silla y que todavía conserva el aroma tenue a leña quemada y, al resbalar por mis hombros, me envuelve como si la toda la casa quisiera arroparme. Después salgo al pasillo sin encender las luces.

El aire aquí es más cortante, el frío se mete por las rendijas de las ventanas altas y se pega a la piel. Paso junto a la ventana principal del final y me detengo un instante: afuera no hay más que un borrón blanco y negro, como si alguien hubiera echado

una manta inmensa sobre el mundo y no quisiera que viéramos ni un solo detalle.

Camino despacio, bajo las escaleras y avanzo hasta chocar con la cómoda del pasillo, esa cómoda de madera llena de marcas y de vida, donde guardo las cartas desde que las encontré nada más llegar a Vall de Bruma. Mi abuela tenía la costumbre de conservarlo todo, así que, a tientas, saco la pequeña llave que abre el cajón de una tacita de cerámica y la giro hasta toparme con las cartas que están justo donde las dejé. Enciendo una de las luces de la parte baja y sonrío al observar esa caligrafía elegante y ligeramente inclinada de mi abuela. Los sobres llevan un número en la esquina superior derecha. También mi nombre.

No sé cuánto tiempo paso simplemente mirándolas. Segundos, minutos. Sujeto los sobres con mis manos y camino hasta el salón, dejándome caer sobre la moqueta que cubre el suelo, notando aún el calor que desprenden las brasas en la chimenea. El gesto me hace sentir extrañamente frágil. Dudo un instante, aunque sé perfectamente por cuál tengo que empezar. El papel está un poco amarilleado en los bordes, como si lo hubieran tocado muchas veces antes de decidirse a guardarlo para siempre.

Lo tomo entre mis dedos, dejo el resto a mi lado y aprieto los labios intentando contener la ansiedad que ya se ha instalado en mi pecho, mezclándose con la curiosidad y todas esas emociones que llevo dentro desde que decidí regresar.

Me dejo caer en el respaldo del sofá, doblo las piernas debajo de mí y me echo sobre los hombros la manta con la que Sara se cubrió hace unas horas, cuando cenamos juntas y nos dedicamos a hablar de otros temas que no fuéramos nosotras o el pueblo.

No puedo dejar de darle vueltas a lo fácil que ha sido para nosotras volver a conectar. Permitir que regresemos a ese punto exacto en el que compartir espacio era casi indispensable,

necesario. Cuando pienso en ella, no puedo evitar no sentir tristeza. Sobre todo, porque no fue fácil. Porque, aunque no lo quisimos, nos hicimos mucho daño.

Respiro hondo y mis manos tiemblan cuando deslizo el dedo por debajo de la solapa. Acaricio el papel como si pudiera absorber un poco de la esencia de mi abuela a través de él, y suspiro.

—Yaya... —susurro—. ¿Qué necesitabas contarme que no pudiste decirme en vida?

Mi voz se pierde entre el silencio que llena el salón. Tomo aire una vez más y despliego el folio, poniendo atención en las primeras letras que veo.

***

Mi querida Beatriz:

Si estás leyendo esto, significa que has encontrado este pequeño tesoro que he guardado para ti. No sabía muy bien cómo empezar esta carta, porque ¿cómo se escribe algo que una desea que calme tu corazón? Supongo que lo único que puedo hacer es escribirte como siempre te he hablado: con el corazón en la mano y la verdad por delante.

Últimamente me cuesta recordar algunas cosas. No todas. Las importantes, curiosamente, siguen aquí, agarradas a mí con una fuerza que no sé de dónde sale. Pero el médico dice que, poco a poco, mi memoria se llenará de huecos, como un queso repleto de agujeros. Y aunque yo me he reído cuando me lo ha dicho —porque ya sabes que a mí el humor no me lo quita nadie—, también sé que llegará un día en el que me costará reconocerte en una fotografía, o recordar cuál es tu nombre. Y no voy a permitir que eso pase sin antes haberte dejado estas palabras.

Quiero que sepas, antes que nada, que tú has sido lo mejor de mi vida. No exagero. Cuando tus padres faltaron, el mundo se volvió del revés, tú estabas allí: pequeña, frágil, con los ojos muy abiertos esperando que alguien te cuidase. Yo me prometí que jamás, ni un solo día, ibas a sentirte sola. Y puede que no haya sido perfecta —nadie lo es, mucho menos una mujer tozuda como yo—, pero te he querido muchísimo.

Dicen que ser abuela es distinto a ser madre. Puede que tengan razón. Yo solo sé que te he querido como madre, abuela, compañera de vida, testigo de tus primeros pasos, de tu primer enfado, de tu primera risa, de tu primer amor. Y gracias a ti, he tenido una vida plena. Una vida preciosa.

Sé que te marchaste a estudiar fuera, y sé que te costó un mundo hacerlo. A veces pienso que tenías miedo de hacerme daño, cuando en

realidad lo único que yo quería era que volaras lejos. Siempre quise que fueras libre. Que fueras allá donde tu corazón te llevara. Que no te quedaras en Vall de Bruma por obligación, ni por mí, ni por los miedos. Me hubiese dolido más que te quedaras aquí por cuidarme. Eso nunca lo quise para ti.

Por eso, mi niña, escucha esto bien: no me debes nada. Ni explicaciones, ni perdones, ni sacrificios. Lo único que quiero de ti es que vivas feliz.

Si algún día has sentido culpa por no estar aquí lo suficiente, por no llamarme ese día concreto en el que yo quizá te eché de menos... suéltala. Déjala ir. Yo he tenido una vida larga, plena, rodeada de cariño. Y tú has sido el centro de todo ese cariño. No te atrevas a pensar ni por un momento que me fallaste. Porque no lo hiciste. Nunca.

A veces, cuando cierro los ojos, te recuerdo corriendo por el jardín, con las rodillas llenas de tierra y esa risa tan tuya, esa que te sacaba incluso cuando no sabías por qué reías. O te recuerdo metiendo los dedos en la masa cuando te enseñaba a hacer galletas. Siempre hacías un desastre con la harina, pero qué galletas más ricas nos salían. Tenías un don para convertir cualquier tarde en algo bonito.

Esos recuerdos, Beatriz, son mi tesoro. Y aunque un día mi cabeza se pierda en las nubes, esos instantes contigo seguirán vivos en mí, escondidos en algún rincón al que ni el Alzheimer podrá llegar.

Si en algún momento te encuentras perdida, vuelve a este lugar, a mis palabras, a los instantes que compartimos juntas. Y recuerda esto: eres una mujer fuerte, noble, valiente y muchísimo más buena de lo que tú misma crees. No permitas que el pasado se convierta en una mochila llena de piedras que cargues siempre contigo. Las piedras no están para eso; están para construir caminos, construir un futuro.

Hazme un favor, mi niña. Cada vez que dudes, cada vez que te duela algo en el corazón, vuelve a mirar el mundo como lo mirabas de pequeña: con ganas, con curiosidad, con ese brillo especial. No dejes que nada —ni el miedo, ni el dolor, ni la memoria de una vieja terca como yo— te impida ser quién eres y hacer lo que quieres.

Estoy orgullosa de ti. Lo he estado desde el primer día en que te tuve en brazos. Y lo estaré siempre, incluso cuando no pueda decírtelo con palabras.

Te quiere más que a su propia vida,
Tu Yaya Alberta

CAPÍTULO 14

Un chocolate caliente para el frío
SARA

Unas horas después

Me despierto con un escalofrío que me recorre la espalda como si alguien hubiera deslizado un dedo de hielo bajo mi ropa. Parpadeo varias veces, desorientada, hasta que el techo desconocido se define poco a poco ante mis ojos. No estoy en mi dormitorio, tampoco en mi cama. La manta bajo la que me refugio es más pesada que las colchas a las que estoy acostumbrada... y entonces, recuerdo perfectamente donde me encuentro: en la casa de Alberta. Poco a poco mi mente se despereza; los recuerdos llenan mi cabeza y me incorporo de golpe.

«Es lunes», pienso.

—¡Mierda! —exclamo y el estómago se me contrae con violencia. Debería estar en el trabajo. Estar presente en la puerta del colegio para recoger a los niños y llevarlos adentro—. No puedo haberme quedado dormida... madre mía —me reprocho a mí misma mientras busco a tientas mi ropa y comienzo a vestirme a toda velocidad.

Ni siquiera me miro al espejo. Salgo disparada hacia el pasillo y el frío que se cuela por las rendijas de las ventanas me eriza la piel y me hiela las manos. El silencio del piso de arriba es tan denso que casi lo siento pegado a la nuca.

Bajo las escaleras a toda prisa y, de pronto, el aroma dulce y espeso del chocolate frena mis pasos. El olor me envuelve y, por un instante, dudo en si salir corriendo por la puerta o dejarme

llevar hacia la cocina. Al final, gana la cocina y también mi perdición: el dulce.

Cuando llego, me encuentro con Beatriz colocando dos tazas humeantes sobre la mesa de madera. El vapor sube en espirales blancas que se deshacen al chocar con el aire helado. En la encimera hay un plato de galletas, también un bizcocho recién cortado —aún tibio, con la superficie ligeramente cuarteada— y unas tostadas con mermelada de fresa.

Beatriz levanta la vista justo cuando piso la baldosa que lleva crujiendo desde que tengo uso de razón, y cuando nuestras miradas chocan, me sonríe.

—He pensado que un chocolate caliente nos vendría bien. Hace un frío que pela —murmura con suavidad. Parece más tranquila que ayer, aunque la rojez de sus ojos no pasa desapercibida y tampoco esas ojeras marcadas en su piel.

Mi cuerpo reacciona antes de que mi cerebro pueda procesar todo lo que está sucediendo.

—No puedo quedarme, Bea, tengo que ir al colegio —suelto, y me doy cuenta de lo seco que ha sonado—. Tendrías que haberme despertado antes. Ahora voy a llegar tarde y...

—El ayuntamiento ha mandado un mensaje esta mañana —explica mientras envuelve la taza con ambas manos, buscando también ella un poco de calor—. Han cerrado todo: colegios, institutos, oficinas... La nevada de anoche ha sido brutal, hay más de medio metro en algunas calles.

Me quedo clavada en el sitio. De verdad me quedo parada, como si alguien hubiera pulsado el botón de pausa. Sus palabras caen sobre mí y arrasan con la tensión que me tenía agarrotada desde que desperté. Mis hombros se aflojan a la misma vez que el aire sale de mis pulmones en un suspiro largo y profundo.

—¿En serio? —pregunto en voz tan baja que casi es un soplido.

Ella asiente con lentitud sin apartar la mirada. Y entonces, me asoma una sonrisa floja.

—Perdóname, por favor —musito, y esta vez la voz me sale sincera, pequeña—. Es que me he asustado pensando en los niños...

Beatriz hace un gesto amplio con la mano, quitándole hierro al asunto y me invita a que tome asiento.

—No pasa absolutamente nada. Venga, siéntate antes de que se enfríe.

Obedezco sin rechistar.

Me acerco a la mesa y cuando tomo asiento, lo veo todo con mejores ojos. Las galletas desprenden un delicioso aroma a vainilla y canela. El bizcocho, aún caliente, brilla con una capa de azúcar y ralladura de limón. La cocina entera se impregna de todos los aromas y la boca se me hace agua. Por alguna razón, espero ver a Alberta aparecer, pero sé que es imposible y que todo lo que vamos a desayunar, es gracias a que Bea se ha levantado temprano para organizarlo todo.

—Esto tiene una pinta espectacular —admito, intentando sonreír, aunque mis ojos se van solos hacia ella, hacia el cansancio que lleva escrito en la cara—. ¿Has dormido algo esta noche?

En vez de contestar, Beatriz se limita a girarse y salir de la cocina sin decir palabra. Me quedo mirándola, con el corazón un poco encogido. La sigo con la mirada hasta que desaparece por el marco de la puerta; oigo sus pasos alejarse por el pasillo y volver casi al instante.

Cuando regresa, trae algo entre las manos. Al dejarla en la mesa, le echo un vistazo por encima sin siquiera tocarla.

—Tenías razón en lo que dijiste ayer —susurra, sentándose en una silla delante de mí y la arrastra para acercármela. Un sobre amarillento, viejo, con un «1» escrito a mano en la esquina superior derecha—. Léela —me pide Beatriz.

—Pero...

—Hazlo por favor.

No hay duda en su voz. Observo sus ojos y después cojo la carta. El papel huele a viejo, Bea apoya los codos en la mesa y entrelaza las manos para contener sus nervios. Y después, me da todo el tiempo del mundo para leer.

Tardo unos minutos y cuando leo la última línea de la carta, una calidez inmensa me encoje el corazón. Bea no dice nada, ni siquiera parpadea, me observa con un brillo especial en los ojos y seguramente, con el corazón palpitando con fuerza.

Pliego la carta, la meto en el sobre y la dejo sobre la mesa con mucho cuidado.

—Bea… —empiezo, pero la voz se me quiebra un poco, traicionera, y tengo que carraspear para continuar—. Ven aquí.

Ella suelta una risa breve, temblorosa, como un sollozo y yo sujeto sus manos entre las mías.

—La leí ayer por la noche —musita, bajando los ojos hacia la madera—. No podía dormir y me animé a hacerlo. Me he pasado la noche llorando y cocinando. No sé cómo no te has despertado.

Me inclino hacia delante y yo acaricio su piel con mis dedos

—Escúchame bien —le digo despacio, eligiendo cada palabra con suavidad—. Es bueno que la hayas abierto. Alberta escribió esto precisamente para que no te quedaras con dudas, para que no siguieras castigándote por las decisiones que tomaste. Ella quería que lo leyeras cuando estuvieras preparada.

Beatriz cierra los ojos un instante y cuando los abre, brillan tanto que me duele mirarlos directamente.

—No me imaginaba… —traga saliva con dificultad—, que ella pudiera pensar todo esto de mí. Que me viera así. Tan… valiosa.

—¿Cómo no iba a verte así? —respondo, con la voz ronca de pura emoción—. Te adoraba. Te adoraba hasta el punto de que su mundo entero giraba alrededor de ti, aunque tú ya no estuvieras aquí.

Ella aspira con fuerza, como si le faltara oxígeno, y se lleva una mano al pecho.

—He vivido con miedo a haberla decepcionado —confiesa en un hilo de voz que se quebraría con nada—. Que, en el fondo, pensara que me había largado porque no soportaba vivir aquí en el pueblo o con ella.

Niego con la cabeza, despacio, muy despacio.

—Lo único que le dolía era verte infeliz —susurro—. Lo dice clarísimo aquí: «Lo único que siempre quise fue que volaras». Te quería libre, Bea. Libre de culpa, libre de obligaciones. Libre para ser tú.

Sus dedos rozan el borde del sobre amarillo, como si todavía no se creyera que puede tocarlo sin que se desintegre.

—No puedo creer que escribiera todo esto a sabiendas de que un día ya no recordaría mi nombre.

—Creo que lo hizo para que no olvidases, y tuvieses una prueba física de que fuiste lo mejor de su vida —le sonrío.

Alza la mirada y, por primera vez, me permite atravesar sus barreras. Sin saber muy bien cuándo lo hago, me levanto y rodeo la mesa para flexionar las rodillas y quedarme a su lado.

—Bea, no estás sola —le digo muy bajito, acariciando una mejilla con una de mis manos—. Alberta está aquí, en cada una de sus cosas, en todos los recuerdos que compartiste con ella. Ella no quería que te perdieras, simplemente que fueses feliz.

—La echo tanto de menos... —murmura, con una lágrima resbalando por su mejilla.

—La querías con toda el alma —respondo sin dudar—. Y cuando ya no tienes a esa persona a tu lado, todo lo que te rodea parece hueco y vacío.

Beatriz aprieta los labios, conteniendo otro sollozo.

—Sara... yo... —murmura bajando la mirada un segundo, volviéndose después para recorrer toda la cocina con sus ojos.

—Escúchame... —Me acerco un poco más, sin soltar sus manos—. Tu abuela siempre va a estar aquí. En cada uno de esos

recuerdos. En estas recetas deliciosas. En esta casa maravillosa que tiene su esencia pegada a las paredes.

—Esta casa que no tengo idea de qué hacer con ella...

—No tienes que tomar una decisión aún —respondo y le guiño un ojo—. Solo céntrate en ti, en lo que sientes y lo demás, llegará poco a poco.

Beatriz asiente muy despacio, y por primera vez desde que entró con el sobre en la mano, sus dedos responden y aprietan los míos con ternura.

La nieve sigue cayendo, cubriendo Vall de Bruma con una capa tan espesa que detiene el tiempo regalándonos este instante eterno y cuando al fin suelta mi mano, lo hace para tomar el sobre entre sus dedos.

—Gracias —susurra sin alzar la vista—. No sé qué haría si no estuvieras aquí.

—Para eso estoy... —le respondo con una sonrisa—. Te lo dije. No estás sola.

Beatriz cierra el sobre con mimo, lo deja a un lado y se centra en su chocolate. Y yo, que la veo respirar un poco más en paz que hace apenas unos minutos, me pregunto qué más se esconderá en las cartas de Alberta.

CAPÍTULO 15

El amor nunca muere del todo
SARA

Vall de Bruma,
Jueves, 22 de enero del 2026

El zumbido constante de la calefacción inunda el salón, y el roce de mi bolígrafo sobre el papel se mezcla con ese rumor formando una especie de banda sonora propia de las tardes de invierno. Afuera, la luz se deshace poco a poco en un gris húmedo que se pega a los cristales; dentro, la casa huele a la sopa de verduras que mi madre dejó preparada hace unas horas antes de marcharse corriendo a la panadería. Todavía me pregunto cómo lo hace; cómo tiene ganas de abrir con este frío que hace y a sabiendas que apenas tendrá gente que atender.

Me paso una mano por la frente para apartar el cansancio que se me ha instalado entre ceja y ceja. Llevo horas corrigiendo fichas de los pequeños. Cuando ves a todos los niños juntos, son todo gritos y carreras, pero una vez que abren el cuaderno de las fichas, se convierten en artistas del caos. Aunque lo bonito es darte cuenta de cómo van evolucionando. Y es maravilloso ver el orgullo de sus padres en los ojos.

Estoy escribiendo una nota larga sobre Lara —que por fin ha conseguido escribir las letras sin salirse de la línea— cuando escucho los pasos de mi tía por el pasillo. No alzo la vista de mis notas hasta que una taza humeante se posa justo al lado de mi codo.

—Té de canela y limón —anuncia con suavidad—. Ya va siendo hora de que descanses un rato, ¿no crees?

Levanto la mirada y le sonrío. Mi tía empuja la taza exactamente donde sabe que la alcanzaré sin volcarla sobre las fichas. Lleva un jersey grueso color burdeos que le sienta como un guante y el pelo blanquecino recogido en un moño despreocupado que amenaza con desarmarse en cualquier momento.

—Gracias —musito mientras envuelvo la taza con las dos manos. El calor me trepa por los dedos y me reconforta en cuestión de segundos.

Isabel se sienta a mi lado sin hacer ruido, observa el montón de papeles y sonríe de medio lado.

—¿Cómo marchan los enanos? —pregunta con curiosidad.

—Despacito, pero hacia delante —contesto dándole un sorbo al té—. Hoy uno ha descubierto que la «m» y la «w» no son hermanas gemelas. Me ha dado las gracias muy serio por «abrirle los ojos al mundo». Tendría que haberlo grabado, de verdad.

Isabel suelta una carcajada breve y cálida que llena el salón.

—Siempre supe que naciste para esto —comenta—. Se te da de maravilla...

Me encojo de hombros. La verdad es que no sé si es cierto que tengo un don para los niños o simplemente, he conseguido aferrarme a ellos para no caer a lo largo de estos años, cuando todo lo demás se hundía y el amor se me escapaba de las manos.

Isabel me observa con curiosidad, como si pudiera leer mis pensamientos.

—Hace días que no veo a Joan por aquí —dice como si nada. Joan es un compañero con el que he salido alguna que otra vez y con el que, aunque tenemos complicidad, no he conseguido dar *ese* paso.

—Ha estado nevando sin parar —respondo, aunque las dos sabemos que es una excusa floja.

—Pero con Beatriz sí que has salido —añade ella sin reprocharme nada, solo con ese tono de doble intención que me saca una sonrisa inevitable.

El domingo, cuando le pedí que me hiciera unos bocadillos de queso, pude ver en los ojos de mi tía la preocupación. Y sabía que tarde o temprano se daría esta charla.

Acaricio el borde de la taza reordenando mis pensamientos.

—Es que… —empiezo, pero la frase se me queda atascada en la garganta.

Isabel ladea la cabeza, invitándome a seguir sin prisa.

—Cuéntamelo todo, anda.

El pecho se me contrae y sé que no es exactamente de dolor; lo que me ocurre es otra cosa más compleja.

—Cuando nos volvimos a ver fue como si de pronto, todo despertase dentro de mí —confieso poco después—. Además, está tan mal anímicamente que, no sé...

—Es muy duro ver sufrir a alguien a quien quieres tanto.

—Sí —admito sin atreverme a mirarla, porque sé que, en cualquier momento, puedo delatarme—. La muerte de su abuela la afectado muchísimo. Se siente culpable por no haber estado aquí con ella, por no haber sido ella la que la cuidase. Por haberla enviado a una clínica.

Ella da un sorbo a su té antes de continuar.

—Ella hizo lo mejor que supo hacer. La enfermedad de Alberta era muy complicada. Recuerda lo difícil que me era a mí cuidarla —me recuerda y me regala una caricia—. Había que tomar una decisión para evitar que Alberta se hiciese daño a sí misma y a los demás. Yo hubiese actuado de la misma manera.

—Sí, pero... al final era su abuela, o bueno, era su madre y supongo que se quedó con la sensación de que podría haber hecho más.

—Ya verás cómo se le pasa. Además, ahora no está sola. Te tiene a ti y eso la ayudará.

Eso me obliga a alzar la vista.

—¿Tú crees que hago bien en ayudarla?

—Creo que necesita a alguien —responde con calma—. Puede ser a ti, puede ser a otra persona, pero necesita un apoyo firme. Y tú, Sara, siempre serás importante para ella. Aunque lo vuestro no acabase bien.

El recuerdo de los momentos que Bea y yo pasamos el domingo o el lunes, se abre paso en mi mente y se instala en mi pecho. Sonrío, incluso noto algo cálido abrazándome por dentro.

—No debería acercarme tanto —murmuro casi para mí misma.

—¿Y por qué no ibas a hacerlo? —pregunta Isabel.

Me paso la mano por el pelo, buscando las palabras exactas.

—Porque conozco perfectamente este camino. —Cierro los ojos un instante—. Sé que ahora todo está bien porque ella está aquí. Sé cómo me hace sentir su compañía. Pero no sé qué pasará, y no quiero terminar como la última vez.

—Sara —dice con ternura—, el amor no entiende de metros ni de precauciones. No se controla poniéndole kilómetros de por medio.

—Lo sé —suspiro—, pero tampoco quiero volver a pasar por aquel infierno.

Ella me mira con dulzura.

—¿Todavía la quieres? —pregunta a bocajarro.

—No sé si sigue siendo el amor que sentí por ella antes —confieso con toda la sinceridad que soy capaz—. Ya no es la misma persona. Ni yo tampoco. Pero el cariño que nos tenemos me recuerda perfectamente cómo era tenerla conmigo, lo bonito que vivimos, aunque acabase doliendo.

Isabel esboza una sonrisa llena de calma.

—El amor nunca muere del todo —sentencia.

La frase me atraviesa como una flecha caliente. Y lo peor es que no puedo negarlo.

—Pero sí que puede transformarse.

—Por supuesto —concede ella—. Pero que haya cambiado no significa que se haya apagado.

—No quiero que nos hagamos daño de nuevo. Ni que se haga ilusiones en un momento tan delicado para ella.

—Lo entiendo perfectamente —concede Isabel—. Por eso voy a pedirte una cosa, y escúchame bien. Ten cuidado —continúa—. No solo contigo, también con ella. Beatriz está perdida, vulnerable, buscando dónde agarrarse. Y tú, para ella, sigues siendo un puerto seguro. Eso es precioso, pero también puede ser peligroso si no vais con tiento. Ninguna de las dos merece volver a romperse. No quiero que sufráis—añade—. Ni tú, ni ella. Pensad con la cabeza antes que con el corazón. Pero tampoco os cerréis en banda a lo que quede ahí, porque a veces lo que queda es lo más valioso.

Permanecemos en silencio unos segundos mientras sus palabras se asientan dentro de mí.

—La verdad es que no sé qué hacer —confieso con la voz quebrada.

—Es imposible saberlo —me tranquiliza—. Lo único que puedes hacer es ser brutalmente honesta contigo y con ella.

Aprieto la taza hasta que el calor me quema la piel. Observo el vapor que sube y se deshace, buscando respuestas que no me llegan. Beatriz está mal, aunque tengo la esperanza de que encuentre en las cartas de su abuela todo lo necesario para poder brillar y volver a empezar. Tiene que encontrar su camino, eso es cierto, pero si me implico demasiado, acabaré rota y no sé si estoy dispuesta a vivir eso de nuevo.

Afuera, la nieve empieza a caer otra vez y mientras Vall de Bruma se viste lentamente de blanco, comprendo que quizá, solo quizá, el amor no muere nunca del todo. A veces se esconde, se repliega, se queda agazapado esperando

pacientemente a que tengas el valor para aceptarlo y no tenerle miedo.

CAPÍTULO 16

El ritmo de un sábado en el pueblo
BEATRIZ

Vall de Bruma,
Sábado, 24 de enero del 2026

El aire helado del sábado me azota las mejillas nada más pisar la calle; esa clase de frío que se cuela por debajo de la ropa y trepa por tu piel como si tuviera vida propia. Aun así, llevo el abrigo abierto sin abotonar del todo, disfrutando de la sensación y de ese aroma a invierno montañés que solo se percibe en lugares como estos y que, tras leer la carta de mi abuela, me parece lo más bonito del mundo. Ahora camino con menos peso, disfrutando de ese cielo gris azulado tan característico de Vall de Bruma en enero.

A cada paso que doy, rompo la costra de nieve endurecida. Huele a leña quemada, a ese sofrito delicioso que se filtra desde el bar de Pau y a tierra mojada. Hace años que no me animaba a visitar el mercado un sábado, y conforme me acerco, puedo escuchar el ruido, las voces altas, las carcajadas. El pueblo sigue respirando a pesar de la gran nevada de hace unos días y me alegra que sea así, porque hoy me apetece salir, recorrer Vall de Bruma y sentirme una más.

Cuando doblo la esquina y la placita del mercado se abre ante mis ojos, algo despierta dentro de mí; esa sensación extraña que te genera abrir un cajón y encontrarte con fotografías de cuando eras una niña pequeña. Los puestos siguen en el mismo sitio de siempre. Los tenderos se saludan los unos a los otros y me paro en seco, porque de algún modo, este rincón fue mi universo entero durante mucho tiempo. Me

veo de niña corriendo detrás de la yaya Alberta. Me veo tirando del bajo de su abrigo para suplicarle que me comprara aquellas galletas de canela. Me veo con sus manos ásperas sobre las mías mientras me enseñaba a palpar las manzanas hasta encontrar la que olía a invierno de verdad. Me veo tan viva, tan despreocupada, tan absurdamente feliz que duele y reconforta a la vez. Es raro cómo el pecho puede albergar dos sentimientos tan diferentes.

Camino despacio, sin prisa, dejando que el murmullo del mercado me envuelva. Las voces se entremezclan con el golpe seco de las cajas, con el pregón canturreado de Anselmo ofreciendo su ponche caliente «el mejor del valle», con las notas temblorosas de una armónica que alguien toca escondido detrás del puesto de castañas. Todo parece igual a hace quince años, aunque yo no sea aquella niña que fui.

Conforme avanzo, noto algunas miradas posándose sobre mí. No son miradas fisgonas; son miradas de reconocimiento, que se alegran después de tanto tiempo sin verme. Unos cuantos asienten con la cabeza. Una pareja de jubilados me dedica una sonrisa amplia. Una mujer mayor pregunta en voz alta si soy «La nieta de Alberta, la que se fue a la capital». Y cada gesto me aprieta el corazón de una forma dulce, recordándome que, aunque me marchase de aquí, todavía me tienen presente.

Al llegar al puesto de verduras de Encarni, freno mi caminar. La fruta brilla bajo las luces y cuando levanto la mirada, ella también lo hace.

—¿Beatriz? —pregunta, ladeando la cabeza, entrecerrando los ojos como si temiera que fuera un espejismo.

Sonrío sin poder contenerme.

—La misma —contesto, y la voz me sale incluso aniñada.

Encarni suelta la caja de lechugas que lleva en las manos, cruza los dos pasos que nos separan y me envuelve en un abrazo. Me aprieta fuerte, como solo aprietan las mujeres de los pueblos.

—Mi pequeña… —susurra contra mi pelo—. Cuánto lo siento, hija. Tu abuela era… —La voz se le quiebra y eso me descoloca aún más—, era única. Un tesoro de los de verdad.

Se me hace un nudo en la garganta. De pronto vuelvo a tener ocho años y estoy conteniendo el llanto porque me han pillado robando una manzana.

—Lo sé —musito, intentando sonreír—. Gracias, Encarni.

Me suelta, pero mantiene las manos sobre mis hombros y me mira de arriba abajo con esa mezcla de cariño y orgullo.

—¿Cuándo volviste, criatura? Pensábamos que ya te habrías quedado en Barcelona para siempre…

—Regresé hace cosa de unos días —admito—. Vine para acomodar las cosas de mi abuela… y ver qué voy a hacer con la casa.

—Comprendo, a ella le hubiese gustado que te la quedaras —asegura Encarni, y los ojos se le iluminan—. Estaba tan orgullosa de ti que casi reventaba.

Trago saliva. La carta sigue retumbando dentro de mí, como si las palabras escritas por ella se negaran a quedarse quietas en el papel y danzaran de aquí para allá para darme calor cuando el frío se me instala dentro.

—Eso decía siempre —reconozco en voz baja.

Encarni suspira, se apoya en el puesto y cruza los brazos.

—Y ahora dime la verdad… ¿te vas a quedar un tiempito o esto es una visita rápida?

Me quedo callada un segundo. «Un tiempito» suena a poco; «para siempre» suena a demasiado. Yo me siento suspendida en ese limbo extraño donde todo parece posible y, al mismo tiempo, nada está decidido.

—Aún no lo sé —confieso—. Estoy… dándole vueltas a varias cosas.

—Como todo el mundo, hija —ríe ella—. Créeme, aquí ni los que llevan sesenta años haciendo lo mismo saben muy bien

qué quieren. Pero óyeme: me alegra verte. A tu abuela le habría dado un subidón verte paseando por el mercado un sábado.

Sonrío porque lo sé perfectamente. Ella era la primera en levantarme a rastras los fines de semana.

—¿Y Jaume? —pregunto de pronto, acordándome del que fue mi cómplice en mil travesuras—. ¿Sigue por el pueblo?

El rostro de Encarni se ensombrece apenas un instante.

—Está... regular —admite, frunciendo los labios—. La empresa donde trabajaba cerró en noviembre. Todo el mundo lo sabe ya, claro. Ahora está buscando trabajo. A ver si levanta cabeza. Ya sabes cómo está el tema por aquí...

Asiento en silencio. Lo sé demasiado bien. Los jóvenes se van, los negocios se cierran para no volverse a abrir, y cada año parece un milagro que Vall de Bruma siga en pie.

—Vaya... Lo siento mucho —digo—. Jaume siempre fue un currante de los buenos.

—Y lo sigue siendo —responde ella con orgullo—. Pero eso ya no vale de nada. A veces me pregunto qué va a ser de este pueblo. Si no hacemos algo, nos quedamos sin chavales, sin tiendas... y sin futuro.

Miro a mi alrededor. El mercado sigue lleno de voces, pero es cierto que hay muchos puestos cerrados donde antes estaban los más llamativos. Y entonces ocurre. Una idea atraviesa mi mente y me quedo en el sitio:

«¿Cómo sería abrir un hotel en Vall de Bruma?» Un complejo rural clásico, con ventanas enormes que dejen entrar la luz del valle, con olor a café recién hecho por las mañanas, con habitaciones llenas de calidez, con una chimenea gigante donde los huéspedes puedan sentarse a leer mientras afuera cae la nieve en silencio. Un hotel que atraiga turistas, que cree puestos de trabajo, que dé motivos para quedarse a los jóvenes como Jaume y como yo. Un lugar que una todo lo que necesita el pueblo con todo lo que este pueblo significa para las personas que nacimos aquí.

No sé de dónde me surge tanta inspiración, pero la idea nace, crece y se reproduce hasta instalarse en mi pecho como una llamarada de ilusión que llevaba años sin sentir.

Me quedo parada, mirando a Encarni pero con la cabeza en otra parte y entonces, son sus manos las que me sacan del trance.

—¿Beatriz? —insiste Encarni, alzando una ceja con preocupación—. ¿Estás bien, hija? Te has quedado blanca.

Parpadeo y vuelvo en mí.

—Perfectamente —miento a medias, forzando una sonrisa —. Solo… divagaba.

Ella me mira con picardía.

—Pues divaga todo lo que quieras. Total, pensar es gratis y a veces hasta sale rentable.

Asiento, pero mi cabeza ya está en otra parte, dibujando planos, imaginando situaciones.

—Bueno, preciosa —dice Encarni, volviendo a sus cajas—. Ya sabes dónde estoy. Si necesitas cualquier cosa, aquí me tienes.

—Lo sé —respondo, y lo digo de corazón—. Gracias de verdad. Y si ves a tu hijo, dile que se pase por casa.

—Te prometo que lo haré.

Me alejo unos pasos y, antes de perderme entre la gente, me giro para mirarla una última vez. La veo moverse entre sus verduras con esa energía incombustible de siempre, y siento un cariño inmenso por ella, por este mercado, por esta vida que creí haber enterrado y que sigue tan presente como toda esa vida que he construido lejos.

El viento me golpea de nuevo al salir de la zona cubierta, pero no importa. Camino entre los puestos como en trance, escuchando las risas, las historias a voces.

«Un hotel», vuelvo a pensar. «Un hotel aquí, donde aprendí a andar en bici sin ruedines. Un hotel que pueda llevar su nombre, el de la mujer que me enseñó lo que significa querer un

lugar como este. Un hotel que mantenga viva toda mi historia», pienso de nuevo.

Me detengo en mitad de la plaza, levanto la vista y de pronto, me doy cuenta de que esto es lo que siempre he querido: volver a casa y echar raíces. Dibujar un futuro que huela a hogar, al de verdad y quizá sea esta nueva idea lo que me impulse a conseguirlo.

CAPÍTULO 17

El delicioso olor a pan recién hecho
BEATRIZ

Unas horas más tarde

Recorro las calles estrechas de Vall de Bruma, con el sol de enero que apenas da calor, pero que ilumina los tejados y convierte cada copo de nieve en un destello fugaz. Me sorprende lo ligera que me siento de pronto, como si alguien hubiera soltado lastre dentro de mí. Esa imagen del hotel —tan clara, tan alcanzable— sigue resonando en mi pecho como una nota grabe entonada con un piano. Me da miedo hacerme ilusiones demasiado pronto, pero al mismo tiempo me genera ese cosquilleo dulce que agita mi corazón.

Me ajusto la bufanda hasta casi taparme la barbilla, me abrocho mejor el abrigo y avanzo. Paso junto a la fuente, ahora muda y cubierta de hielo, y dejo que los pies decidan por mí. Podría volver a casa, sentarme frente a la chimenea, incluso llamar a Josep y contarle la locura que acaba de cruzárseme por la cabeza... pero no. Mis pasos tiran hacia otro lado.

Sé perfectamente que Sara está en la panadería los fines de semana; me lo soltó el otro día como quien no quiere la cosa. Pero yo me guardé ese detalle, así como tantos otros que tengo grabados en mi mente y que repito una y otra vez para no olvidarme. Detalles pequeños que, juntos, pesan y toman un significado mayor.

Conforme avanzo, el aroma cálido del pan recién horneado se abre paso en el ambiente. Me paro frente al escaparate; empañado por el contraste de temperatura. A través del cristal puedo ver algunas cestas repletas de hogazas doradas de pan y

esos bollos que Isabel llenaba de onzas de chocolate cuando apenas era una cría y la visitaba con mi abuela. Miro mis manos enguantadas, inspiro hasta llenarme los pulmones y empujo la puerta.

La campanilla que cuelga sobre la puerta tintinea con alegría. El calor del interior me recibe y me quedo quieta un instante, dejando que el aroma a pan, a vainilla y a chocolate me invada. Es un olor que despierta rincones plagados de recuerdos antiguos escondidos en mi memoria: las tardes en la cocina de la abuela, mis manos blancas llenas de harina, la voz ronca de la yaya Alberta explicándome que todos los platos que se hacen con el corazón son los mejores.

La primera persona que veo nada más entrar es Isabel, que está detrás del mostrador, colocando unos panecillos de leche en una bandeja. Levanta la vista y, al reconocerme, su cara cansada se ilumina.

—¡Pero mira quién ha venido a visitarnos! —exclama, abriendo los brazos de par en par—. ¡Dichosos los ojos, criatura! ¡Cuánto tiempo sin verte!

Me acerco sin poder contener la sonrisa. Isabel siempre ha tenido esa energía arrolladora y maternal que me hacía sentir a salvo cuando era niña.

—No ha sido tanto —replico, riendo—. Pero ya llevo unos días por aquí y no podía faltar la visita.

—Pues yo ya pensaba que te habías olvidado de nosotras —bromea, señalándome con un dedo enharinado—. Después de aquellos bocadillos de queso manchego que me obligaste a preparar, creí que te daría vergüenza asomar la nariz.

—¿Vergüenza yo? —le sigo la corriente, fingiendo ofenderme—. Si estaban para repetir mil veces.

—Para repetir dice… —resopla, aunque la sonrisa le delata —. Ven aquí, anda.

Me envuelve en un abrazo fuerte y de pronto, algo dentro de mí se afloja. El calor de su cuerpo, la ternura de sus manos en

mi espalda… cierro los ojos y me permito descansar ahí un segundo. Parte del peso que todavía arrastro parece derretirse entre sus brazos.

—A tu abuela le habría encantado verte entrar por esa puerta —musita cuando se aparta, aunque sigue sujetándome por los hombros—. Nos tenías a todas preocupadas, ¿sabes?

Trago saliva.

—Yo también la echo muchísimo de menos —admito en voz baja, notando cómo se me quiebra la frase en los labios—. Pero estoy bien. Mejor de lo que estaba cuando llegué al pueblo.

Isabel asiente despacio y me examina de arriba abajo como si quisiera asegurarse de que sigo entera.

—Pero mírate, siempre tan bonita —comenta para aligerar el ambiente—. Venga, cuéntame, ¿cómo te trata la vida en Barcelona?

Nos apoyamos en el mostrador y charlamos. Ella me explica que la mañana ha sido de locos, que la gente ha madrugado y se ha llevado el doble de pan por si ocurre otra nevada. Yo le hablo del hotel, de que nació como una ocurrencia loca entre Josep y yo, de las noches sin dormir, de los clientes que me sacan de quicio y al minuto siguiente me enternecen. Isabel escucha con esa atención que hace que cualquier historia que cuentes parezca importante, asiente, sonríe, suelta algún comentario que me arranca carcajadas.

—Y Josep… —añado, poniendo los ojos en blanco con cariño—, es el mejor socio del mundo: paciente, organizado hasta el extremo. A veces demasiado. No sabe improvisar ni aunque se le vaya la vida en ello. Hace unos días me llamó para preguntarme cuándo iba a volver. A mí, que me muevo más por el corazón que por el reloj y que con todo lo que ha pasado, lo único que quiero es desconectar de resto del mundo.

—Alguien tiene que poner un poco de orden en tanto caos —responde ella, guiñándome un ojo con complicidad.

Estoy a punto de contarle la idea que me ha estallado en la cabeza hace apenas una hora, cuando oigo ruido en la cocina y, de pronto, aparece Sara seguida de un ligero aroma a canela.

Entra tan concentrada en lo que está haciendo que ni siquiera se percata de que estoy ahí. Lleva el delantal oscuro manchado de harina y una camiseta clara con las mangas subidas hasta los codos. Un mechón rebelde le cae sobre la frente; el resto del pelo lo lleva recogido bajo un gorro negro de tela que le queda perfecto. Las mejillas las tiene encendidas por el calor del horno y por el esfuerzo, y cuando por fin alza la vista… se queda parada y abre mucho los ojos.

—Bea… —susurra, y la voz le tiembla.

La bandeja desciende despacio hasta posarse en el mostrador y su expresión se ilumina.

—Hola —logro articular.

Isabel nos mira alternando entre una y otra, hasta que una sonrisilla traviesa asoma en sus labios.

—Voy a dejaros solas un rato —anuncia con fingida inocencia—. Tengo que vigilar el horno… y vosotras, pues eso, charlar tranquilas. Que creo que lo estáis deseando.

Antes de que desaparezca por la puerta de la cocina, me lanzo:

—¿Puedo robártela unos minutos? —pregunto a Isabel, aunque los ojos se me van solos hacia Sara.

—Todos los que quieras, bonita —responde, guiñándome un ojo—. Aquí no hay prisa que valga. Eso sí, devuélvemela.

Sara se queda quieta un instante, como si necesitara ordenar lo que le pasa por dentro. Luego inspira hondo y se acerca despacio, sin apartar la mirada de la mía.

—No esperaba verte aparecer por aquí hoy… —confiesa en voz baja, con una sonrisa tímida que no logra esconder la alegría que le brilla en los ojos.

—Tampoco yo pensaba venir —reconozco—. Pero he pasado por delante y… no sé, algo me ha empujado a entrar.

Ella baja la vista un segundo, seguramente para disimular esa media sonrisa que le ilumina los labios. Después me indica con un gesto la puerta lateral.

—¿Salimos un momento al callejón? Allí estaremos más tranquilas.

Asiento y la sigo. El aire frío me golpea al abrir la puerta, pero no me importa lo más mínimo. El callejón está casi vacío: solo unos barriles, unas cajas de leña y un banco viejo cubierto de nieve ocupan un espacio de descanso que, en verano, es especialmente perfecto para tomarse un helado o una limonada huyendo del sol. Sara, antes de salir, se quita el delantal, lo sacude y lo deja colgado en un perchero junto a la puerta.

—Entonces… —empieza, jugueteando con un hilo suelto de la camiseta—. ¿Cómo va todo? ¿Has conseguido leer el resto de las cartas?

Podría decirle que sí y así evitar que crea que estoy resistiéndome a todo lo que haya en ellas, pero no me sale. Así que niego un par de veces.

—Por el momento, me quedo con la primera —admito—. Pero estoy recuperando sensaciones que creía enterradas y que me están haciendo disfrutar del pueblo más de lo que imaginaba.

Sara alza la mirada despacio. Sé que me entiende perfectamente, sus ojos adquieren ese brillo suave que solo aparece cuando algo le importa de verdad y es por eso que le dedico una sonrisa.

—Me alegra muchísimo que hayas vuelto —dice en un susurro que se mezcla con el viento que se mueve de pronto—. No te lo dije antes, pero...

Algo dentro de mi pecho se expande.

—A mí también.

El silencio que nos rodea de pronto, se carga de emociones y recuerdos que compartimos en algún momento. Sara se aparta el mechón de la cara con un gesto nervioso, como si de

pronto se sintiera demasiado observada y no me extraña, no puedo dejar de mirarla.

—He estado pensando en algo... —comento al cabo de unos segundos y su mirada vuelve a posarse en mis ojos—. Estoy pensando en abrir un hotel aquí, en Vall de Bruma —suelto sin rodeos.

Sara parpadea, genuinamente sorprendida.

—¿Aquí? ¿De verdad?

—Sí. Esta mañana, mientras visitaba el mercado he tenido una pequeña visión y lo he visto clarísimo. No sé si es una locura, pero... tiene todo el sentido del mundo. Quiero crear algo que ayude al pueblo. Y... —la voz se me quiebra un poco—, también recuerde a mi abuela.

Sara no responde de inmediato. Solo da un paso hacia mí y apoya sus manos en mis brazos.

—Si alguien puede hacerlo realidad, esa eres tú —afirma, y suena tan convencida que casi me echo a llorar—. Conoces este pueblo, formas parte de él y ya sabes cómo hacerlo porque tienes experiencia.

—Gracias —murmuro, sintiendo que la felicidad se me agita por dentro—. No imaginas lo que significa que lo digas precisamente tú.

Ella agacha la cabeza como si le diera reparo la intensidad del momento. Luego respira hondo y vuelve a sostenerme la mirada. El corazón me late desbocado.

—Bueno, creo que te dejaré trabajar...

Sara esboza esa sonrisa ladeada que se le escapa sin permiso. El silencio regresa, pero ahora está cargado de una electricidad en la que me gustaría quedarme para siempre.

—Sí, o mi tía no tardará en venir a buscarme... —añade, aunque no se mueve ni un centímetro.

—Te llamo y... ¿quedamos?

Sara no responde, solo se acerca y me coloca bien la bufanda que se me había bajado. Sus dedos rozan apenas la piel

del cuello, pero la sensación es tan intensa que me recorre entera.

—Hace mucho frío para que vayas con el cuello destapado —susurra, tan cerca que siento su aliento rozar mi mejilla—. Si quieres, cuando salga, puedo ir a tu casa y...

—Y vemos qué hacer. Sí.

Sara retrocede solo lo justo para poder abrir la puerta que accede al interior yantes de entrar, me mira una última vez.

—Nos vemos en un rato...

—Sí... —murmuro y sin quererlo, repaso su cuerpo de arriba abajo mientras regresa a su trabajo y yo me quedo aquí, con el corazón latiendo y la sensación de estar tocando un sueño con las manos.

CAPÍTULO 18

Últimas horas del día
SARA

Unas horas más tarde

Me he pasado las últimas horas ocupando mi mente, ordenando las facturas de la panadería y haciendo pedidos; he limpiado los hornos, he ordenado la despensa... pero no he conseguido ocuparla del todo. Desde que Bea apareció por la panadería esta mañana, estoy acelerada y muy alterada. No es la primera vez que me ocurre desde que regresó al pueblo, pero cuando la vi esta mañana fue distinto. Hoy he sentido que algo se agitaba dentro de mí y que ella también me correspondía.

Cierro la caja registradora y el ruido retumba en el ambiente. Mi tía está en la trastienda y de pronto, se me queda mirando; siempre ha tenido un don para saber que algo me ocurre y esta vez no va a ser menos.

—Desde que apareció Bea, estás rarísima —comenta sin levantar la vista del suelo.

—¿Rarísima? —repito, intentando sonar indiferente.

—Rarísima, sí —responde, y clava la escoba en el suelo—. ¿Ha pasado algo con ella?

Me cruzo de brazos y suelto todo el aire que he estado reteniendo. No tiene sentido disimular con ella.

—La cuestión es que no sé qué demonios me pasa...

—Pues lo que te dije la otra vez —contesta para así, seguir barriendo—. Que el amor no muere del todo y el que tú tenías por Beatriz, se ha mantenido despierto durante este tiempo.

Me quito el delantal muy despacio, lo doblo con cuidado y lo dejo apoyado en el mostrador sin mirar a mi tía a los ojos. En

las últimas cuarenta y ocho horas, no he parado de pensar en Bea, en lo nuestro, en lo que nos está pasando cada vez que estamos juntas y nos miramos a los ojos.

—Éramos jóvenes, teníamos sueños, una distancia de kilómetros separándonos, a ella se le llenó la cabeza de ideas locas y... —musito, aunque la duda me abrasa—. No sé, fue demasiado intenso

—Cuando eres joven, las cosas se sienten así, con intensidad —replica Isabel y pone su mirada en mí—. Es la mejor época porque te olvidas de la mente y lo sientes todo con el corazón. Pero cuando cumples años, dejas de ser impulsiva y pierde la magia.

Cierro los ojos un segundo y el recuerdo de Beatriz atraviesa mi mente con una nitidez que me eriza la piel. Recuerdo su sonrisa, la mirada que nos dedicamos en el callejón, las ganas que tuve de besarla cuando le arreglé la bufanda. Esa sensación me golpeó el estómago, me hizo temblar las rodillas y me quitó la posibilidad de seguir con mi rutina con facilidad.

Aunque me resista a admitirlo, Bea me hace feliz y cambia el rumbo de mis días. Pero no es tan fácil para mí ceder. No cuando la que más sufrió por nuestra relación fui yo.

—Me ha comentado que quiere montar un hotel aquí —le cuento a Isabel mientras echo un vistazo a la bollería y decido organizar una bandeja para llevarme a casa de Bea—. Y parece que la idea le hace muchísima ilusión. Le brillaban los ojos y todo, tía.

—Siempre le ha brillado la mirada cuando algo le hace feliz —responde Isabel con una sonrisa nostálgica—. Y a ti ese brillo te vuelve loca.

—Tía... —protesto, aunque sé que tiene razón, mientras me lamo el azúcar del pulgar.

—No te hagas la tonta. Bea nunca ha sido indiferente para ti, por muchos años que hayas pasado fingiendo lo contrario.

—No quiero hacerme ilusiones otra vez —confieso casi sin voz—. No quiero volver a sentirme como aquella vez. Además, no sé si lo del hotel dejará de ser una idea para ser real y si se quedará en caso de que vaya a construirlo. Lo último que quiero es dar forma a un futuro que quizá, no se haga real nunca.

—Lo importante no es eso, lo importante es cómo te sientes ahora.

No tengo una sola respuesta; sino varias. Me siento confundida, desbordada, frágil como el hojaldre que recién sale del horno. Y, al mismo tiempo, viva. Como si esa parte de mi vida que compartí con ella, hubiese vuelto a la vida.

—Me siento… completamente removida —respondo, porque es la palabra que más se acerca a mi estado emocional—. Tengo la sensación de que están cambiando muchas cosas en mí.

Isabel abandona la escoba contra la pared y se acerca para posar su mano cálida en mi hombro.

—A veces, en vez de darle tantas vueltas a la cabeza, hay que dejarse llevar un poquito y sentir.

—¿Sentir? ¿Así de simple?

—No es simple, cariño. Amar es de valientes.

Sus palabras se me pegan como el azúcar a los dedos. Sé que lleva razón. Desde que Bea y yo lo dejamos, me he pasado los años controlándolo todo… Pero lo que siento por Beatriz nunca ha entendido de tiempos exactos, y no creo que vaya a cambiar ahora.

***

El camino que une la panadería con la casa de Alberta se me hace más frío y lento de lo normal. Llevo conmigo una bandeja con algunos dulces. Cosas que estoy segura que le encantarán a Bea y que disfrutaremos mientras nos tomamos un café después de la comida. Hace cosa de una media hora me dijo que estaba preparando algo de comer para las dos y mientras

avanzo, con la nieve crujiendo bajo mis botas, reconozco que echaba mucho de menos tenerla en mi día a día.

No paro de darle vueltas a la idea de que lo que sentí por Bea se quedó ahí, hibernando como esas semillas que resisten bajo metros y metros de nieve, y brotan en cuanto el suelo se ablanda y el sol las envuelve con su calor.

No quiero imaginarlo, tampoco desearlo, pero con cada paso que doy soy más consciente de que todo esto es algo inevitable y que ya no puedo poner freno a unas emociones que saltan solas cuando se le ilumina la cara, cuando sus ojos se ponen tristes, cuando se muerde el labio inferior de nerviosismo o escucha paciente cada detalle de lo que le quiera contar. Incluso hoy, cuando hablaba del hotel, sentí que regresaba en el tiempo, justo cuando me contaba sus sueños de marcharse a vivir a la costa del mediterráneo, donde tantos recuerdos creamos ella y yo.

El cielo está tan limpio que de no ser por la nieve y el frío creería que estamos en primavera. Respiro hondo intentando serenarme, pero cuanto más trato de huir de mis pensamientos, más se alinean y más claros se vuelven, como si hubieran estado esperando este momento perfecto para tomar forma dentro de mí.

Al doblar la esquina y ver la casa de Alberta, me detengo en seco. Puedo ver las cortinas a través de las ventanas y un hilo de humo que sale perezoso por la chimenea. Cuando Bea me dijo de venir, no me lo pensé demasiado. Tampoco quería parecer desesperada por pasar unas horas con ella, pero mi boca tomó la delantera y apenas tuve tiempo de rectificar.

Doy tres golpes suaves y la puerta se abre de inmediato. Bea aparece envuelta en un jersey crema que le queda grande, con el pelo suelto y las mejillas rosadas a causa del calor de la chimenea. Un olor delicioso a pollo asado se escapa de dentro y algo dentro de mí se afloja.

—Por fin estás aquí... —susurra con suavidad.

—Siento haber tardado. Tenía que ayudar a mi tía en unas cosas... —miento, pero ella se hace a un lado y me recibe sin ponerle frenos a su sonrisa—. Pero ya estoy aquí, y además, con un surtido de dulces de la casa.

Sus ojos se encienden con ese brillo que he llevado grabado todo el día. Y entonces toda la tensión que me ha acompañado desde que nos vimos, se me escapa en un suspiro largo, profundo y liberador.

—Anda pasa. Que hace mucho frío fuera.

Bea se hace a un lado y yo doy un paso hacia el interior. El calor me abraza al instante, también el aroma de las especias y esa sensación cálida de estar de nuevo en casa.

Una vez dentro, le ofrezco la bandeja y me quito el abrigo para sentirme más cómoda. Ella no deja de mirarme, de jugar con el borde del jersey en un gesto tan tierno que me derrite.

—Me alegra que podamos pasar unas horas juntas... —admite con suavidad.

—Últimamente, se ha convertido en nuestra rutina —reconozco, buscando asiento en el sofá—. Y empieza a gustarme mucho.

—¿A gustarte mucho? —repite, como si la confesión le supiera a miel.

Asiento, sintiendo cómo las emociones se me agolpan en la garganta.

—Sí. Empiezo a sentirme cómoda con esta... esta revolución que se desata dentro de mí cuando estás cerca —intento explicarle —. Hace años que me dije que nada de esto volvería a afectarme, que todo estaba acabado, pero... ya ves. Parece que era algo inevitable.

Ella baja la vista un segundo y una sonrisa leve —no para mí—, le ilumina los labios. Decide acortar la distancia conmigo. Sentarse en el sofá y mirarme.

—La verdad es que... yo me siento exactamente igual...

Permanecemos las dos en silencio, apenas separadas por un cojín de flores bordadas, y la casa entera parece contener la respiración con nosotras.

—¿Cómo te ha ido el resto de la mañana? —pregunta, tratando de aligerar el ambiente.

Me sale una risa pequeña, casi un poco rota.

—Interminable —confieso—. No he parado de pensar en... en lo que pasó en el callejón.

Me muerdo la lengua antes de decir «en ti», pero ella lo entiende igual, porque su mirada se posa en mis ojos de inmediato.

—Yo tampoco he dejado de pensar en ti —susurra, y el suelo se me mueve bajo los pies.

No sé quién da el primer paso. Sólo sé que la distancia se acorta, que el aire se vuelve denso y dulce, que el silencio se llena de una electricidad suave.

Quiero decir mil cosas y ninguna me parece suficiente.

—Bea...

—¿Qué ocurre? —susurra muy cerca de mí.

—Cuando has aparecido hoy por la panadería, yo... yo me he sentido como aquella chica que fue tu novia hace años —confieso, y la voz me tiembla—. No lo buscabas, lo sé, pero ha pasado. Llevo horas pensando en todos los momentos que hemos vivido juntas desde que nos cruzamos en el supermercado y...

—¿Qué? —pregunta con cautela, conteniendo el aliento.

—Que mi corazón parece haber despertado de nuevo...

Beatriz abre los labios, para hablar, pero no dice nada. Sólo me mira, con los ojos brillantes y una sonrisa que apenas puede contener en los labios.

—Sara... —murmura, y se acerca mucho más.

Ese acercamiento es suficiente para que me rinda a lo evidente, a lo que sigo llevando conmigo, a lo que ha estado esperando paciente en un cajón cerrado con llave.

Nos quedamos tan cerca que siento su aliento rozándome la piel. No nos besamos. Aún no. Sólo dejo que el instante fluya y se dé como se deba dar.

—¿Qué pasará si nos dejamos llevar?

Beatriz levanta muy despacio la mano y roza con las yemas de los dedos mi ropa. Es algo pequeño, minúsculo, pero para mí es un terremoto que me sacude de arriba abajo.

—La verdad, es que no lo sé... pero podemos empezar a descubrirlo juntas...

—Eso me parece perfecto...

Y sin duda, sí lo es.

CAPÍTULO 19

Dejándonos llevar de nuevo
BEATRIZ

Unas horas más tarde

El pollo asado está tan delicioso que, durante unos instantes, Sara y yo nos abandonamos por completo al placer de comer. La piel crujiente se rompe entre los dedos, mientras que la carne del interior permanece jugosa y llena del sabor intenso de las especias. Se trata de una combinación sencilla de hierbas que mi abuela usaba siempre que hacía asado y que descubrí en una libreta llena de recetas en el cajón de la cocina. Me sorprende que, con cada día que pasa, encuentre más y más cosas de ella; más y más cosas que despiertan recuerdos y me permitan disfrutar de instantes como estos.

—Te prometo, que no esperaba que fuese a estar tan bueno.

Nos reímos con complicidad cuando, casi al unísono, nos chupamos los dedos, dejándonos llevar por el momento sin pensar en nada más. Con ella es todo tan fácil, que apenas soy consciente de la manera en la que la miro. Sara es preciosa, y con la luz cayendo sobre su pelo, ondeando por su figura, aún más.

—Está increíble —comenta ella, mientras se limpia las manos con una servilleta de papel—. No recordaba que cocinaras tan bien, la verdad.

—Aprendí por necesidad, créeme —le contesto, acompañando mis palabras con un leve encogimiento de hombros—. Aunque también porque extrañaba los platos de mi abuela e intenté reproducirlos en Barcelona.

—Como la cocina de casa, no hay nada...

Durante unos minutos conversamos sobre temas aparentemente triviales. Me cuenta anécdotas del colegio, de los niños que luchan por aprender a leer y de otros que aún se ofuscan porque son incapaces de escribir su nombre. Lo hace con una dulzura y pasión tan íntimas, que siento brotar en mí orgullo. Me encanta verla hablar de lo que verdaderamente ama, me fascina cómo se le ilumina el rostro entero cuando se siente útil y necesaria para alguien.

—A veces resulta agotador, no te voy a mentir —confiesa con sinceridad—, pero cuando uno de ellos logra avanzar y te mira con esa carita de felicidad, se me olvida el cansancio acumulado.

Sonrío con calidez y, sin darme cuenta, me inclino un poco más hacia ella sobre la mesa, acortando la distancia que nos separa.

—Siempre has tenido ese don tan especial —le aseguro con voz suave—. La capacidad de hacer que los demás se sientan verdaderamente capaces de cualquier cosa.

—No exageres, Bea... —musita con timidez.

Ella desvía la mirada un instante, como si el cumplido la hubiera pillado desprevenida. Se recoge un mechón rebelde detrás de la oreja, un gesto que conozco perfectamente y que me transporta de inmediato a esos tiempos que vivimos en el pasado.

—No estoy exagerando —insisto con ternura—. Solo te estoy diciendo algo que creo de verdad.

El silencio que se instala entre nosotras se siente denso y lleno de esa electricidad sutil que flota entre nosotras. Me percato entonces que no he dejado de mirarla fijamente desde que se sentó frente a mí en la mesa. Que la atracción que siento por ella sigue ahí, intacta, quizás más consciente y madura que antes. Y junto a ella, ese amor profundo que nunca llegó a desaparecer.

«¿En qué momento exacto volvió a despertarse este amor que creía dormido?», me pregunto a mí misma casi sin querer, aunque la verdad es que llevo cuestionándomelo desde que me monté en el tren y mi cabeza se llenó de una infinidad de posibilidades. Tal vez no se haya despertado precisamente ahora; tal vez nunca llegó a dormirse y permaneció latente, aguardando el momento adecuado para volver a dar la cara.

Seguimos conversando sobre cosas simples, sobre recuerdos que compartimos y sobre mi abuela. Sara sonríe con nostalgia cuando menciono alguna de sus manías más entrañables, y por un breve instante tengo la sensación de que mi abuela está realmente aquí, sentada junto a nosotras, observándonos con esa mirada sabia y penetrante que parecía anticipar las cosas antes de que sucedieran.

—A tu abuela le habría encantado la idea de que abrieses un hotel en el pueblo —afirma Sara en voz baja, con un tono cargado de emoción.

—Lo sé... —respondo con convicción—. Creo que, de alguna forma misteriosa, fue ella quien me trajo de vuelta a Vall de Bruma para que lo descubriera.

El fuego crepita en la chimenea, rompiendo el silencio que siempre rodea el pueblo a la hora de comer. Afuera, el frío debe de ser mordiente e intenso, pero aquí dentro el tiempo se ha detenido. Me doy cuenta de que no tengo ninguna prisa, de que no deseo en absoluto que este día llegue a su fin. Y ese deseo tan profundo me asusta un poco, porque soy plenamente consciente de todo lo que implica.

Sara termina su plato y aparta los cubiertos con cuidado. Se queda mirándome fijamente, como si estuviera ordenando pensamientos y sentimientos en su interior antes de dar el siguiente paso.

—Cuando me lo contaste... —comienza, y su voz adquiere un matiz diferente—. No pude evitar emocionarme...

—Si te soy sincera, cuando la idea atravesó mi mente, me ocurrió exactamente lo mismo —admito sin rodeos.

Ella inspira profundamente. La mesa que nos separa se convierte de pronto en una barrera. Sara apoya una mano sobre la madera y la desliza lentamente hasta que encuentra la mía. El contacto es suave, sencillo, pero suficiente para que todo mi cuerpo reaccione con una intensidad inesperada. No retiro la mano; al contrario, entrelazo mis dedos con los suyos de forma instintiva. Su mano está caliente, es firme y absolutamente real. Un cosquilleo agradable me recorre el brazo y se instala cómodamente en mi corazón, despertando sensaciones que creía olvidadas y que se mezclan con mis latidos.

—Que esa idea se haga realidad, puede ocasionar que te quedes en Vall de Bruma mucho más tiempo. Que la distancia que en su día provocó nuestra ruptura, deje de existir y que debas instalarte aquí, dejar toda tu vida en Barcelona y…

Sus palabras me despiertan y ponen mis pies en la tierra. Trago saliva con dificultad y de repente, una parte de mí se ordena y la otra se desordena; Barcelona. Toda la vida que he construido allí. Josep. Mis amigos. El hotel. Todo empieza a girar y se enfrenta a la idea de convertir la finca de mi abuela, y cada uno de sus recuerdos, en un precioso futuro junto a la mujer que tengo delante.

—No lo había pensado de esa manera —confieso, aunque es mentira porque sí que lo había pensado.

—¿Podrás vivir aquí, Bea?

Sara no me está obligando, al contrario, sé que quiere cerciorarse de que esta elección la hago con total convicción. No solo tendría que mudarme, cambiaría mi forma entera de habitar en el mundo, mi rutina, el ritmo de mis días, mis prioridades. Volvería a ser la Bea que corría por las calles de este pueblo como si no existiese más mundo que esta preciosa y pequeña burbuja.

—No te voy a negar que la vida que he construido en Barcelona, no sea maravillosa —explico con calma—. Allí tengo el hotel, grandes amigos… pero para ser feliz se necesita mucho más que eso. Desde la muerte de mi abuela, estar allí, volver me produce aspereza. Y sé que es porque allí no me siento tan en casa como aquí…

Obvio decir «como me ocurre cuando estoy junto a ti».

—Por eso debes pensártelo muy bien. No tienes por qué renunciar a todo, ni tampoco cambiar tu vida por completo. Solo debes encontrar la manera de llevar ambas cosas

—Sara, tú sabes bien que si decido quedarme aquí… —continúo, hablando más para mí misma que para ella—. Si hago de Vall de Bruma mi hogar definitivo… mi vida cambiaría de manera rotunda.

Sara inclina ligeramente la cabeza y me observa con atención.

—¿Y eso te da miedo? —pregunta.

Me quedo en silencio unos segundos, buscando la respuesta más honesta dentro de mí, sin adornos ni excusas.

—Sí —admito al fin—. Y no. Me aterra dejar atrás lo conocido y seguro. Pero también me aterra seguir viviendo tan lejos de lo que me hace sentir verdaderamente feliz y viva.

Las palabras brotan solas, y me sorprendo de lo sinceras y desnudas que suenan.

Sara sonríe con una ternura infinita que consigue calentar mi corazón.

—Siempre has sabido escuchar con atención a tu corazón —comenta con admiración—. No importaba las consecuencias o cuánto te costase dar el paso. Siempre has tenido un don para seguir los impulsos. Así que hazlo ahora.

—Hacerlo siempre implica perder algo —replico con voz queda, recordando que fue mi corazón exactamente él puso punto y final a lo nuestro.

—Pero también ganas cosas que quizás, en ese instante, ni siquiera imaginas que tendrás —añade ella con sabiduría.

Y tiene razón.

El silencio regresa, pero esta vez se siente diferente. Me percato de que sigo sosteniendo su mano con firmeza. Mi pulgar traza círculos lentos y distraídos sobre su piel sin que yo lo haya decidido de forma consciente. Sara no se aparta en ningún momento; al contrario, su respiración se vuelve un poco más profunda y pausada.

—Cuando cortamos —confiesa de pronto, bajando la voz hasta convertirla en un murmullo íntimo—, pensé que lo nuestro había quedado definitivamente atrás. Que era una historia bonita, sí, pero cerrada para siempre.

—Yo también lo creí en su momento —respondo con honestidad—. Y seguí adelante sin dramas ni reproches. Pero ahora que estamos la una frente a la otra…

—Todo ha saltado por los aires —completa ella, captando perfectamente mis pensamientos.

Asiento con la cabeza, sin apartar la mirada de sus ojos.

—No sé en qué momento exacto volvió a encenderse esta chispa... —susurro—. Solo sé que estos días, a tu lado, me han ayudado a recomponerme y convertir el dolor, en amor.

Sara baja la vista, como si mi confesión hubiera alcanzado de pronto su corazón. Aprieta con suavidad mis dedos y ese gesto me roba una sonrisa.

—Si te soy sincera, debería haberle hecho caso a mi mente —reconoce—. Llevo negándome a la posibilidad de volver a recuperar lo que teníamos desde que nos vimos. No quería volver a sentir tanto y perderlo de nuevo. Deseaba quererte sin reservas, con toda la intensidad, sin miedos, y...

—Yo también lo quiero, Sara...

—Pero... —Sara levanta la mirada y en sus ojos veo el miedo, el miedo y la inseguridad—. Si vuelve a salir mal...

—No sé qué va a pasar, ni tampoco te puedo asegurar si irá bien —declaro—. No sé si este hotel que tengo en mi mente llegará a ser una realidad algún día, pero si estoy segura de algo.

—¿De qué? —pregunta ella, con la voz apenas audible y cargada de expectación.

—Que todo lo que alguna vez me hizo sentir verdaderamente viva está aquí mismo —respondo, sintiendo cómo las palabras salen del centro de mi pecho—. En este pueblo. En esta casa llena de recuerdos. En cada instante a tu lado.

Sara contiene el aliento durante un segundo. Veo cómo sus ojos brillan de felicidad. Se levanta despacio de la silla sin soltar mi mano y rodea la mesa hasta sentarse en mis rodillas.

—Entonces... —susurra con la voz muy bajita—, quizá solo tengamos que dejarnos llevar una vez más. Sin resistirnos.

Sus palabras me atraviesan de parte a parte, como un rayo cálido y liberador. Estamos tan cerca que resulta imposible fingir que no sentimos la electricidad que se acumula entre nuestros cuerpos. Apoyo mi frente contra la suya, cierro los ojos y aspiro profundamente su aroma, esa mezcla de vainilla y canela tan exclusiva de ella, inconfundible. Siento su mano posarse en mi cuello, firme y presente, anclándome al momento y el mundo exterior se desvanece.

—Sí. Dejémonos levar. Sin huir más. Sin que el miedo nos paralice.

Mientras pongo atención en mi corazón, nos quedamos así durante unos segundos que se estiran hasta parecer eternos. No necesito tener todas las respuestas esta misma noche. Me basta con tener este amor, con quedarme a su lado, con empezar de nuevo y con recuperar esa felicidad que pensé que tenía pero que ahora, he descubierto que había perdido en Vall de Bruma.

CAPÍTULO 20

Me voy a quedar de manera indefinida
BEATRIZ

Vall de Bruma,
Domingo, 25 de enero del 2026

Amanece despacio en Vall de Bruma, como si el día se resistiera a despertar. La luz se cuela tímida entre las cortinas de la casa, tamizada por un cielo gris claro que promete otra jornada de frío extremo. He despertado con una sensación extraña, pero muy placentera recorriéndome por dentro; una ligereza que hacía muchísimo que no experimentaba y que, de alguna manera, extrañaba. Sonrío incluso antes de abrir los ojos del todo y durante unos instantes, me quedo completamente quieta, disfrutando del silencio que envuelve la casa.

Desde la cama, percibo el leve crujido de la madera, el murmullo lejano del viento que acaricia los tejados, el tic-tac constante del reloj antiguo que sigue colgando en la pared del pasillo, el sonido de la resistencia de la nevera. La casa de mi abuela nunca está del todo en silencio; respira, palpita, como si conservara algo de su espíritu vivo en cada rincón. Es un espacio vivo, lleno de energía cargada de amor y que, con el paso de los días que llevo aquí, me ha envuelto de calidez.

Anoche me acosté bastante tarde. La comida con Eva se prolongó mucho más de lo que había calculado, extendiéndose hasta bien entrada la tarde. Compartimos risas, conversaciones, más de un café caliente y esos dulces deliciosos que trajo consigo de la panadería. El tiempo —y el mundo entero— se redujo a nosotras, y se deslizó con la misma suavidad que esas emociones que descubrimos que compartimos. No hubo besos.

Tampoco esa impulsividad arrebatada que nos dominaba cuando éramos más jóvenes, cuando el deseo se nos escapaba de las manos y no sabíamos —ni queríamos— ponerle freno. Todo fue más tranquilo, pero no menos intenso o sensitivo. Hubo miraditas, caricias, sonrisas cargadas de tensión, esos silencios que bien podríamos haber llenado con besos. Una cercanía profunda que hizo de lo nuestro algo completamente real y palpable.

Pese a todo esto, Eva se marchó y yo cerré la puerta tras ella, y cuando me quedé a solas el resto de la noche, supe que tenerla conmigo, compartir estos sentimientos con ella y ser consciente de ello, había cambiado mi vida.

Me incorporo despacio en la cama y poso mis pies descalzos sobre el suelo helado. Camino hasta la ventana y aparto ligeramente la cortina para observar el exterior. El pueblo despierta poco a poco; a lo lejos se puede ver alguna chimenea soltando sus primeras volutas de humo, alguien cruza la calle con paso apresurado dejando huellas sobre la nieve endurecida de los últimos días. Todo permanece en su lugar habitual.

Me pongo las zapatillas, me abrigo colocándome el chal de la abuela sobre los hombros y bajo al piso inferior. Me preparo un café bien cargado. El aroma intenso se expande por toda la cocina y me envuelve mientras me siento a la mesa. Doy un sorbo largo y lento, permitiendo que el calor me despierte por completo y me recorra el cuerpo. Mi mirada se posa en cada pequeño detalle de este lugar y de pronto, me doy cuenta que quiero quedarme. Quiero quedarme de manera indefinida, darme el tiempo necesario para escuchar mi corazón, para comprender qué deseo hacer realmente con mi vida ahora que estoy aquí. Quiero pensar bien lo del hotel, porque sé que este lugar puede transformarse en algo mucho más especial.

Respiro hondo, llenando los pulmones del aire frío que se cuela por las rendijas y me percato de que tomar esta decisión

implica enfrentarme a Josep, y eso no resulta sencillo.

Contemplo el móvil que descansa sobre la mesa. Hay varios mensajes que no he leído, sé que él sigue esperando una fecha de mi regreso, que lo he dejado solo contra el peligro. Me pidió que lo contactara en cuanto tuviera claro cuándo regresaría, pero ahora que lo seé, no tengo idea de cómo voy a contárselo.

«Supongo que como decía la abuela: con corazón y honestidad», pienso.

Doy otro sorbo largo al café, busco su teléfono en la agenda, marco y coloro el altavoz.

Tarda apenas unos segundos en contestar.

—¡Por fin! —exclama con un entusiasmo que me oprime el pecho—. ¿Cuándo vuelves exactamente? Te necesito aquí en el hotel, Bea, las cosas se están complicando.

Cierro los ojos un instante y me paso las manos por el pelo. Su voz me resulta familiar, cercana, impregnada de esa confianza que hemos forjado a lo largo de años trabajando codo con codo. Josep ha sido mucho más que un simple socio: ha sido un apoyo incondicional, un amigo leal en los momentos difíciles. Y precisamente por eso, lo que estoy a punto de decirle me provoca un dolor profundo.

—Josep… —comienzo con cautela, midiendo cada palabra —. Precisamente por eso te estoy llamando ahora.

—Dime que ya tienes la fecha concreta —insiste con ansiedad—. Esto se está llenando a reventar y no doy abasto yo solo. Ayer tuve que resolver tres incidencias importantes una tras otra, sin tu ayuda.

Me recuesto contra el respaldo de la silla y aprieto los labios con fuerza.

—No voy a poder regresar todavía —confieso en un poco —. Al menos no de forma inmediata.

Se produce un silencio breve al otro lado de la línea, un silencio que dura demasiado poco.

—¿Cómo qué no? —pregunta, y su tono ya ha perdido toda ligereza—. Bea, tú misma dijiste que serían solo unos días. Un par de semanas a lo sumo. Llevas quince días.

—Lo sé perfectamente —respondo con voz serena—. Y esa era mi intención inicial. Pero aquí han surgido cuestiones importantes que necesito resolver, asuntos que debo organizar y cerrar con calma… No puedo marcharme de un día para otro.

—¿Qué clase de cuestiones? —indaga, claramente intrigado —. ¿De qué estamos hablando en realidad?

Me muerdo el labio inferior con nerviosismo. Podría contarle toda la verdad en ese momento: explicarle que algo se ha despertado en mi interior, que estoy replanteándome toda mi existencia, que Vall de Bruma me reclama de una manera inesperada y poderosa. Pero no puedo hacerlo todavía. No sin tenerlo completamente claro yo misma primero.

—Son temas personales —contesto con prudencia—. También relacionados con la herencia de mi abuela. Hay bastante papeleo pendiente, decisiones que no puedo posponer… No es tan sencillo como subir a un tren y volver.

—Bea —pronuncia mi nombre con una tensión evidente en la voz—. El hotel no se gestiona solo. Tú cargas con la mitad del peso, y en estos momentos me estás dejando completamente solo con todo.

La culpa me golpea con fuerza, porque sé que tiene toda la razón. Porque no es justo para él. Porque yo misma habría reaccionado de la misma forma si los papeles se hubieran invertido.

—No te estoy abandonando —replico, esforzándome por mantener la calma—. Solo te estoy pidiendo un poco más de tiempo.

—¿Tiempo para qué? —insiste—. ¿Para quedarte ahí de forma indefinida?

La palabra resuena con demasiada intensidad, como si yo misma la hubiera pronunciado en voz alta sin darme cuenta.

—Te lo dije la última vez que hablamos. No sé cuánto tiempo necesitaré —admito con total sinceridad—. Pero sí sé que necesito este espacio ahora. No puedo regresar a Barcelona fingiendo que todo sigue igual que antes.

—Pues eso es precisamente lo que intento hacer aquí —replica, sin ocultar ya su enfado—. Mantener el negocio a flote. Cumplir con todos los compromisos adquiridos. Eso también tiene su importancia, Bea.

—Lo sé mejor que nadie —aseguro—. Y no pretendo minimizarlo en absoluto. Pero también tengo derecho a replantearme ciertas cosas en mi vida.

—¿Justo ahora? —pregunta con ironía—. ¿Precisamente cuando el hotel comienza a despegar de verdad después de tanto esfuerzo?

Me paso una mano por la cara, sintiendo cómo la tensión se acumula en la nuca y en los hombros.

—No estoy diciendo que vaya a abandonarlo—aclaro con firmeza—. Solo que, por el momento, no puedo estar allí físicamente.

—Eso equivale prácticamente a abandonarlo —contraataca —. Al menos durante un periodo indefinido que ni siquiera sabes cuánto va a durar.

—Josep, por favor, intenta comprenderlo…

—No —me interrumpe con sequedad—. Lo siento mucho, pero no logro entenderlo. Me pides que asuma toda la carga mientras tú te quedas en ese pueblo porque necesitas… encontrarte a ti misma.

Sus palabras me duelen porque encierran una parte innegable de verdad, y lo reconozco en silencio.

—No se reduce solo a eso —musito, bajando el tono—. Es que, si no me quedo ahora, sé que terminaré arrepintiéndome toda la vida.

—¿Y crees que yo no me arrepentiré si todo esto se viene abajo por tu ausencia? —responde con vehemencia—. Porque te

recuerdo que yo también he puesto toda mi alma en este proyecto.

—Lo sé perfectamente —repito, notando cómo los ojos se me humedecen—. Y por eso mismo esta conversación me está costando tanto.

Se hace otro silencio, esta vez más prolongado.

—Necesito que regreses —declara al fin, con una dureza que nunca le había oído antes—. O, como mínimo, que me des una fecha concreta y fiable.

Miro por la ventana. El humo de la chimenea continúa ascendiendo perezoso hacia el cielo gris. El pueblo sigue con su ritmo pausado, respirando tranquilo.

—No puedo darte una fecha todavía —respondo con sinceridad—. De verdad que no.

—Entonces no sé qué esperas que haga yo —confiesa, rendido—. Porque no puedo continuar así indefinidamente.

—Lo sé —susurro con la voz entrecortada.

—Bea… —comienza a decir, pero se detiene a mitad de frase—. Esto no es justo ni para mí ni para el proyecto.

—No lo es, tienes razón —admito sin reservas—. Pero es lo que necesito en este momento de mi vida.

La línea se llena de un ruido seco y repentino. Un silencio absoluto.

—¿Josep? —pregunto con inquietud.

No obtengo respuesta alguna y cuando observo la pantalla del móvil, la llamada se ha cortado.

Permanezco así unos segundos, con el teléfono en la mano, sintiendo cómo la realidad se asienta con todo su peso. El conflicto no ha hecho más que comenzar. He tomado una decisión importante, aunque todavía no tenga del todo claro hacia dónde me llevará. Y esa decisión conlleva consecuencias inevitables.

Dejo el móvil sobre la mesa y respiro hondo varias veces. Me duele profundamente haberlo herido, que la conversación se

haya suspendido en ese punto tan tenso. Pero por primera vez en mucho tiempo, no siento que me haya traicionado a mí misma al elegir escucharme.

Me levanto y me acerco de nuevo a la ventana con la certeza de que este lugar, este pueblo y lo que hemos recuperado Sara y yo merecen que me quede, que les preste atención y que les dé una oportunidad real. Y aunque Josep no lo comprenda, ahora mismo me da igual. Sé que él es autosuficiente, que encontrará la manera de que todo funcione; ha nacido para ello. Así que yo solo debo pensar en mí y nada más.

CAPÍTULO 21

Profe, ¿Beatriz es tu novia?
SARA

Vall de Bruma,
Lunes, 26 de enero del 2026

El lunes ha amanecido diferente, con el cielo de un azul brillante y claro, menos opaco que el de los días anteriores. No sabría decir si es que el invierno ha comenzado a dar paso a la primavera, o es que soy yo la que ha despertado con una energía diferente, pero me siento en calma, feliz, ilusionada. Normalmente, me pongo de muy mala leche cuando despierto antes de que suene el despertador, pero hoy me permití quedarme en la cama, disfrutando del calor de las sábanas y del sonido de los pájaros en los árboles del jardín. A esta hora mi madre y mi tía ya se han marchado a trabajar, así que todo está en silencio.

Busco mi teléfono y después de ubicar el chat que tengo con Bea, me pongo a leer los últimos mensajes que nos mandamos ayer. Sonrío de manera espontánea, hasta suelto una risa por las tonterías que me contó. Desde que regresó al pueblo, mis días son diferentes, y no puedo evitar pensar en la suerte que tenemos de vivir esta nueva oportunidad.

Me levanto con lentitud, preparo café y dejo que su aroma intenso y reconfortante inunde toda la cocina mientras, por pura costumbre, echo un vistazo al chat que mantengo con las mamás de mis alumnos. Hace unos días, Tatiana se contagió de gripe y con ella, algunos más. A parecer va mejorando, aún le quedan unos días para regresar, pero me alegra mucho que

pronto pueda volver con todos. Jaime y Elvira, sus mejores amigos, la extrañan.

El día de ayer transcurrió de manera tranquila. Bea y yo no hablamos mucho. Nos escribimos lo justo. La noté un poco seria, pero intenté no insistir; ella es un poco hermética cuando las emociones la azotan y no sabe controlarlas. Quizá la llame después, solo para saber cómo se encuentra y si todo va bien.

Después de acabar el desayuno, me visto para ir al colegio con una ligereza que no es muy habitual en mí. Incluso el trayecto normal por las calles de Vall de Bruma me parece distinto, más luminoso. El pueblo sigue siendo exactamente el mismo, pero de pronto lo veo más bonito que nunca. Quiero pensar que es por culpa de mi estado anímico, que gracias a lo que estamos sintiendo Bea y yo mis días son diferentes, llenos de colores y brillo.

En el aula de preescolar me reciben las voces agudas y llenas de energía de Pablo y Ainara; las risas desordenadas y contagiosas de Marcos e Iván, su hermano; las carreras, el ruido de los juguetes. Los niños poseen esa capacidad maravillosa de vivir plenamente el presente sin ningún tipo de temor, y hoy su vitalidad se me contagia más que nunca, me envuelve y me eleva. Me llaman a gritos, me muestran con orgullo sus dibujos, me cuentan historias fragmentadas y llenas de imaginación. Yo participo activamente, sonrío con naturalidad, me agacho hasta su altura para escucharlos mejor, aunque percibo que una parte de mí está ligeramente distraída. No ausente, en absoluto, sino vibrando en un segundo plano, como si mi mente guardara un secreto dulce que ilumina todo lo demás.

—Profe, hoy estás muy contenta —me comenta Lucas con esa franqueza propia de quien aún no conoce los filtros sociales.

—¿Ah, sí? —le respondo, divertida, mientras le ayudo a ponerse el abrigo antes de salir al patio.

—Sí —insiste él, totalmente convencido—. Se te nota mucho en la cara, brillas.

No sé bien qué contestarle, porque tiene toda la razón del mundo y, al mismo tiempo, no sé cómo explicar algo tan íntimo a un niño de apenas seis años. Así que simplemente sonrío con ternura y le revuelvo el flequillo con cariño, permitiéndole ganar esa pequeña escaramuza infantil.

Intento concentrarme en la rutina diaria, en las canciones que cantamos juntos, en las actividades manuales, en el orden que tanto necesitan para sentirse seguros. Pero cada vez que bajo un poco la guardia, el recuerdo de Bea regresa a mi pensamiento con fuerza. Y con ella, todo lo que vivimos el sábado. Aún no hemos profundizado demasiado en lo nuestro, pero no lo necesito porque yo ya sé qué es lo que ha nacido en mi corazón por ella. Y, por primera vez en muchísimo tiempo, la idea de haberme vuelto a enamorar no me genera ni el más mínimo temor, sino una emocionante ilusión.

A eso de las doce, cuando nos disponemos a recoger los materiales que hemos usado para pintar un mural, alguien llama a la puerta del aula con un golpe suave y educado. Me giro ligeramente, con el ceño un poco fruncido por la sorpresa. No espero a nadie a esta hora.

—¿Sí? —pregunto en voz alta mientras me acerco.

Abro la puerta… y por un segundo el mundo parece detenerse. Beatriz está allí, de pie en el pasillo, envuelta en su abrigo oscuro, con el cabello algo revuelto por el viento frío y las mejillas sonrosadas. La luz que proviene del interior del aula la ilumina de una forma casi mágica, como si el día hubiera decidido enfocarla exclusivamente a ella. Me observa con esa media sonrisa que siempre consigue desmoronarme todo por dentro y yo apenas soy capaz de hablar.

—Hola —murmura en voz baja, como si el mero hecho de presentarse aquí fuera un secreto compartido solo entre nosotras.

Me quedo mirándola fijamente, siendo incapaz de disimular mi asombro.

—¿Qué haces aquí? —pregunto al fin, todavía procesando la escena—. ¿Quién te ha dejado pasar?

Ella alza una ceja con diversión y un toque de picardía.

—Digamos que el director es hijo de un viejo amigo de mi abuela —explica con naturalidad—. Y que me debía un pequeño favor.

Niega con la cabeza, como si ella misma aún no terminara de creerse del todo su propia audacia.

Los niños, que hasta ese momento charlaban animadamente, se han quedado en completo silencio. Sus miradas curiosas se fijan en Beatriz con curiosidad y cierta cautela. Algunos se acercan tímidamente, otros se agarran con fuerza a las mesas. Ella avanza un paso dentro del aula, cierra la puerta con delicadeza y se quita el abrigo.

—Buenos días a todos —saluda con un tono algo tímido, plenamente consciente de las docenas de ojos que la observan.

Noto cómo mi corazón late con más fuerza, no por nervios exactamente, sino por esa alegría infantil y desbordante que me invade al verla aquí, irrumpiendo en mi espacio cotidiano como si siempre hubiera formado parte de él.

—Chicos —anuncio, recuperando mi rol de profesora—, ella es Beatriz.

—¿Es una mamá? —pregunta de inmediato una voz desde el fondo.

—No exactamente —responde Bea antes que yo, agachándose un poco para estar a su altura—. Pero hago uno pasteles que os encantarían.

Eso rompe el hielo por completo. Algunos sonríen de manera amplia, y otros ríen. La tensión inicial se disipa como por arte de magia.

Beatriz se mueve por el aula con cuidado, sin imponerse, observando con interés los dibujos colgados en las paredes, los pequeños abrigos perfectamente alineados. Yo la contemplo desde la distancia, tratando de grabar en la memoria esta

imagen tan especial: ella en mi mundo, ella aquí, compartiendo este rincón tan mío.

Transcurren minutos. La clase prosigue a su ritmo habitual y entonces, cuando menos lo espero, Ana se acerca a mí y se abraza a una de mis piernas llamando mi atención.

—Profe... —susurra una voz tímida y dulce.

Los grandotes ojos de Ana chocan con los míos y yo le sonrío, colocándome siempre a su altura.

—Dime cariño —le respondo con suavidad.

Me mira a mí, luego dirige la vista hacia Beatriz, y finalmente vuelve a fijarse en mi rostro.

—¿Ella es tu novia?

El aire se vuelve denso de golpe. Siento cómo el calor me sube rápidamente a las mejillas y la sorpresa me deja sin palabras durante un breve instante. Beatriz se queda inmóvil, a medio camino entre dos mesas, observándome con una atención que parece atravesarme hasta el alma.

—¿Qué te hace pensar eso, Ana? —pregunto con toda la delicadeza posible.

Ana se encoge de hombros, como si la respuesta fuera la cosa más obvia del universo.

—Es que sonríes mucho desde que ha llegado —explica con total inocencia—. Y mi mamá también sonríe así cuando papá llega a casa después del trabajo, como si estuviera muy feliz de verlo.

No puedo contener una risa sincera que se extiende rápidamente por toda el aula. Beatriz también ríe, cubriéndose la boca con la mano, claramente sorprendida por la lógica impecable y pura de una niña de seis años.

—Eres increíblemente observadora, Ana —le digo mientras le acaricio el pelo con cariño—. Tienes un don para notar esas cosas.

Ella sonríe orgullosa, satisfecha con mi reconocimiento. Beatriz se acerca entonces, se arrodilla frente a la pequeña para

quedar a su misma altura. Yo las observo intrigada, sin poder oír lo que hablan. Veo cómo Bea inclina ligeramente la cabeza y le susurra algo al oído con una sonrisa cómplice y llena de ternura.

Ana abre mucho los ojos, después sonríe con picardía y asiente repetidas veces antes de levantarse y regresar con sus compañeros, como si acabara de recibir un valioso tesoro que guarda celosamente.

Me vuelvo hacia Beatriz con curiosidad.

—¿Qué le has dicho? —inquiero en voz baja.

Ella se incorpora, fingiendo una absoluta inocencia.

—Nada que merezca la pena contar —responde con un guiño juguetón.

A continuación, me besa la mejilla con un gesto, haciendo que un escalofrío agradable me recorra entera.

—Nos vemos a la hora de comer —murmura bajando aún más la voz—. Quiero que me acompañes al ayuntamiento; necesito informarme bien sobre los trámites para lo del hotel.

La miro fijamente, todavía asimilando todo lo ocurrido.

—¿Ya te has decidido del todo? —pregunto casi en un susurro, conteniendo la emoción.

Beatriz sostiene mi mirada con firmeza. En sus ojos no hay ni rastro de dudas, solo una calma profunda y una verdad absoluta.

—Sí, Sara. Ya lo tengo claro.

Y en ese preciso instante, mientras la veo salir del aula, mientras los niños retoman sus juegos sin sospechar la importancia de lo sucedido, comprendo que las segundas oportunidades no siempre llegan acompañadas de grandes estruendos ni dramatismos. A veces llegan de manera mucho más sencilla y hermosa: con una visita inesperada, con la pregunta inocente de una niña, con un «sí» pronunciado en el momento justo.

CAPÍTULO 22

Todo lo que necesito para seguir
BEATRIZ

Unas horas más tarde

Salgo del colegio con una sensación dulce y cálida instalada en el pecho. Parece absurdo que algo tan sencillo como visitar a Sara en su ambiente natural, haya logrado que esas emociones que siento por ella, crezcan. El aire gélido del exterior me azota el rostro y me fuerza a inspirar profundamente, pero ni siquiera esa bocanada fría logra borrarla de mi mente. Verla reír, atender a los pequeños y, sobre todo, verla sonreír, me ha enamorado un poquito más.

Ni siquiera me doy cuenta de que llevo varios minutos caminando sin dirección fija hasta que alguien tropieza conmigo y soy consciente del tiempo que llevo sumergida en aquella calma llena de luz donde, por un breve, pero intenso instante, me he sentido en casa.

Vall de Bruma siempre representó eso para mí: un hogar, un sitio al que pertenecí desde que mis padres murieron. Crecí y los estudios me llevaron lejos de aquí, mostrándome Barcelona como un lugar plagado de oportunidades infinitas. Durante un tiempo creí que todo lo que había edificado allí era lo que más deseaba, pero la verdad es que nunca lo sentí completamente mío. Me faltaba algo y ese «algo» lo encontré aquí.

Dirijo mis pasos hacia la biblioteca del pueblo, el único lugar en el que puedo imprimir todos los documentos que necesito de manera decente. Esta noche me puse a investigar y aunque no encontré mucho, sí que puedo hacerme con algunos datos que quizá me ayuden en mi visita al ayuntamiento.

La biblioteca de Vall de Bruma es un rincón acogedor, con techos bajos y estanterías de madera oscura que desprenden ese aroma característico a viejo. Entro sacudiéndome la nieve de las botas y saludo con un gesto discreto a Greta, la bibliotecaria, que me corresponde con una sonrisa cálida y cómplice desde su puesto habitual.

—¿Piensas quedarte mucho rato? —me pregunta en voz baja, respetando la quietud del lugar.

—Sí —le contesto—. Necesito buscar información sobre varias cuestiones importantes e imprimir unos documentos.

—De acuerdo. Yo iré a por un chocolate. Vuelvo enseguida —menciona con una sonrisa—. No tardaré mucho, ¿vale?

—Tranquila.

Escojo una mesa junto a la ventana, desde donde se divisa el campo que se extiende más allá del pueblo, cubierto por una capa irregular y brillante de nieve. Enciendo el ordenador con entusiasmo y nerviosismo. Después de mi conversación con Josep, ya no hay marcha atrás.

Comienzo por lo más elemental: normativas autonómicas sobre rehabilitación de edificios antiguos, requisitos específicos para alojamientos rurales, subvenciones disponibles a nivel regional y europeo. Leo con atención, tomo apuntes, comparo opciones. La finca de mi abuela aparece una y otra vez en mi imaginación mientras visualizo planos posibles, distribuciones imaginarias, espacios que podrían renovarse sin traicionar su esencia original.

Se trata de un edificio de tres plantas, sólido y robusto, con una estructura que ha aguantado inviernos mucho más severos que el actual. Posee carácter propio, una historia rica y, sobre todo, un alma inconfundible. No deseo borrarla ni transformarla en algo irreconocible. No quiero lujos ni ostentación, porque eso no encajaría aquí. Lo que busco es una calidez auténtica. Un hotel pequeño y familiar, donde las habitaciones inviten a encontrar la tranquilidad más absoluta.

Donde el silencio se convierta en un valor añadido y no en un inconveniente. Un refugio donde las personas lleguen para descansar de verdad, para reencontrarse consigo mismas, para detener el ritmo frenético de sus vidas.

Me sorprendo a mí misma sonriendo frente a la pantalla con una ilusión que no recordaba sentir desde hacía mucho tiempo.

Soy consciente de que este proyecto requerirá una inversión considerable. Reformar una casa antigua nunca resulta barato, especialmente cuando el objetivo es respetar al máximo su estructura original. Tendré que solicitar préstamos, explorar todas las ayudas posibles, tal vez vender mi parte del hotel en Barcelona. La perspectiva no me aterra tanto como cabría esperar. Me asusta mucho más la idea de no intentarlo siquiera, de dejar pasar esta oportunidad única y dejarme vencer por el pánico.

Anoto los nombres de los responsables municipales que gestionan urbanismo y desarrollo rural. El señor Marcos Pallás, encargado principal de planificación urbanística, aparece mencionado en varios documentos. También Yolanda Reig, responsable de patrimonio y conservación histórica. Tendré que concertar citas con ellos, conocer de primera mano qué es factible y qué no, qué elementos puedo modificar y cuáles debo preservar.

Cierro los ojos por un momento y apoyo la frente en la palma de la mano, dejando que las ideas se asienten.

No se trata únicamente de un proyecto profesional, eso lo tengo clarísimo. Se trata de decidir dónde deseo construir mi vida de ahora en adelante, dónde quiero echar raíces profundas. Y esa es una cuestión infinitamente más delicada y personal.

Cuando abandono la biblioteca, con todos los documentos bajo el brazo, ya son las tres de la tarde y el estómago me ruje. El día ha pasado lento, se me ha hecho eterno y decido regresar a

casa para comer algo, y también revisar todo lo que llevo conmigo.

El nombre de Sara se cuela en mis pensamientos, entretejido con cada idea que surge. Me he habituado a tomar decisiones en solitario, a no depender de nadie más que de mí misma. Pero ahora... ahora deseo incluirla en cada paso. No como algo indispensable, sino como compañera de camino, como alguien con quien compartir esta aventura y esta oportunidad de negocio que se ha abierto ante mis ojos.

Una vez en casa, picoteo algo rápido y me cambio de ropa con rapidez. Apenas dispongo de unos minutos para ordenar mis ideas cuando el móvil vibra sobre la mesa.

Sara: He salido ya del colegio. ¿Nos vemos donde siempre?

Beatriz: Voy para allá.

Nos encontramos cerca de la plaza, tal y como hacíamos en el pasado, en aquellos días que ahora parecen lejanos, pero siguen vivos en algún rincón de la memoria. Ella llega envuelta en su abrigo, con el pelo recogido de forma despreocupada y las mejillas todavía sonrosadas por el frío. Al verme, esboza una sonrisa amplia y sincera, y ese gesto basta para que todo el ruido interior que llevaba acumulado se aquiete un poco.

—¿Cómo te ha ido el resto día? —me pregunta mientras empieza a caminar a mi lado, adaptándose sin esfuerzo a mi paso.

—Intenso, la verdad —le confieso con total honestidad—. Pero ha sido bueno.

No hace falta que añada más detalles. Ella no me presiona ni insiste. Simplemente camina a mi ritmo, respetando los silencios que surgen entre nosotras. Y esa delicadeza me confirma que he acertado al decidir invitarla a acompañarme en esta aventura.

CAPÍTULO 23

Los primeros pasos hacia el futuro
BEATRIZ

Unas horas más tarde

Hemos comido en el bar de Pau. Aún tengo el sabor a la salsa del pollo en la boca, y el dulce toque de las avellanas del postre en los labios. Hemos compartido un momento dulce cargado de risas, de sonrisas, de miradas. Con cada segundo que comparto con ella, más me doy cuenta de lo especial que es, de lo tonta que fui al dejarla. Ahora, no dejo de pensar en todos esos años que hemos pasado separadas y el tiempo que hemos perdido. Supongo que las cosas debían de darse así, porque si una cosa tengo segura es que la madurez solo se obtiene con las experiencias, los errores y las consecuencias.

Cuando salimos del bar y ponemos rumbo al ayuntamiento, mis emociones se contraen y encojen mi corazón; el edificio es sobrio, elegante, construido en piedra clara, con ventanas altas que reflejan los últimos rayos de la tarde. Entramos juntas, sacudiéndonos el frío de encima. El vestíbulo nos recibe con un murmullo discreto y ese aroma tan característico de los edificios públicos.

Nos acercamos al mostrador de información. Tras él, una mujer de unos cincuenta años nos observa con una expresión amable y profesional.

—Buenas tardes —saludo con cortesía—. Venimos a informarnos sobre la rehabilitación de una vivienda antigua para destinarla a uso turístico.

—En ese caso, deberán hablar con el señor Pallás —nos explica ella—. Y seguramente también con la señorita Yolanda

Reig, sobre todo si el edificio tiene valor patrimonial.

Asiento con la cabeza. Son exactamente los nombres que había apuntado horas antes en la biblioteca. Algo en mi interior se tensa por la expectativa y, al mismo tiempo, se relaja al ver que el camino empieza a abrirse.

Nos indican un despacho situado en la segunda planta. Subimos las escaleras con calma. Siento la presencia de Sara muy cerca, reconfortante, y, sin meditarlo demasiado, extiendo la mano y entrelazo mis dedos con los suyos.

Ella no muestra sorpresa alguna. No se aparta ni un milímetro. Al contrario, aprieta suavemente mi mano, como si también ella necesitara ese contacto para mantenerse firme y segura.

El despacho de Marcos Pallás es amplio y perfectamente ordenado. El hombre que se incorpora al vernos entrar es alto, de pelo entrecano y gesto serio, aunque en absoluto antipático. Nos invita a tomar asiento con un gesto cordial.

—Cuéntenme con detalle —nos pide, cruzando las manos sobre la mesa con actitud atenta.

Respiro hondo antes de comenzar a hablar.

—La casa perteneció a mi abuela —empiezo a explicar—. Se trata de una construcción antigua, pero se encuentra en buen estado de conservación. Mi intención es rehabilitarla por completo y convertirla en un hotel rural de dimensiones reducidas, respetando al máximo la estructura y los elementos originales.

El hombre asiente con interés, animándome a continuar.

—¿Dispone de planos actuales? ¿Documentación completa de la propiedad?

—Sí, por supuesto —le aseguro—. Todo está en regla y actualizado.

Sara me observa en silencio mientras hablo, y percibo su atención como un apoyo sólido. Detallo mi proyecto con calma y precisión, sin adornos superfluos. Hablo de las habitaciones

previstas, de los espacios comunes que imagino, del entorno natural que rodea la casa. Insisto en la integración con el paisaje, en el turismo sostenible y responsable.

—No pretendemos algo grande ni invasivo —añado con convicción—. Queremos crear algo que encaje perfectamente aquí, que forme parte del pueblo.

Ni siquiera me doy cuenta de cuándo he pasado del «yo» al «nosotros», pero me sale natural y no me corrijo, porque en el fondo se siente adecuada.

Pallás intercambia una mirada rápida con Yolanda Reig, que ha entrado en el despacho en algún momento y ahora escucha con atención. Ella muestra una expresión más suave, casi cómplice, como si entendiera perfectamente lo que hay detrás del proyecto.

—En principio —interviene Yolanda con tono tranquilizador—, la idea resulta viable. No obstante, deberán presentar un estudio técnico detallado y un plan de rehabilitación que garantice la protección de los elementos catalogados. Además, tendrán que tramitar las licencias correspondientes en tiempo y forma.

Asiento con la cabeza, memorizando cada indicación que me ofrecen. No es un rechazo rotundo. Tampoco una aprobación inmediata. Es un camino trazado, con pasos claros. Y eso, por el momento, me basta y me sobra.

La reunión se prolonga más de lo que había previsto. Salimos del ayuntamiento cuando la oscuridad ya comienza a apoderarse del pueblo, con una carpeta repleta de documentos que han reforzado mi visita y mi visión, folletos informativos, la copia de los formularios oficiales y las fechas aproximadas para los siguientes trámites en caso de que se apruebe el proyecto. Me siento agotada, pero al mismo tiempo extrañamente ligera, como si hubiera descargado un peso que llevaba sobre los hombros.

—¿Estás bien? —me pregunta Sara, deteniéndose justo frente a la puerta principal y mirándome con preocupación.

La observo de verdad, deteniéndome en sus ojos.

—Sí —le respondo con una sonrisa que me nace del corazón—. Estoy... ilusionada, como no lo estaba desde hacía años. Y también un poco asustada, no voy a negarlo. Pero sobre todo ilusionada y con ganas de empezar.

Ella sonríe a su vez, y en su mirada reconozco un sentimiento muy parecido al mío.

—Se te ve en los ojos y es maravilloso —me asegura con convicción—. Me encanta estar aquí contigo, y poder acompañarte.

Aprieto su mano con más fuerza, dejando que sus palabras se instalen profundamente en mi interior y calmen cualquier duda restante. El frío nos envuelve, pero ya no me molesta en absoluto. Camino a su lado por las calles silenciosas y nevadas de Vall de Bruma, consciente de cada paso que damos juntas, de cada latido que resuena en mi pecho.

Quizá, todavía no tenga todas las respuestas. Quizás el camino que nos espera sea largo y lleno de obstáculos. Pero en este instante preciso, con su mano firmemente entrelazada con la mía, sé con absoluta certeza que poseo todo lo que necesito para seguir adelante.

CAPÍTULO 24

Los besos que no nos dimos
BEATRIZ

Unas horas más tarde

El cielo se ha bañado de un gris azulado espeso que promete una noche fría e intensa. Las luces del pueblo se encienden poco a poco, una tras otra, creando pequeñas burbujas doradas que desafían la oscuridad del invierno.

Camino al lado de Sara con una sensación completamente nueva en el pecho. No se trata solo de ilusión, ni tampoco de una simple calma; es algo mucho más complejo, repleto de matices y emociones que van de un lado a otro, transformándome de nuevo en aquella Beatriz que hace años vivía aquí y era feliz.

—¿Te apetece quedarte a cenar? —le pregunto, interrumpiendo el silencio que nos envuelve con suavidad—. Podríamos comprar algo rápido y prepararlo en casa, sin complicaciones.

Sara me lanza una mirada de reojo, y en su rostro se entremezclan el cansancio acumulado del día con una alegría que le ilumina la mirada y a mí me roba la sonrisa.

—Sí —contesta con naturalidad—. Me apetece muchísimo.

No agrega nada más y yo tampoco. Improvisar sobre la marcha, tomar decisiones ligeras y sencillas, dejarnos llevar. Siempre se nos ha dado bien hacer planes rápidos, y me encanta que podamos volver a sincronizarnos.

El supermercado del pueblo es pequeño y acogedor, con pasillos angostos y estanterías repletas de productos variados. Entramos sacudiéndonos el frío de encima, ajustándonos mejor

las bufandas, permitiendo que el calor del interior se nos pegue a la piel y caliente nuestros huesos.

Tomamos una cesta y empezamos a recorrer los pasillos sin prisa, como si el tiempo se hubiera estirado generosamente solo para permitirnos disfrutar de ese momento compartido.

—¿Qué te apetece comer? —le pregunto mientras me detengo frente al expositor de las verduras.

—Algo sencillo —responde ella con una sonrisa cansada pero sincera—. Que no nos complique demasiado la existencia. Lo que más me apetece es estar a tu lado.

Sonrío al escucharla porque esa frase pone en manifiesto todo lo que siente, lo que siento y sentimos.

Nunca imaginé que mi regreso a Vall de Bruma fuese a ser cómplice de este reencuentro, ni que el amor que alguna vez compartimos estuviera dormido bajo capas y capas de hielo. Pero ahora que la tengo cerca, que todo fluye como si nunca hubiese desaparecido, me siento feliz.

Escogemos los ingredientes para una ensalada sin discutir ni un solo detalle: un combo de lechugas, unas aceitunas, un poco de queso y nueves. La pasta fresca para el primero con su salsita de pesto. Una botella de vino. Nos movemos por el espacio con una naturalidad reconfortante, anticipando los gestos de la otra, completando mentalmente frases que ni siquiera llegan a pronunciarse. En un instante determinado, nuestras manos se rozan sobre un paquete de tomates cherry, y ese contacto breve e involuntario me provoca un estremecimiento callado que recorre todo mi cuerpo.

Ninguna de las dos retira la mano, solo nos miramos fijamente a los ojos, disfrutando de esta magia que corre a nuestro alrededor y nos invita a querer mucho más que esto.

Pagamos la compra y volvemos a salir al frío cortante de la calle, caminando juntas hacia la casa de mi abuela. Las bolsas no pesan demasiado, pero el silencio que nos acompaña se llena

de emociones y, sobre todo, de ese deseo por estar a su lado y sentirla cerca todo el tiempo.

Al entrar en casa, el calor del interior nos recibe y reconforta. Me quito el abrigo y lo cuelgo en el pechero como siempre. Sara imita mi movimiento, y durante unos segundos la observo sin ningún disimulo, la veo caminar e ir de un lado a otro como si en cierta medida, este lugar también le perteneciera a ella.

—¿Te importa si me pongo más cómoda?

—Para nada —le aseguro —. Siéntete como en casa.

Las palabras me brotan solas de los labios, sin filtro, y cuando soy consciente del tono que he usado, ya es tarde para retractarme. Sara me regala una sonrisa suave y cálida, de esas que lo reflejan todo y no dan tregua a la explicación. Ese era uno de nuestros tantos sueños, poder compartir casa, vivir juntas, disfrutar de la vida la una al lado de la otra. Sueño que terminó roto como tantos otros cuando nos separamos.

Nos repartimos las tareas de forma instintiva, sin necesidad de planificarlo. Yo pongo el agua a hervir en la olla grande, mientras ella se encarga de lavar las verduras con cuidado. La cocina se llena rápidamente de sonidos cotidianos y reconfortantes: el golpe rítmico del cuchillo contra la tabla de madera, el burbujeo del agua al calentarse, el roce inevitable de nuestros cuerpos cada vez que nos cruzamos en un espacio que, de repente, parece haberse vuelto notablemente más pequeño e íntimo.

—Hoy has estado realmente magnífica en el ayuntamiento —comenta ella sin levantar la vista del fregadero—. Me ha encantado verte así, tan decidida y firme.

Me detengo un segundo con el cucharón en la mano.

—No siempre me siento de esa manera —confieso con honestidad—. Pero con el paso de los días me he dado cuenta de que es una buena idea, y que no puedo esperar de brazos cruzados a que me lo den todo hecho. Además, ya hablé con mi

socio en Barcelona y... aunque las cosas no fueron bien, espero poder contárselo en cuanto sepamos algo del estudio.

—¿Tan mal fue la conversación?

—Estaba esperando mi regreso, y decirle que no volveré, le supo amargo.

—Ya veo... —murmura ella, apartando la mirada de las verduras para ponerlas en mí—. Solo espero que todo vaya tan bien que no te arrepientas de haber dado este paso.

Nuestros ojos se encuentran de nuevo, y hay algo en su manera de mirarme que altera mi corazón y mis sentidos.

Continuamos cocinando, pero la conversación se vuelve más pausada, más íntima y profunda. Hablamos de detalles pequeños y cotidianos: de sus alumnos y las travesuras que cometen en clase, de anécdotas divertidas del día que acaba de terminar, de recuerdos compartidos que resurgen con facilidad y nos hacen sonreír. Cada palabra que intercambiamos va tejiendo una red invisible que nos envuelve, acercándonos mucho más.

Cuando por fin nos sentamos a la mesa, la chimenea ya ha empezado a templar el ambiente, y el vino que hemos tomado mientras cocinábamos nos ha soltado la lengua. La comida resulta sencilla pero exquisita, y nos reímos al darnos cuenta de que hemos calculado mal las cantidades y hemos preparado ensalada para veinte personas como poco.

—Siempre cocinando de más... —me dice con una sonrisa burlona que le ilumina los ojos.

—Es una costumbre que heredé de mi abuela —le explico riendo—. Me gusta que haya abundancia en la mesa.

—¿Recuerdas cuando nos llenaba los platos hasta arriba?

Afirmo soltando una pequeña risa.

—Ya sabes lo que decía: «En casa no debe faltar de nada»

La palabra «casa» atraviesa una y otra vez mis oídos; puedo escuchar a mi abuela pronunciarla, caminar por este lugar con ese chal de lana sobre los hombros y esos delantales

viejos que llevaba siembre consigo. Ella amaba Vall de Bruma, me contagió el amor por este pueblo y gracias a su carta, es que he decidido quedarme para siempre. Volver aquí, reencontrarme con Sara, todo eran piezas que había perdido y que ahora encajan en esos huecos vacíos que arrastraba conmigo desde hacía años.

Después de cenar, recogemos sin prisa la mesa y nos marchamos a la cocina, para reordenar todo y fregar los cacharos. No existen silencios incómodos, solo una cercanía que crece con cada gesto compartido, con cada roce accidental. En un momento dado, nuestras manos se encuentran bajo el agua del fregadero, mojadas y resbaladizas, y cuando nos miramos, el mundo entero parece reducirse a ese espacio mínimo y cargado que nos separa.

—Bea… —susurra, pero no llega a completar la frase.

Hay instantes que no requieren explicación alguna, solo necesitan ser vividos plenamente. Me acerco un poco más hasta que puedo sentir su respiración cálida e irregular contra mis labios, y el deseo se instala en mi cuerpo con brusquedad.

—Si esto te parece que va demasiado rápido… —murmuro con cautela, ofreciéndole una salida que, en el fondo, no deseo en absoluto que acepte.

—No —me asegura ella con firmeza—. A mí no me lo parece en absoluto...

Sus palabras me acunan. Levanto la mano con mucho cuidado, como si temiera romper algo extremadamente frágil, y rozo su mejilla con las yemas de los dedos. Su piel está tibia, viva, suave, tal como la recordaba. Sara cierra los ojos solo un instante, inclinándose apenas hacia mi caricia, y ese gesto tan sencillo y confiado termina de derribar la última barrera que aún quedaba en pie entre nosotras.

La beso. Me entrego por completo a un beso lento y contenido, como si ambas estuviéramos recordando con ternura cómo se besa a quién has amado durante tanto tiempo.

No tenemos prisa, solo la necesidad de encontrarnos, reconocernos y volver a empezar con toda la calma del mundo.

El tiempo se diluye. Mis manos buscan su cintura con naturalidad, y ella responde apoyando las suyas en mis hombros, acercándose un poco más hasta eliminar casi por completo la distancia. El beso se profundiza gradualmente, se vuelve más seguro y más cargado de todo aquello que no nos dijimos durante tantos años de silencio y distancia.

Cuando nos separamos, lo hacemos con lentitud, apoyando la frente una contra la otra, compartiendo el mismo aire entrecortado.

—Estaba deseando besarte... —susurra ella.

—Pues a partir de ahora te vas a cansar de mis besos — respondo yo, con la voz en un susurro cargado de sentimientos.

Todo se queda ahí, en ese beso. Y, lejos de resultar frustrante o decepcionante, esa decisión nos envuelve en una ternura nueva, más madura y más consciente que cualquier urgencia vivida en el pasado.

Nos quedamos así un buen rato, abrazadas en medio de la cocina, sabiendo con absoluta seguridad que lo que acaba de ocurrir representa el comienzo de algo real, algo que esta vez estamos plenamente dispuestas a cuidar.

Porque el amor, no solo necesita de otro amor para existir; sino que todo lo que forma parte de nuestra vida, se alinee y nos permita disfrutarlo con intensidad.

CAPÍTULO 25

Mucho más que besos
SARA

Valdebruma,
Miércoles, 28 de enero del 2026

El reloj marca las diez de la noche, y el frío del invierno se cuela a través de las rendijas de las ventanas empañadas de la finca de la yaya Alberta, así era como yo la llamaba, y como la llamaré toda la vida. Afuera, la nieve ha dado un descanso y Vall de Bruma descansa bajo un manto de estrellas que vibra en la inmensidad de la noche, amortiguando los sonidos del mundo. Sin embargo, en el interior, en el salón, el aire vibra con una intensidad que me acelera el corazón.

El fuego crepita, bailando sobre la leña, proyectado sombras que danzan sobre las paredes viejas, cargadas de fotos antiguas y estanterías repletas de figuras de porcelana polvorientas. El aroma a leña quemada se mezcla con el perfume de Beatriz, vainilla y jazmín, avivando y despertando mis sentidos. Estamos en el sofá, con las piernas entrelazadas, disfrutando del roce de nuestra piel y de esas sensaciones que nos recorren.

Estos últimos días, desde aquel beso en la cocina, han estado llenos de emociones. Todo ha cambiado entre nosotras. Los muros que construí durante años de separación se han derrumbado como castillos de arena bajo una ola inesperada; Bea y yo nos buscamos sin parar, a todas horas del día, como si fuéramos dos adolescentes redescubriendo el mundo a través de las manos. Pero ya no somos niñas; somos mujeres que han vivido demasiado, y eso hace que cada caricia esté más cargada

de significado. Me ilusiona esta segunda oportunidad, pero también me invaden —de forma muy sutil— los nervios, como si temiera que este sueño se desvanezca si lo aprieto demasiado.

Ahora, en este momento, Beatriz está recostada contra los cojines mullidos del sofá del salón, con el pelo suelto cayéndole sobre los hombros como una cascada oscura y sus ojos, que reflejan el fuego de la chimenea, me observan con una ternura y deseo que me hace sentir expuesta, vulnerable, amada y deseada. Me inclino hacia ella, y mis labios encuentran los suyos en un beso suave, lento, que en cuestión de segundos se intensifica. Sus manos se deslizan por mi espalda, atrayéndome más cerca, y yo respondo sentándome horcajadas sobre su cuerpo. Ella se incorpora y desliza con más facilidad las manos, produciendo un escalofrío de placer que recorre mi piel; siento su calor contra el mío, los latidos acelerados de su corazón sincronizándose con los míos. Todo es perfecto. Nuestro.

—Sara... —murmura contra mi boca, con ese tono de voz ronco y entrecortado—. No sé si voy a poder parar esta vez...

—No lo hagas...

Le exijo y de inmediato, puedo observar en sus ojos como mis palabras han avivado un fuego que lleva días ardiendo en su interior. Pienso en cómo hemos llegado hasta aquí, en el dolor que nos infligimos, en los años de silencio, en nuestras vidas separadas, en las decisiones erróneas que tomamos, en la distancia... y en este momento, este reencuentro que parece un regalo del destino. No quiero parar, aunque parte de mí se pregunta si estamos listas, si este deseo no nos consumirá antes de tiempo. Apoyo mis manos en sus hombros, sintiendo la firmeza de sus músculos bajo la tela fina del jersey que lleva puesto, y profundizo el beso, dejando que mi lengua explore la calidez de su boca. El sabor del vino tinto que compartimos durante la cena persiste, dulce y embriagador, mezclado con el salado de nuestra excitación.

Mis dedos se enredan en su pelo, tirando suavemente de él para inclinar su cabeza hacia atrás y exponer su cuello. Bajo mis labios hasta allí, besando su piel, arrancando un gemido que despierta mis sentidos y me hace sonreír. Su mano se desliza por mi muslo, subiendo lentamente hasta llegar a mi cadera, donde se detiene, apretando con una posesividad que me hace suspirar. Algunos cojines caen al suelo ante nuestro movimiento, y el calor de la chimenea se suma al que emana de nuestros cuerpos, haciendo que el aire se vuelva espeso.

Me separo un instante para mirarla, para absorber la belleza de sus ojos y el sonrojo de sus labios provocado por nuestros besos. «¿Cómo pude vivir sin esto?», me pregunto en silencio, mientras una oleada de ilusión me invade. Esta es nuestra segunda oportunidad, y la siento tan real, tan tangible, que me asusta. Pero el deseo eclipsa el miedo; quiero más, necesito sentirla completamente.

—Vamos arriba... —le pido casi en un susurro. Mis pensamientos giran en espiral y los recuerdos de nuestras noches pasadas, cuando éramos más jóvenes y el mundo parecía infinito, se entremezclan con el presente, donde cada toque lleva el peso de lo perdido y recuperado—. Ya no lo aguanto más...

Ella sonríe y atrapa mi cara entre sus manos.

—Ni yo tampoco, Sara... —Sus manos acarician mis mejillas. Siento la textura suave de su piel trazando círculos, generando un cosquilleo que atraviesa mi espalda—. Vámonos de aquí.

Sonrío con diversión, le robo un último beso y me separo de ella tendiéndole una mano para que me siga. Y lo hace. Durante los minutos que nos lleva subir a la primera planta y caer en su cama, nos besamos con urgencia, reímos, suspiramos, nos permitimos soñar a lo grande.

Su cuerpo cae sobre las colchas mullidas, Beatriz se quita la ropa que lleva puesta y yo hago lo mismo antes de deslizarme

sobre ella buscando fricción, buscándola a ella. Nuestros cuerpos se frotan, se presionan y percibir la suavidad de su piel contra la mía, me excita. Siento sus pezones endurecidos aprisionándose contra los míos, y un calor líquido expandiéndose entre mis piernas. Sus manos exploran mi espalda, bajando hasta mi trasero, donde aprieta con fuerza, atrayéndome aún más cerca. El roce de nuestras caderas me roba un gemido, y el deseo se vuelve una marea que amenaza con arrastrarnos.

Hemos estado así otras noches, magreándonos en este mismo sofá que hemos dejado atrás, probando los límites de nuestra contención. Pero esta vez es diferente; el aire está cargado de una electricidad que podría cortar con una tijera, como si el invierno nos hubiera confinado en esta casa para forzarnos a enfrentar lo inevitable. La nieve afuera cae en copos gruesos, visibles a través de la ventana, creando un contraste etéreo con el calor que nos envuelve. Pienso en cómo Vall de Bruma, con sus calles empedradas y sus montañas nevadas, se ha convertido en el telón de fondo perfecto para esta historia renacida. Aquí, lejos del bullicio de las ciudades, podemos ser nosotras mismas, sin máscaras ni prisas.

—Dime qué sientes... —le pido, separándome apenas para respirar. Mis labios rozan su oreja, y noto su estremecimiento. Quiero escucharlo de ella, necesito que su voz confirme que esto no es solo un sueño fugaz.

Beatriz exhala un suspiro tembloroso y sus dedos se clavan en mi piel.

—Siento que te he esperado toda la vida. Este deseo... me quema por dentro. Es como si cada parte de mí te reconociera y te reclamara al mismo tiempo. —Sus ojos se clavan en los míos, brillando con una emoción que compartimos. Pienso en mis emociones; el miedo a que el pasado se repita, a que la distancia nos separe de nuevo. Pero su sinceridad es tan real que disipa las dudas con la misma facilidad que el fuego derrite la nieve.

Asiento, incapaz de hablar. Su dormitorio se empequeñece, la oscuridad de la noche cae sobre nosotras y mis manos recorren su piel con suavidad, notando el calor que irradia de ella y el leve temblor de anticipación. Mis dedos trazan patrones invisibles sobre su vientre, bajando hasta pararse en el borde de sus bragas. El deseo me nubla la mente, pero me obligo a ir despacio, a saborear cada segundo.

—Quiero hacerte el amor como tantas veces lo hice en el pasado… —murmuro con la voz cargada por la excitación. En mi interior, una voz susurra que esto es lo que siempre hemos merecido: un amor sin prisas, uno sin la distancia como principal compañera de viaje, que se construye capa a capa y se disfruta a cada segundo.

Ella niega, con una de sus manos guiando la mía hacia romper los límites de la intimidad.

—Hazme el amor ahora, sin pensar en el pasado… Sara… — Sus palabras me recuerdan que nuestro pasado no se parece en nada a nuestro presente, que ya no soy aquella jovencita que apenas conocía donde tocar, que exploraba su cuerpo sin saber dónde morder o qué acariciar.

Mis dedos se deslizan y noto de inmediato la humedad contenida entre sus pliegues. Bea arquea la cadera y un gemido escapa de sus labios en el momento en que intensifico las caricias. El tacto es eléctrico, suave y cálido, y me pierdo en la sensación de explorarla, de redescubrir su cuerpo como si fuera la primera vez. Regreso a sus labios ante su insistencia, y sus besos se vuelven más frenéticos, mordisqueando mi labio inferior, mientras que sus manos acarician mis pechos con una delicadeza que contrasta con la pasión que crece entre ambas.

El tiempo se estira, los minutos se transforman en horas mientras nos perdemos en el acto de follarnos. La cama se convierte en nuestro universo, el frío que se cuela a través de las paredes de la casa en el ritmo que acompasa nuestros jadeos. Siento como poco a poco el orgasmo se va construyendo en ella,

cómo sus músculos se tensan bajo mis caricias, y acelero el ritmo, queriendo llevarla al borde; quiero todo de ella.

Noto sus manos arrastrándose por mi espalda y de pronto, alcanzando mi sexo con la misma fiereza con la que yo la toco, y cuando sus dedos se adentran en mi interior, todo se tambalea a mi alrededor.

El deseo late en mis venas, insoportable; me muevo, mis caderas piden por más, y cuando siento que el placer toma el control por completo de mi ser, la beso y segundos después, nos dejamos llevar por esas emociones que tiempo atrás creímos acabadas y que ahora resurgen con la misma fuerza que entonces, pero con más seguridad de la que una vez tuvimos.

CAPÍTULO 26

El sabor dulce del amor
BEATRIZ

Vall de Bruma,
Jueves, 29 de enero del 2026

El reloj marca las seis y media cuando abro los ojos. La habitación está envuelta en una penumbra azulada; la luz del amanecer se filtra por las rendijas de las persianas, dibujando líneas finas y oblicuas sobre las paredes de piedra. Afuera, Vall de Bruma duerme bajo una capa nueva de nieve que cayó inesperadamente durante la noche, espesa y silenciosa, amortiguando cualquier sonido. El pueblo entero parece suspendido en una pausa perfecta, como si nadie se atreviera todavía a romper la calma. Dentro, en cambio, el calor de nuestros cuerpos persiste bajo las mantas gruesas, y el aroma sutil a sexo y a sudor se mezcla con el leve olor a cerrado que desprende la casa, un perfume que ya siento como propio.

Sara está acurrucada contra mí, con su espalda encajada contra en mi pecho y mi brazo rodeando su cintura de forma instintiva, protectora. Su cuerpo se adapta al mío como si no hubiéramos pasado años separadas. Siento su respiración lenta y profunda, el vaivén suave de sus costillas bajo mi mano, el calor concentrado en la curva de su vientre. Cada vez que exhala, una paz densa me invade. Anoche, después de aquella cena que compartimos y de la noche junto a la chimenea, todo estalló. O quizá no estalló: simplemente dejamos de contenernos y fluyó.

El deseo que llevábamos acumulando desde hacía días se desbordó, sin prisa, pero sin posibilidad de vuelta atrás. Nos

desvestimos la una a la otra como si jamás lo hubiésemos hecho, nos besamos cada rincón como si quisiéramos recordar aquello que creíamos olvidado, y exploramos nuestros cuerpos a sabiendas de que ya conocíamos centímetro a centímetro la una a la otra.

Incluso ahora, al recordarlo, noto cómo se me eriza la piel. Puedo revivir el roce de sus dedos temblando ante la necesidad de tocarme; la emoción bailando en sus ojos; cómo mis labios recorrieron su cuello, bajando despacio, saboreándola mientras ella gemía mi nombre. Recuerdo el contraste entre el frío del aire y el calor de su piel, la humedad cálida que encontré entre sus piernas cuando invadí su sexo con mis dedos, el modo en que su cuerpo respondió al mío sin reservas.

Hicimos el amor con una urgencia que nada tuvo que ver con el deseo físico. Era como si cada embestida, cada roce, cada movimiento compartido, borrara un año entero de ausencia, de dudas, de silencios. Follamos, sí, con toda la intensidad que merecíamos; con el cuerpo empapado en sudor, las uñas clavándose en la piel, con nuestros gemidos llenando la habitación y rebotando contra las paredes de piedra hasta que el placer nos atravesó a las dos al mismo tiempo. Recuerdo aquella ola imparable que nos dejó temblando, abrazadas, exhaustas y sonrientes, con el corazón desbocado y la seguridad de haber vuelto a casa, a ese espacio seguro escondido en nuestros corazones.

Ahora, mientras nos rodea el silencio de la mañana, deposito un suave beso en su hombro desnudo y me quedo ahí unos segundos más, aspirando su olor, memorizándolo. No quiero despertarla tan pronto, pero sé que hoy tiene clases en el colegio, y la rutina, para ella, es tan importante como el descanso.

Me incorporo con cuidado, apartando las sábanas lo justo para evitar que el frío roce su cuerpo, y la observo un momento más. Su pelo oscuro se extiende sobre la almohada como un

abanico, y una sonrisa suave surca sus labios, como si estuviera ocurriendo algo bonito en sus sueños. Me pregunto si estará soñando conmigo, con nosotras, con esta vida que estamos empezando a reconstruir despacio.

Me levanto del todo y tras ponerme algo de ropa, me envuelvo en una bata gruesa de lana. Bajo a la cocina en silencio; el suelo de madera cruje bajo mis pies descalzos, recordándome que la casa es vieja, pero que sigue viva a pesar de esas pequeñas imperfecciones. El frío del invierno se cuela por las rendijas de las ventanas, mordiéndome los tobillos. Enciendo la cafetera y preparo el desayuno con calma, como si no tuviera prisa. Tuesto el pan que trajo Sara de la panadería y coloco la mantequilla junto a la mermelada de frutos rojos —mi favorita— en una pequeña bandeja. El aroma del café comienza a llenar la casa, reconfortante, familiar, envolvente y lleno dos tazas. Lo último que me queda es pelar y cortar algo de fruta.

Cuando subo con la bandeja hacia el dormitorio, Sara ya se ha despertado. Se gira un poco, frunce el ceño, abre los ojos del todo. Parpadea confusa durante un segundo, hasta que pone atención en mí y su sonrisa se amplía, perezosa, cálida, de esas que nacen sin esfuerzo. Estira los brazos hacia mí, reclamándome.

—Buenos días, preciosa —susurra con la voz aún ronca, grave por el sueño—. ¿Qué hora es? No quiero llegar tarde.

—Las siete menos cuarto —respondo, dejando la bandeja en la mesilla y sentándome al borde de la cama—. Te he traído el desayuno aquí para que ganes algo de tiempo. Café fuerte, como te gusta.

Ella se incorpora, apoyándose en los cojines, y el edredón resbala un poco, dejando al descubierto sus hombros y el inicio de sus pechos, aún marcados por mis labios y mis manos. Me mira con una mezcla de ternura y picardía que me acelera el pulso.

—Eres increíble —dice, negando despacio con la cabeza—. Gracias.

Compartimos el desayuno en la cama. Al principio, en silencio, saboreando la tranquilidad del momento, el crujido del pan, el calor de la taza entre las manos. Nuestros pies se rozan bajo las sábanas, y de vez en cuando intercambiamos besos breves, dulces, que saben a café y a mermelada. Pienso en lo natural que se siente todo esto: despertarnos juntas, cuidarnos, planear el día como si siempre hubiera sido así.

—¿A qué hora terminas hoy? —pregunto mientras recojo las tazas vacías.

—A las dos. Los jueves salgo antes —contesta, apartándose un mechón de pelo del rostro—. ¿Te apetece que comamos juntas? Podría pasar por aquí al salir, o encontrarnos en el pueblo.

—Ven aquí cuando termines —propongo, inclinándome para besarla de nuevo—. Prepararé algo para llevar e iremos a dar una vuelta. Quiero que demos un paseo por el lago. Que vayamos a ver esa casona abandonada; la que nos gustaba tanto cuando éramos unas niñas.

—La que sigue en pie como si el tiempo se hubiese paralizado —comenta con una sonrisa—. ¿Para qué quieres ir?

—Para echar un vistazo a la decoración. He pensado que podría darle ese toque al hotel...

—Perfecto —dice, y en su voz hay una ilusión que se me contagia—. No veo la hora.

La ayudo a vestirse, aunque más bien la distraigo. Mis manos se detienen en su espalda mientras le abrocho el sujetador, mis labios rozan su cuello cuando le paso el suéter por la cabeza. Ella ríe, me empuja con suavidad, pero sin demasiada convicción. Terminamos besándonos contra la puerta del armario, con una urgencia que nos recuerda lo de anoche y lo fácil que es volver a perdernos la una en la otra. Al final, el reloj impone su autoridad y Sara se separa, jadeante.

—Tengo que irme o no llegaré a tiempo —murmura, aunque sus ojos dicen exactamente lo contrario.

La acompaño hasta la puerta. Afuera, el aire es cortante, el cielo está despejado y el suelo cruje bajo la nevada de anoche. Nos despedimos con un abrazo largo, un beso que intenta contener lo que sentimos y eso a lo que aún no le hemos puesto palabras. La veo alejarse por la calle, con su mochila al hombro y la bufanda bien subida, y no cierro la puerta hasta que dobla la esquina y desaparece.

***

El silencio se adueña nuevamente de la casa en cuanto cierro la puerta a mi espalda. Me quedo plantada unos segundos en el centro del salón, abrazada a mí misma, como si el mundo entero se hubiera detenido de golpe y yo precisara de unos instantes para acostumbrarme a esta quietud repentina que lo invade todo.

Quedan pocos días para que se termine un mes de enero que se ha aferrado a este pueblo con tenacidad, llenándolo todo de nieve, cubriendo el cuerpo en un manto blanco que desde las ventanas brilla gracias a los rayos pálidos del sol.

Camino descalza hasta el salón, notando el frío del suelo bajo las plantas de los pies. La casa de mi abuela parece pertenecer a otro tiempo, a otro mundo, a uno más lento que el resto. Siempre me ha parecido serena y protectora, como ella.

Me dejo caer en el sofá soltando un suspiro que llevaba dentro, acumulado desde que Sara y yo nos besamos y tuvimos que apartarnos para permitir que ella no llegase tarde al trabajo. Apoyo la espalda contra los cojines y cierro los ojos solo unos segundos. La imagen de Sara se introduce en mi mente sin pedir permiso alguno. Me sorprendo sonriendo sola en la penumbra del salón y abro los ojos de nuevo, plenamente consciente de que aún me resulta extraño sentir tanta felicidad a su lado.

Las cartas que mi abuela escribió para mí y que escondí hace días en la cómoda, ahora descansan en la misma caja que las encontré justo delante de mí. Me quedo observándola como si pudiese leerlas sin tener que abrirlas. Aún no sé por qué no me he animado a abrir cada sobre, pero ya no hay nada que me frene, así que decido buscar aquella que posee el número dos.

La tomo entre mis manos y sonrío al reconocer la letra de mi abuela: firme, elegante, con una inclinación apenas perceptible hacia la derecha que siempre me pareció característica de ella. Siempre pensé que su caligrafía reflejaba perfectamente su personalidad, esa mezcla de fuerza y delicadeza.

Respiro hondo varias veces antes de abrir el sobre.

«Querida Bea», comienza, como siempre.

El simple hecho de leer mi nombre escrito de su puño y letra provoca que se me cierre la garganta. Me acomodo mejor en el sofá, cruzo las piernas con comodidad y permito que el mundo se reduzca a este salón, a este silencio envolvente y a estas palabras que nunca me llegaron, pero que ahora parecen encontrar su lugar en mi corazón.

Mi abuela no inicia la carta hablando de amor directamente. En su lugar, habla de orgullo, un orgullo sereno y profundo por mí.

Leo con mucha lentitud, dejando que cada frase se asiente dentro de mí como si fuera una semilla que necesita tiempo para germinar. Me confiesa que se siente inmensamente orgullosa de mí, orgullosa de mi valentía, de mi empeño constante, de no haber optado nunca por el camino fácil cuando tantos esperaban que lo hiciera por comodidad. Me habla de decisiones difíciles, de riesgos asumidos con conciencia, de la importancia vital de no traicionarse nunca a una misma, de mantenerse fiel a lo que una cree de verdad.

Noto cómo se me encoge el corazón. Nunca he sido buena reconociendo mis propios logros, tampoco soy capaz de darles

el valor que merecen. Siempre creí que lo que hacía era simplemente lo mínimo, lo que cualquiera habría hecho en mi lugar. Leer ahora a mi abuela nombrando cada uno de esos pasos que he dado con tanto cariño, otorgándoles el peso y la importancia que se merecen, transforma mi corazón en algodón de azúcar.

Continúo leyendo con el corazón latiendo a toda prisa.

Ella me cuenta que siempre deseó para mí una vida que me llenara de verdad, que me hiciera sentir plena en lo más hondo. No una vida perfecta ni impecable, no una vida tranquila a cualquier precio, sino una vida honesta y auténtica. Afirma que nunca le importó el qué, sino el cómo lo viviera yo. Que encontrara un trabajo que me hiciera feliz de verdad, que me permitiera crecer sin límites, aprender de cada experiencia, equivocarme las veces necesarias sin miedo al fracaso. Que me sintiera realizada como mujer, no desde lo que los demás esperasen o impusieran, sino desde lo que yo misma fuese capaz de reconocer como propio y genuino.

Apoyo el papel sobre mis rodillas y dejo escapar una risa breve e incrédula, mezcla de sorpresa y emoción.

—Siempre lo supiste todo —murmuro en voz baja, como si ella pudiera escucharme desde algún lugar—. Incluso cuando yo estaba completamente perdida y no lo veía.

Recuerdo con nitidez mis años de universidad, las dudas constantes que me asaltaban, las veces que pensé que estudiar turismo no era suficiente, que quizá debería haber elegido algo más «seguro» y estable según los cánones tradicionales. Recuerdo las miradas de incomprensión de quienes no entendían por qué me obstinaba en algo que les parecía tan etéreo, tan poco concreto y práctico. Y ahora, sentada en esta casa que tanto amo, pensando en convertirla en un hotel rural lleno de vida, en un espacio de acogida cálida y de historias compartidas entre desconocidos, todo encaja, como si las piezas de un puzle largamente olvidado se unieran de golpe.

Prosigo con la lectura, incapaz de parar.

Mi abuela habla de los sueños con sencillez. No los presenta como algo grandilocuente ni inalcanzable, sino como pequeñas luces frágiles que una aprende a proteger del viento con paciencia y cuidado. Me advierte que no hay nada más triste que una vida vivida desde el miedo constante, y que, si alguna vez dudo de mi camino, recuerde que la felicidad no siempre se reconoce de inmediato cuando llega, pero el vacío que deja su ausencia sí se nota siempre, de forma implacable.

Trago saliva con dificultad y pienso en todas las ocasiones en que abandoné Vall de Bruma convencida de que no había nada aquí que me retuviera. En cómo asocié este lugar con pérdidas irreparables, con silencios incómodos que pesaban toneladas, con un pasado que no supe sostener ni entender en su momento. Ahora, en cambio, siento que el pueblo entero me observa con una paciencia infinita, como si hubiera sabido desde siempre que un día regresaría para quedarme.

No me pregunta directamente si soy feliz en ese momento de mi vida. No lo necesita, porque lo intuye. Me dice que espera con todo su corazón que lo sea, y que si no lo soy del todo, que tenga el coraje suficiente para buscarla de nuevo, sin rendirme jamás.

Apoyo la cabeza en el respaldo del sofá y cierro los ojos un momento. Las emociones se transforman en lágrimas y mientras sonrío, caen con suavidad, mezclándose con la sensación de que nadie como ella era capaz de comprenderme. Y que lo sigue haciendo incluso cuando no está.

Cuando retomo la lectura, la letra de mi abuela parece volverse más suave. Escribe que, aunque no siempre supo encontrar las palabras precisas para decírmelo, confió en mí incluso en los momentos más oscuros en los que yo misma dudaba profundamente de mis capacidades. Que observar cómo me abría camino con tenacidad, cómo insistía una y otra vez,

cómo volvía a empezar tras cada tropiezo, fue una de las mayores alegrías que le regaló la vida.

Una sonrisa amplia se dibuja en mis labios sin que pueda evitarlo.

Miro a mi alrededor, recorriendo el salón con la vista: los muebles de madera oscura, las fotografías antiguas enmarcadas, la luz que se filtra suavemente por las cortinas semitransparentes. Todo está impregnado de su esencia, de su presencia, de su forma particular de amar.

Termino la carta con una calma interior que me sorprende gratamente. No siento ninguna urgencia por doblarla y guardarla de inmediato. La dejo reposar sobre mis piernas, como si estuviera hablándome en voz baja, compartiendo su sabiduría.

Pienso en Sara, en cómo me anima sin empujarme nunca, en cómo respeta mis tiempos y mis silencios comprendiéndolos incluso mejor que yo. Pienso en el proyecto del hotel rural, en las habitaciones que aún no existen pero que ya imagino llenas de luz, en los huéspedes que todavía no han llegado pero que traerán sus propias historias, en los relatos que se escribirán entre estas paredes centenarias.

Todo parece estar conectado de una forma hermosa y natural.

Me levanto despacio y camino hasta la ventana en silencio. Apoyo la frente contra el cristal frío y observo el exterior con atención. La nieve comienza a empezado a de nuevo, fina y casi imperceptible, como un velo suave que cubre el pueblo.

—Gracias, yaya... —susurro casi sin poder rescucharme—. Por creer en mí mucho antes de que yo pudiera hacerlo por mí misma.

Regreso al sofá y doblo la carta con mucho cuidado, devolviéndola a su sobre original. La coloco junto a las demás, sabiendo con certeza que volveré a leerla en múltiples ocasiones. Hay palabras que nunca se agotan, que se

transforman y adquieren nuevos significados según el momento vital en el que uno las recibe.

Me recuesto de nuevo contra los cojines y permito que la tranquilidad me envuelva como uno de sus cálidos abrazos. No todo está resuelto aún, lo sé perfectamente. Vendrán dificultades inesperadas, decisiones complejas que pondrán a prueba mi determinación, miedos antiguos que reaparecerán en los momentos más inesperados. Pero ahora, por primera vez en muchísimo tiempo, no me siento sola frente a ellos.

La casa de mi abuela no es solo un recuerdo nostálgico del pasado. Es un punto de partida sólido hacia el futuro.

Y yo, por fin, estoy plenamente preparada para quedarme y construir aquí lo que siempre soñé.

CAPÍTULO 27

El sabor dulce del amor
SARA

Unas horas más tarde

El día se me ha hecho verdaderamente eterno, como si las horas se estiraran a propósito para ponerme a prueba.

Desde que llegué al colegio tuve la sensación de estar viviendo a medias, como si una parte de mí hubiera abandonado el aula mucho antes de que sonase el timbre marcando el final de la jornada. Corregí las fichas de los niños con una atención tan volátil como los copos de nieve del exterior, sonreí a los niños cuando me miraban expectantes mientras que en mi interior solo pensaba en que el reloj avanzase más rápido. Solo pensaba en Beatriz, en todo lo vivido estos días, en lo que sucedió anoche y en cómo mi cuerpo sigue sintiéndola a pesar de no tenerla cerca.

Cuando por fin recojo mis cosas y me coloco el abrigo, siento un cosquilleo nervioso en el estómago. No es que sea la primera vez que quedamos, ni mucho menos, pero desde que todo cambió entre nosotras, tenerla cerca se ha convertido en una experiencia nueva, en todo eso que me gustaría vivir y disfrutar día a día.

Beatriz me espera junto a mi coche, apoyada contra la puerta, con las manos metidas en los bolsillos para combatir el frío. Al ver cómo me acerco a ella, levanta la cabeza y me dedica esa sonrisa suya, tan tranquila y honesta, que borra cualquier duda que pueda tener y destruye cualquier barrera que pueda quedar.

—¿Lista para la aventura? —pregunta con voz suave mientras se acerca a mí y me envuelve entre sus brazos.

—Más de lo que parece a simple vista —respondo, intentando que mi tono suene ligero y despreocupado, aunque por dentro el corazón me late con fuerza.

Busco las llaves, abro el coche y subo, cerrando la puerta con cuidado. En el interior, gracias a la calefacción que comienza a funcionar de inmediato, reina un calor acogedor que contrasta con el exterior helado. Ese cambio brusco de temperatura me arranca un suspiro de alivio involuntario. Arranco el motor en cuanto Bea se abrocha el cinturón y dejamos atrás el pueblo poco a poco.

—He traído unos bocadillos. Por si se nos abría el apetito. Pero, quizá podríamos ir al bar de Pau. Por alguna razón, se me ha antojado ese estofado de setas.

—Creo que es el mejor plan.

El trayecto hasta el lago transcurre en un silencio sereno, pero en absoluto incómodo. Al contrario, nos acompaña y permite que nuestra mente descanse del ruido constante. La carretera serpentea entre árboles completamente desnudos, cuyas ramas cargadas de nieve dibujan sombras efímeras contra la carretera que se abre paso frente a nuestros ojos.

—Hace mucho tiempo que no venía por estos caminos —comenta Beatriz sin apartar la vista de la carretera—. Este lugar siempre me ha gustado muchísimo.

—Tiene algo especial, casi mágico —le contesto con sinceridad.

Beatriz asiente pensativa, como si mis palabras resonaran en su interior.

Cuando aparcamos, el lago se extiende ante nosotras como una superficie de cristal opaco. La nieve cubre por completo la orilla con una capa uniforme y brillante, y las montañas lo rodean. El silencio que reina es tan profundo que casi se puede

tocar, apenas interrumpido por el crujido suave de nuestros pasos al bajar del coche y pisar la nieve fresca.

La casona se alza un poco más allá, entre árboles altos y matorrales que han reclamado su espacio a lo largo del tiempo. Es grande, imponente, con una belleza antigua y melancólica que no ha desaparecido a pesar del abandono. Las paredes muestran grietas profundas cubiertas de hiedra seca y marchita, las ventanas están rotas en algunos casos o tapiadas con tablas viejas, pero aun así… sigue conservando una hermosura indiscutible que te atrapa nada más verla.

—Es realmente impresionante —murmuro sin darme cuenta de que lo digo en voz alta, casi como si hablara conmigo misma.

—Lo es, sin duda —coincide Beatriz con una sonrisa—. Y eso que el invierno no le hace precisamente ningún favor.

Nos acercamos con cautela, atentas al terreno resbaladizo. Beatriz me ofrece la mano sin pensarlo dos veces, en un gesto instintivo y protector. La tomo con gratitud. Su mano es firme, cálida, reconfortante, y por un instante fugaz me pregunto si ella será consciente del torbellino de emociones que desata en mí con gestos tan simples y naturales como este.

Entramos en la casona empujando una puerta pesada que se abre acompañada de un chirrido constante, como si la casa misma protestara por la intrusión. El interior huele a madera húmeda y envejecida, a naturaleza que avanza inexorable reclamando su territorio. La luz del día entra a duras penas a través de los huecos de las ventanas, dibujando haces pálidos y polvorientos que atraviesan el aire cargado y quieto.

—Ten mucho cuidado por dónde pisas —me advierte Beatriz con tono preocupado—. El suelo no está en las mejores condiciones.

Asiento con la cabeza y avanzo despacio, observando cada detalle con atención. El estilo de la construcción me resulta inmediatamente familiar, acogedor incluso en medio de su

evidente abandono. Techos altos con vigas robustas de madera vista, paredes amplias y generosas, restos de lo que sin duda fueron estancias luminosas y llenas de vida en otro tiempo.

—Tiene un carácter muy marcado —comento en voz baja, casi con reverencia—. Puedo imaginarla perfectamente llena de vida otra vez, con gente entrando y saliendo.

Beatriz sonríe ampliamente, como si mis palabras confirmaran algo que llevaba tiempo rondándole la cabeza y que necesitaba oír en voz alta.

—Esa es exactamente la idea que tengo para el hotel —confiesa con entusiasmo contenido—. Quiero que se note que la finca de mi abuela ha vivido mucho, que tiene historia propia, permitir que aquellos que la visiten, puedan conocerla.

Aunque la escalera que lleva al piso de arriba está medio destartalada, subimos y recorremos las habitaciones una a una. Beatriz va señalando espacios, explicando sus ideas, dejando que su entusiasmo se filtre en cada palabra que pronuncia y se me contagie. Habla de materiales, de colores cálidos, de textiles suaves y acogedores que hagan que uno quiera quedarse para siempre. De chimeneas crepitando en las noches de invierno, de grandes mesas compartidas donde se reúnan los huéspedes a contar anécdotas, de ventanas abiertas de par en par en las tardes soleadas de verano.

—Estaba pensando en ampliar un poco el salón, quizá tomar las dos habitaciones de abajo —explica mientras señala una estancia especialmente grande—. Así podría colocar un lugar para leer, y charlar o simplemente para estar.

La escucho con toda mi atención, absorbiendo cada detalle, imaginando como se verá todo, pero también siento una punzada suave y persistente en el pecho que no logro ignorar. Su ilusión resulta tan contagiosa que no puedo evitar proyectarme en ese futuro que describe con tanta claridad y pasión. Me imagino llegando allí después de un día largo en el colegio, dejándome caer en uno de esos sillones mullidos,

compartiendo con ella el cansancio acumulado y las pequeñas victorias del día.

Seguimos avanzando por el interior, habitación tras habitación.

—Y en la parte trasera, donde está el terreno.... —continúa Beatriz con los ojos brillantes—, he pensado que sería una idea magnífica ampliar el edificio. Comprar el solar que está justo al lado. No para el hotel en sí, sino para algo mucho más personal y propio.

La miro con curiosidad, expectante, esperando que desarrolle la idea.

—¿Tu casa particular? —pregunto, intuyendo ya la respuesta.

—Sí, exactamente —confirma ella con una sonrisa serena —. Un espacio completamente mío. Separado del hotel para mantener la privacidad, pero lo suficientemente cerca.

Asiento lentamente, procesando sus palabras, pero algo se remueve inquieto dentro de mí.

Beatriz sigue hablando, cada vez más inmersa en su visión detallada. Describe estancias llenas de luz natural, distribuciones pensadas, cómo quiere que fluya su rutina en ese lugar. Yo la escucho con atención, de verdad que lo hago, pero hay momentos en los que me siento como si estuviera observando toda la escena desde fuera, como una espectadora que contempla un cuadro hermoso en el que no aparece retratada.

Me descubro pensando en plural. En un «nosotras» que no surge en ningún momento de su discurso, que parece ausente y que se abre paso dentro de mi corazón como lo hace una raíz en la tierra.

—Sería una auténtica locura poner en práctica todo esto, lo reconozco —admite con una pequeña risa autocrítica—. Pero no la imagino de otra manera. Así sería perfecta.

—No suena a locura —le aseguro con convicción—. Ese proyecto debe definirte y todas estas ideas lo hacen.

Beatriz me mira con una gratitud inmensa en los ojos, y esa mirada tan cálida me duele un poco en el fondo. Porque en ella no hay ni rastro de malicia, ni la menor intención de excluirme. Simplemente… no me incluye en esa imagen futura que tiene tan clara y aunque me encantaría estarlo, debo reconocer que pensar en ello es algo demasiado intenso y apasionado.

Avanzamos hasta lo que sin duda fue el salón principal en su día. El techo aún conserva una lámpara antigua y elegante, cubierta por una gruesa capa de polvo, y el suelo cruje de forma inquietante bajo nuestros pies a cada paso.

—Así imagino el verdadero corazón del hotel —explica con voz llena de emoción.

La observo con detenimiento mientras habla, mientras se mueve por el espacio como si se encontrase caminando por su propio sueño hecho realidad. Resulta tan fácil admirarla en ese estado de pasión. Tan fácil quererla con toda el alma…

Es precisamente esa facilidad lo que más me asusta en este momento. Porque mientras ella sueña en voz alta y comparte su visión conmigo, yo comienzo a soñar en silencio, a construir mis propias imágenes. Me imagino despertando a su lado cada mañana, compartiendo desayunos tranquilos a su lado, tomando decisiones pequeñas del día a día juntas, disfrutando de tardes como esta pero con la certeza de que no terminarán. Me imagino con ella, paseando por Vall de Bruma de la mano.

Y esa imagen tan clara, tan dulce, se resquebraja de golpe al darme cuenta, con una punzada dolorosa, de que no tengo ni idea de si ella está soñando exactamente lo mismo que yo.

—Sara —pronuncia de pronto preocupada—. ¿Te encuentras bien? Te noto un poco ausente.

Asiento con la cabeza, aunque soy plenamente consciente de que mi sonrisa forzada no termina de convencerla del todo.

—Sí, claro —miento con suavidad—. Solo… estoy impresionada con todo esto, con la magnitud del proyecto.

Beatriz parece aceptar mi respuesta a regañadientes, pero noto un ligero cambio en su expresión, una sombra de duda. Como si hubiera percibido algo extraño en mi tono, aunque no supiera exactamente cómo abordarlo.

Nos quedamos un momento en silencio absoluto, escuchando cómo el viento golpea con fuerza contra las paredes viejas de la casona y se cuela por las rendijas.

—Será mejor que nos vayamos ya —sugiere finalmente con sentido práctico—. No es que sea el mejor lugar para pasear. Está en muy malas condiciones.

Asiento y me sujeto a su mano en cuanto me la ofrece para salir del edificio y cerrar la puerta de nuevo.

Al salir al exterior y el aire frío me golpea el rostro con brusquedad, despejándome la mente al instante. Caminamos de vuelta hacia el coche sin cogernos de la mano esta vez, y ese pequeño detalle, tan insignificante en apariencia, se me clava en el pecho.

Antes de subir, me detengo un segundo y miro una última vez la casona junto al lago helado. Es un lugar verdaderamente hermoso, repleto de posibilidades infinitas. Igual que ella.

—Cuando arregles la casa de tu abuela, va a quedar increíble.

Beatriz sonríe con calidez.

—Gracias por haber venido conmigo hoy —me dice con sinceridad—. Me hacía mucha ilusión compartir todas mis ideas contigo, que lo vieras con tus propios ojos recorriendo este lugar.

Y ahí está la clave. Compartir el momento presente, no necesariamente el futuro entero.

Subo al coche con un nudo instalado en el pecho, un nudo que no desaparece. Es más bien una sensación amarga que se

entremezcla con todo lo bonito que hemos vivido estos días y que amenaza con empañar el resto.

Mientras regresamos a Vall de Bruma por la misma carretera serpenteante, dejo que la nieve fina difumine por completo el paisaje exterior y que conducir se ocupe de poner en pausa mis pensamientos. Me pregunto en silencio en qué punto exacto se empiezan a construir los sueños compartidos... y cuándo, sin apenas darnos cuenta, una comienza a quedarse fuera de los sueños de la otra.

No digo nada más durante el trayecto, pero algo en mi interior ha cambiado de forma irreversible. Y sé con seguridad, que ya no puedo seguir ignorando por más tiempo que lo que más deseo, es compartir cada segundo de mis días con Beatriz.

CAPÍTULO 28

Mi querida niña,

Aquí me tienes de nuevo, sentada en mi sillón favorito de la casa, con la pluma en la mano y el corazón rebosante de recuerdos, escribiendo estas líneas que tanto deseo entregarte. A mis ochenta y dos años, después de haber pasado toda mi vida en este Vall de Bruma nuestro, que me ha visto nacer, crecer y envejecer, siento que el tiempo me ha regalado la sabiduría suficiente para hacerte saber algo que creo, es realmente importante que sepas.

Te he criado como si fueses mi hija, Bea, desde que eras una niña menuda con ojos brillantes y curiosos que absorbían todo lo que te rodeaba. Te he enseñado lo que sé de la vida; a plantar semillas en la tierra fértil de este valle, a cocinar con las manos, el alma y el corazón, a escuchar el silencio del bosque cuando el mundo entero grita, y, sobre todo, a perseguir tus sueños sin miedo, porque ellos son el hilo que teje nuestra existencia.

Hoy quiero hablarte de los sueños hechos realidad, esos que parecen imposibles al principio, como el despertar de una flor en primavera, después de un invierno crudo. Recuerdo cuando eras pequeña y me contabas tus fantasías sobre viajar lejos, sobre construir algo grande con tus propias manos. Yo, que nunca salí de este pueblo, he vivido mis propios sueños aquí mismo; criar una familia con amor, ver cómo la casa que construí con tu abuelo se convertía en un refugio para quienes lo necesitaban, y, sobre todo, verte a ti crecer fuerte y decidida. Mis sueños se hicieron realidad no por arte de magia, sino por perseverancia, por levantarme cada mañana con la convicción de que cada paso, por pequeño que fuera, me acercaba a lo que anhelaba. Tú, mi niña, estás en ese camino ahora. Hace un tiempo, me comentaste que uno de tus sueños era abrir un hotel junto a la costa. Quiero que sepas que esa vida nueva que estás tejiendo y que todas esas ideas que tienes, no son tonterías sin importancia; son sueños que ya están cobrando forma, porque has tenido el valor de dar el primer paso. Y mira, Bea, cuando un sueño se hace realidad, ilumina no solo tu vida, sino la de todos los que te rodean, como la luz del sol que se filtra por las rendijas de las persianas al amanecer.

Pero déjame decirte algo que he aprendido con los años, algo que no siempre supe expresar cuando estabas a mi lado: los sueños más hermosos, los que perduran y se fortalecen, son aquellos que se comparten con las personas que amas. Solos, pueden ser brillantes, pero compartidos, se convierten en algo eterno, en un legado que trasciende el tiempo. Piensa en

cómo tu abuelo y yo compartimos el sueño de esta casa; él ponía las piedras, yo las bendecía con mis rezos y mis guisos, y juntos lo hicimos realidad. Tú has compartido tantos conmigo: las tardes en la cocina aprendiendo a amasar el pan, las noches contando estrellas desde el porche, las confidencias que me hacías sobre tus amores y tus miedos. Ahora, en esta etapa de tu vida, no olvides invitar a quienes te quieren a formar parte de tus sueños. Sea quien sea, comparte tus planes, tus dudas, tus victorias. Porque el amor, Bea, multiplica los sueños; los hace más grandes, más resistentes a las adversidades. No te guardes nada para ti sola; abre tu corazón y deja que otros pongan su huella en lo que construyes. Así, cuando mires atrás, verás no solo tus logros, sino un tapiz tejido con hilos de afecto compartido.

Esta carta es mi puente hacia tu futuro, mi niña. Quiero que te impulse, que te dé esa fuerza que siempre has tenido dentro, pero que a veces olvidas. Tú eres capaz de todo lo que te propongas: de transformar tu vida, de encontrar la felicidad que mereces, de vivir con la plenitud que yo siempre soñé para ti. No dejes que las dudas te detengan; recuerda mis palabras cuando el camino se ponga cuesta arriba. Has heredado mi tenacidad, mi amor por lo sencillo y lo verdadero. Ve por ello, Bea, con el corazón abierto y los brazos extendidos hacia quienes te aman. Yo estaré contigo en cada paso, en el viento que susurra entre los pinos, en el calor del hogar que has heredado y, sobre todo, en cada uno de esos recuerdos que compartes conmigo.

Con todo mi amor, siempre,
Tu yaya Alberta

CAPÍTULO 29

Transformando mi vida
BEATRIZ

Vall de Bruma,
Sábado, 31 de enero del 2026

El fin de semana amanece en Vall de Bruma poco a poco, como si el pueblo entero se resistiera a abandonar el sueño y prefiriera estirar el último día de mes todo lo posible. La luz se filtra por la ventana de mi dormitorio con una tonalidad blanca y suave, tamizada por la nieve que se ha acumulado durante la noche en el alféizar y en los tejados. Me quedo unos minutos tendida en la cama, disfrutando del calor que aún permanece pegado a las sábanas, mientras disfruto del silencio todo lo que puedo.

Hoy es sábado, pero no es un sábado corriente. Hoy no me invade la pereza y las pocas ganas de hacer nada. Al contrario, estoy nerviosa y algo agitada. Me incorporo con ganas, como si de pronto hubiese sentido una descarga de energía repentina y después de prepararme un café —que me llevo al dormitorio— empiezo a vestirme con ropa cómoda. Mientras me calzo las botas, repaso mentalmente todos los documentos que llevo preparando desde que visité el ayuntamiento hace unos días con Sara. Por fin, después de tantas ideas, tengo lo necesario para dar un paso que sé que transformará toda mi vida.

La casa de mi abuela se queda en silencio cuando salgo, cierro la puerta y respiro hondo antes de echar a andar. El aire frío y cortante me despeja al instante; siento cómo las mejillas se me encienden y cómo el vaho de mi aliento se eleva y desaparece delante de mis ojos.

Camino hacia el Ayuntamiento con las manos metidas en los bolsillos del abrigo y la carpeta apretada bajo el brazo. Hoy no es una mera visita informativa, hoy llevo conmigo todo lo que necesito para empezar con este nuevo proyecto que atravesó mi mente como un rayo de luz vibrante.

En las últimas horas, las cartas de mi abuela, sus palabras y mis emociones, se han mezclado para llenarme de ilusión. Vivir todo esto después de tantas dudas, de tanta pérdida, de tanta culpa, es renovador y maravilloso. Y, sobre todo, poder compartirlo con ella, con Sara.

El edificio del Ayuntamiento se recorta contra el cielo gris. Empujo la puerta de entrada y el calor del interior me envuelve junto con el murmullo bajo de las conversaciones.

—Buenos días —saludo con una sonrisa mientras me quito los guantes.

—Buenos días —contesta la empleada desde el mostrador —. ¿En qué puedo ayudarte hoy?

Estoy a punto de explicarle el motivo de mi visita cuando, al fondo de la sala, distingo a Jaume con una carpeta en la mano. Parece cansado, preocupado, aunque no me extraña después de lo que me contó su madre; a nadie le gusta quedarse en la calle de un día para otro. Nuestras miradas se cruzan y su rostro se ilumina.

—¡Hombre, Bea! —exclama mientras se acerca con paso rápido—. No esperaba encontrarte aquí un sábado por la mañana.

—Ni yo a ti —le respondo, devolviéndole la sonrisa—. ¿Va todo bien?

Jaume se encoge de hombros con una mueca que mezcla resignación y humor amargo.

—He venido a dejar el currículum —me explica en voz baja —. Me han comentado que quizá necesiten a alguien para tareas de mantenimiento. Ya sabes... algo es algo, y en estos tiempos no se puede despreciar ninguna oportunidad.

Asiento lentamente, sintiendo una punzada de empatía. Conozco a Jaume desde que éramos niños: crecimos en calles paralelas, compartimos veranos interminables jugando hasta que el día se oscurecía, y mantuvimos largas conversaciones adolescentes que parecían no conducir a ningún sitio pero que, en realidad, nos unieron para siempre. Sé perfectamente de su trayectoria en la construcción, de esas manos curtidas por el trabajo duro, de los años encadenando contratos temporales y de lo ilusionado que estaba cuando lo contrataron en esa empresa que ahora ha cerrado y ha echado a la calle a toda la plantilla.

—Me alegra mucho verte aquí dando este paso —le digo con absoluta sinceridad—. Vall de Bruma necesita gente como tú, que conoce cada rincón y que pone el alma en todo lo que hace.

Jaume esboza una sonrisa, aunque en sus ojos asoma un brillo de incredulidad.

—Ojalá todos opinasen lo mismo que tú —murmura.

Antes de que pueda añadir nada más, una idea que llevaba tiempo gestándose, se abre paso en mi mente con claridad. No nace de un impulso; la estuve madurando desde que tuve la conversación con su madre.

—Jaume —comienzo con voz serena—, ¿tienes un poco de tiempo para hablar?

—Claro que sí. No me voy a mover de aquí hasta que cojan esto —responde de inmediato.

Nos apartamos un poco del flujo de personas que entran y salen. Aprieto la carpeta contra mi pecho, plenamente consciente de que estoy a punto de compartir con él algo verdaderamente importante para mí.

—He venido a informarme sobre el solar abandonado que está justo al lado de la casa de mi abuela —le explico con calma —. Ese terreno que, por lo que sé, nadie reclamó en su momento y que lleva años olvidado.

Jaume frunce ligeramente el ceño, pero su expresión denota interés inmediato.

—Sí, sé perfectamente cuál me dices —afirma—. Lleva ahí desde que éramos críos.

—Tengo intención de adquirirlo —prosigo—. Quiero ampliar el hotel rural que voy a crear en la casa de mi abuela y, además, construir una vivienda independiente. Un espacio propio, íntimo, solo para mí.

Observo cómo procesa mis palabras, imaginándose lo que digo.

—Eso es... un proyecto enorme —comenta al fin—. Muy grande y muy bonito.

—Lo sé —admito—. Y...

Jaume me mira ahora expectante.

—He estado pensando —continúo— que, cuando llegue el momento de levantar las construcciones, me gustaría muchísimo contar con alguien que conozca Vall de Bruma desde verdad. Alguien que se haya criado aquí, que entienda cómo se comporta el terreno en cada estación, cómo resiste el clima, cómo se han hecho siempre las cosas en este pueblo para que duren generaciones.

Hago una breve pausa, permitiéndome sentir el verdadero peso de lo que estoy a punto de proponerle:

—¿Podría contar contigo para este proyecto? Me encantaría que alguien como tú, que lleva Vall de Bruma en la sangre, lo construyera conmigo de principio a fin.

Jaume baja la mirada un segundo, como si necesitara confirmar que no está soñando despierto. Después vuelve a alzarla hacia mí, y en sus ojos distingo muchas cosas.

—Bea... —pronuncia mi nombre con voz algo ronca—. ¿Lo dices completamente en serio?

—Completamente —le aseguro, sin dudar un instante—. No se me ocurre nadie mejor que tú.

Se pasa la mano por la nuca en ese gesto tan suyo que recuerdo desde siempre, como si quisiera ganar tiempo para ordenar sus pensamientos.

—No te voy a engañar —confiesa al fin—. Un trabajo así me vendría de maravilla, sobre todo ahora. Pero lo primero es asegurarnos de que todo esté en regla: permisos, licencias, estudios previos... Ya sabes cómo funcionan estas cosas aquí, con tanta burocracia.

Sonrío, aliviada porque haya pensado exactamente lo mismo que yo.

—Justamente por eso he venido hoy —le explico mostrándole la carpeta—. Para hacer las cosas bien desde el primer momento y evitar sorpresas posteriores.

Jaume asiente con decisión, y en su rostro aparece una determinación que me reconforta profundamente.

—Entonces cuenta conmigo sin duda —declara—. Cuando llegue el momento, me tendrás ahí. Bueno, a mí y a varios de mis compañeros. No puedo levantar una edificación así yo solo.

—Por supuesto que sí.

Hay algo reconfortante en su respuesta. No se trata solo de que acepte la oferta, sino que voy a construirla con personas que forman parte de este lugar, tan arraigadas como las montañas que circundan y protegen el valle.

—Cuando tenga todo el proyecto, lo vemos juntos y sacamos el presupuesto —añado —. Nos vemos pronto. Saluda a tu madre en cuanto la veas.

Nos despedimos con un apretón de manos y un abrazo.

Me acerco al mostrador y expongo con detalle el motivo de mi visita. La empleada revisa mis documentos con profesionalidad y me indica que el siguiente paso consiste en reunirme con el equipo técnico del Ayuntamiento, el mismo con el que ya mantuve un contacto preliminar días atrás.

Después de unos minutos, nos instalamos todos en una sala amplia y comienzo a exponer todo el papeleo que llevo

conmigo.

—Traes todo muy bien organizado y presentado —comentan mientras hojean los planos de la casa de mi abuela con atención y las anotaciones de lo que quiero realizar—. Se nota que le has dedicado tiempo al proyecto.

—Todo lo que he podido. Es muy importante para mí —respondo con calma—. No quiero dejar nada a la improvisación; prefiero que cada detalle esté pensado desde el principio para evitar problemas futuros.

Durante la reunión, expongo mis ideas. Hablo del profundo respeto que siento por la estructura original de la casa de mi abuela, de la necesidad de integrar el nuevo volumen de forma armónica en el paisaje, del compromiso que tengo de usar materiales sostenibles y de bajo impacto. Explico también que quiero edificar una vivienda privada que no rompa la estética del conjunto y que me permita estar todo lo cerca posible del hotel.

Mientras hablo, me escucho a mí misma con una seguridad me sorprende. No vacilo, no me disculpo por ambicionar algo grande. Simplemente transmito con pasión lo que deseo construir y por qué lo deseo.

—Habrá que realizar un estudio técnico completo del solar —apunta el responsable de urbanismo tras escuchar que deseo comprar el solar de al lado, que casualmente, forma parte del ayuntamiento—. Comprobar la viabilidad estructural, el impacto ambiental, los accesos…

—Por supuesto —respondo sin dudar—. Estoy totalmente preparada para esperar el tiempo que sea necesario y colaborar en todo lo que haga falta. Este proyecto es un sueño, pero no va a nacer de un momento a otro.

Asienten con gesto serio pero comprensivo. No ofrecen promesas vacías, pero sí transmiten una disposición honesta a ayudarme con todo lo necesario.

Cuando la reunión concluye, recojo mis pertenencias. Nada está definitivamente cerrado todavía, pero todo ha comenzado de verdad, y eso ya es muchísimo. Ahora deben estudiarlo, deben hacer sus cálculos, y yo, esperar.

Salgo del Ayuntamiento y el frío me recibe de nuevo, aunque esta vez no me incomoda en absoluto; al contrario, lo siento vivificante. Camino despacio hacia casa, disfrutando del paseo mientras pienso en mi abuela, en sus cartas, en esa confianza callada que siempre depositó en mí. Pienso en Sara, en la intensidad de su mirada la última vez que hablamos de futuro, en lo mucho que anhelo que encuentre su lugar y busque su futuro junto al mío, construyendo día a día lo nuestro. Pienso en Jaume, en el orgullo discreto y profundo que he sentido al ofrecerle algo que trasciende un simple empleo: la oportunidad de dejar su huella en algo que perdurará.

No sé con exactitud cómo será la vida que estoy levantando piedra a piedra. Pero sé que es enteramente mía. Transformar una vieja finca familiar en un hotel rural acogedor es, sin duda, un proyecto ambicioso y lleno de retos. Pero transformar una vida entera lo es aún más, porque implica sanar heridas, redescubrir sueños y atreverse a creer de nuevo.

Y hoy, en este pequeño pueblo cubierto de nieve, tengo la seguridad de que ambos procesos —el del hotel y el de mi propia existencia— ya están irrevocablemente en marcha.

CAPÍTULO 30

El regreso del miedo
SARA

Unas horas más tarde

El aroma a pan recién horneado impregna el local desde las primeras horas de la mañana, un olor cálido y familiar que siempre ha sido mi ancla. Incluso en los días más sombríos, cruzar el umbral de la panadería de mi madre me devuelve esa sensación reconfortante de orden y de pertenencia absoluta, como si dentro de estas paredes el mundo exterior no pudiera derrumbarse por completo.

Estoy detrás del mostrador, acomodando con cuidado las hogazas en una cesta de mimbre, cuando el teléfono vibra en el bolsillo de mi delantal. No hace falta que lo mire para intuir quién es; lo percibo antes, en el pecho, justo en ese punto donde la ilusión y el temor luchan por hacerse un hueco dentro de mí.

Aun así, saco el móvil y abro el mensaje:

Bea: *¿Te apetece que pasemos el fin de semana juntas?*

Las palabras parecen inocentes a simple vista, pero se me clavan como pequeñas astillas. Una parte de mí sonríe al instante, se imagina el calor de su cuerpo, la suavidad de sus besos, la intensidad de sus manos. Sin embargo, otra parte más callada, más terca, da un paso atrás con cautela.

No respondo. Bloqueo la pantalla y deposito el móvil sobre el mostrador, como si al separarme físicamente de él pudiera también apartar esa mezcla confusa de emociones que me invade. Sigo con la tarea que tenía entre manos, aunque mis

movimientos se vuelven torpes y mecánicos, y no me doy cuenta de lo que hago.

—Esa hogaza no se parece en nada a los bollos de leche, ¿sabes? —comenta mi madre desde el obrador.

Cuando pongo atención, un ligero rubor me tiñe las mejillas y ella, suelta una pequeña risa. Mi madre me observa apoyada en el marco de la puerta, con las manos manchadas de harina y el gesto marcado por la preocupación. Me conoce demasiado bien como para no haber captado que algo me ocurre.

—Menos mal que no la metí con las berlinas de crema, sino, comeríamos pan dulce.

Intento que las bromas me ayuden, pero es imposible. El teléfono sigue en el mismo sitio, también el mensaje, que espera respuesta.

Mi madre se limpia las manos y sale al mostrador, para atender a los primeros clientes que entran a la panadería. Intercambia saludos, comentarios sobre el frío intenso que azota el pueblo, bromea y arranca alguna que otra sonrisa. Yo participo lo justo, respondo con monosílabos, pero siento que mi mente está a kilómetros de distancia, perdida en un torbellino de dudas.

Cuando el ajetreo inicial disminuye, se acerca y baja la voz hasta convertirla en un murmullo cómplice.

—¿No piensas contestarle? —pregunta, indicando el teléfono con un leve movimiento de barbilla.

Me sobresalto ligeramente, sorprendida de que lo haya notado tan rápido.

—¿Contestar a qué? —intento disimular, fingiendo desconcierto.

—Sara —pronuncia mi nombre con suavidad, sin un ápice de reproche—. He visto el mensaje. Y, sobre todo, he visto tu cara.

Suspiro despacio, rindiéndome. No tiene sentido seguir fingiendo con ella; nunca ha funcionado.

—Lo haré más tarde —musito—. No es nada importante.

Mi madre me escruta unos segundos más, evaluándome con esa mirada profunda que parece ver todo lo que escondo.

—Precisamente cuando dices que no es nada, suele ser todo lo contrario —apunta con calma.

No replico. Me limito a encogerme de hombros y a reajustar una bandeja que ya estaba perfectamente alineada, solo por tener algo que hacer con las manos.

—¿Te ha dicho algo que te haya molestado? —insiste con delicadeza—. ¿Ha ocurrido algo con Bea?

—No, todo lo contrario —respondo de inmediato, casi a la defensiva.

Mi madre arquea ligeramente las cejas, intrigada.

—Entonces no lo entiendo.

Yo tampoco lo comprendo. O tal vez sí, pero admitir ciertas cosas en voz alta las hace más reales, más pesadas.

—Solo... —empiezo, y me detengo, buscando las palabras adecuadas—. No lo sé.

Mi madre apoya los codos en el mostrador y me mira directamente a los ojos, sin prisa.

—Sara, cariño —comenta con una ternura infinita—. Cuando alguien asegura que no sabe qué ocurre, normalmente es porque sabe demasiado y le asusta reconocerlo.

Aprieto los labios. El zumbido constante del horno al fondo marca un ritmo casi hipnótico que llena el silencio. Me siento expuesta, vulnerable, como si las paredes de la panadería se hubieran vuelto de cristal y todo el pueblo pudiera verme el alma.

—Tengo miedo —confieso después de un rato, bajando la mirada.

Mi madre no muestra sorpresa alguna. Asiente despacio, como si ya lo esperara.

—¿Miedo de qué, exactamente? —pregunta con voz serena.

Bajo la mirada hacia mis manos, que descansan inertes sobre el mostrador.

—De que se repita lo mismo que ya viví en el pasado con ella —admito—. De ilusionarme otra vez... y descubrir que, al final, no soy suficiente.

El recuerdo irrumpe sin previo aviso, nítido y doloroso: las promesas que quedaron a medias, las palabras que se desvanecieron en el aire, esa sensación devastadora de haber entregado el corazón y que nadie lo recogiera con el cuidado que merecía.

—Bea me hace sentir verdaderamente segura —prosigo, con la voz algo temblorosa—. De veras. No ha hecho absolutamente nada que me haga dudar de ella. Pero... —Trago saliva con dificultad—, ¿y si esta vez tampoco funciona? ¿Y si vuelvo a quedarme sola, con todo el peso en las manos y el vacío en el pecho?

Mi madre rodea el mostrador y se coloca frente a mí. Toma mis manos entre las suyas, con una firmeza que transmite calma y fortaleza.

—Mírame a los ojos —me pide con suavidad.

Obedezco. Sus ojos son los mismos que me han visto tropezar y levantarme innumerables veces a lo largo de la vida.

—El miedo no implica que algo no merezca la pena —afirma con convicción—. Solo significa que te importa de verdad, que tu corazón está en juego.

—Pero duele muchísimo —susurro, sintiendo cómo las lágrimas amenazan con asomar—. Y no sé si estoy preparada para volver a pasar por eso.

Mi madre esboza una sonrisa cargada de ternura, una de esas que casi duelen más que el propio miedo porque recuerdan lo mucho que me quiere.

—Nadie está nunca preparado para que le hagan daño, hija —responde con voz cálida—. Pero sí podemos elegir si vamos a pasar la vida escondiéndonos de aquello que nos hace sentir realmente vivas.

Suelta una de mis manos y me acaricia la mejilla con el pulgar, borrando una lágrima que se me ha escapado sin darme cuenta.

—Las segundas oportunidades no suelen presentarse dos veces —añade, mirándome con intensidad—. Y si tú tienes una ahora, es porque te la mereces plenamente y porque estás lista para vivirla sin reservas.

Siento cómo los ojos se me humedecen, y un nudo se forma en la garganta.

—No permitas que sea solo Bea quien decida si esto vale la pena o no —concluye con firmeza afectuosa—. Lucha tú también por lo que deseas, con la misma valentía que has demostrado tantas otras veces.

«Lucha tú también», repito mentalmente.

Mi madre me atrae hacia ella y me envuelve en un abrazo cálido y protector, de esos que no requieren palabras porque lo dicen todo con el simple contacto. Apoyo la frente en su hombro y permito que la emoción me recorra entera, sin oponer resistencia, dejando que las lágrimas caigan en silencio.

Cuando nos separamos, inspiro profundamente. El miedo sigue presente, acechando en algún rincón, pero ya no ocupa todo el espacio; ha dejado sitio a algo más luminoso.

—Gracias, mamá —digo, con la voz aún un poco quebrada por la emoción.

—Para eso estoy aquí —responde ella, sonriendo con esa calidez que solo las madres saben ofrecer—. Ahora responde. No la hagas esperar más.

Regresa al obrador, dejándome sola con mis pensamientos y con la decisión que ya no puedo postergar. Miro el móvil sobre el mostrador. Lo tomo entre las manos. Mis dedos vacilan un

segundo antes de desbloquearlo y entonces pienso en Bea, en todo lo que siento, en lo mucho que han cambiado las cosas desde que dimos este paso. Pienso en lo que creamos cuando estamos juntas y en ese vacío que se instala en mis días cuando no.

Escribo despacio, eligiendo cada palabra con cuidado:

Sara: *Quiero que vengas a pasar el domingo a casa. Estaremos solas. Mi madre e Isabel tienen cosas que hacer en Bellentuser.*

Leo el mensaje un par de veces antes de enviarlo, asegurándome de que transmite exactamente lo que deseo y pulso enviar.

Durante unos segundos eternos, el miedo intenta regresar, susurrándome dudas al oído. Sin embargo, una calma inesperada y profunda se abre paso poco a poco, como la luz del amanecer filtrándose por las rendijas de las persianas. No sé qué sucederá después, no tengo garantías ni promesas firmes. Pero esta vez no quiero huir, quiero quedarme exactamente donde estoy, dispuesta a enfrentar lo que venga y un poco más.

Levanto la vista hacia la puerta de la panadería, donde la luz blanca y fría del invierno entra, bañando el local en un resplandor sereno. Vall de Bruma sigue allí fuera, inmutable y silencioso, como si el pueblo entero intuyera que algo importante acaba de cambiar dentro de mí.

CAPÍTULO 31

La calidez del amor verdadero
SARA

Vall de Bruma,
Domingo, 1 de febrero del 2026

La casa está demasiado silenciosa. Mi madre y mi tía se marcharon temprano a Bellentuser dejándome sola, y aunque he sido yo la que ha decidido aprovechar la ocasión para invitar a Bea a comer, no sé si seré capaz de hacer lo que me propuse después de la charla que tuve con mamá.

Desde que Beatriz y yo lo dejamos, el dolor provocó que me encerrase en mí misma. Dejé de ser esa chica valiente que expresaba lo que sentía sin miedo y con valentía, con intensidad y pasión, para convertirme en una mujer refugiada en su propia coraza. Quería evitar por todos los medios que nada me hiciese sufrir tanto como sufrí cuando decidimos, por mutuo acuerdo, dejarlo. Pero lo único que conseguí, fue preservar su recuerdo y ese amor que una vez me hizo sentir extremadamente feliz. Yo creía que era capaz de protegerme de todo, pero cuando ella apareció, regresé en el tiempo y le puse mi corazón en bandeja.

Bea estará aquí en cuestión de unas horas, así que decido encender la calefacción para que se vaya calentando la casa y me meto de lleno en la cocina. Estoy nerviosa, pero cocinar mantendrá mi mente concentrada. Después de todo lo que ha pasado entre nosotras, de estos días frenéticos, de esas sensaciones que recorren mi piel y se anclan a mi corazón, necesito liberarme y hacerle ver cómo me siento, cómo me hace sentir cuando está cerca de mí.

Abro la nevera y comienzo a sacar los ingredientes. No es que sea una experta, pero cocinar siempre ha sido mi refugio; cortar, medir, remover, me devuelve una sensación de control que necesito con urgencia en estos momentos. Mi tía me dejó anotada la receta de su sopa de pollo y verduras, así que solo tengo que seguir los pasos. Es un plato sencillo, pero es uno de esos platos que te transportan a casa y que espantan el frío de tus huesos.

Comienzo a cortar el apio, la zanahoria, la cebolla, el puerro. Y mientras lo hago, mi mente insiste en retroceder en el tiempo una y otra vez, llevándome a ese instante en el que descubrí que Beatriz había dejado de ser una buena amiga. En aquel entonces parecía inalcanzable, su risa de entonces me hacía volar... éramos demasiado torpes, ingenuas y desconocedoras de la vida; nos hicimos daño porque no conocíamos otra forma de seguir adelante la una sin la otra, aunque eso no evitó que el amor que llegué a sentir se quedase habitando en algún rincón oculto de mi corazón.

Suelto un suspiro y me detengo un instante, con las manos apoyadas en la encimera. Estoy enamorada de ella y afirmarlo, o más bien, confirmarlo, hace que todas las piezas que estuvieron desperdigadas durante años, vuelvan a encontrar su lugar en mi interior.

El reloj avanza con una velocidad implacable. Rehogo, añado el pollo, lo salteo, cubro de agua y añado las especias. Cuando el agua rompe a hervir, tapo la olla y me pongo a limpiar y ordenar un poco el desastre de cocina que he armado. Subo a mi habitación y me cambio de ropa tres veces, incapaz de decidir qué versión de mí misma quiero mostrar. Aunque al final, decido por la opción más sencilla y cómoda, la más natural.

Cuando suena el timbre, el corazón me late con tanta fuerza que necesito respirar hondo un par de veces antes de caminar hacia la puerta.

Al abrirla, me encuentro con la sonrisa de Beatriz, acompañada con esa expresión tierna y dulce que le hace brillar la mirada. Lleva el abrigo salpicado de pequeños copos de nieve y el pelo algo revuelto por la brisa que también acaricia mis mejillas.

—Hola —dice con una suavidad que se desliza por mi piel, provocando que un escalofrío me recorra la espalda.

—Siempre tan puntual... —respondo, apoyándome en la puerta. Nos miramos apenas unos segundos. No hay que ser Sherlock Holmes para saber que, desde que nos dimos aquel primer beso y nos acostamos hará unos días, hemos regresado a ese punto en el que la química brilla y tira de nosotras—. Anda, pasa.

Me aparto para que lo haga. El aire gélido entra con ella, pero pronto se funde con el calor acogedor de la casa. Beatriz se quita el abrigo despacio, observando con detalle el salón.

—No ha cambiado nada... —comenta, mientras recorre el pasillo con la mirada—. Hace demasiado que no estaba aquí, y todo está en el mismo lugar.

—Ya sabes cómo es mi madre. Siempre anclada en el pasado... —respondo en voz baja—. Aquí dentro es como si el tiempo se hubiese estancado.

Bea me dedica una sonrisa y ambas nos dirigimos hacia la cocina. El vapor de la sopa empaña ligeramente los cristales de las ventanas. Beatriz inspira con profundidad, mordiéndose el labio inferior.

—Es la famosa sopa de Isabel, ¿verdad? —me pregunta con curiosidad, moviendo una mano sobre la olla para aspirar mejor el aroma—. Dios santo, hace años que no la pruebo.

—Demasiados... —comento, siendo consciente de la última vez que ella estuvo aquí—. Me dejó la receta y la seguí paso a paso. Así que espero que esté igual de deliciosa, aunque con lo que llevo por dentro, no sé yo si habré acertado.

—¿Qué es lo que ocurre? ¿Estás bien? —Beatriz se acerca y coloca sus manos en mis brazos, como si intuyera que estoy de los nervios y necesito de ella para serenarme—. Si necesitas decirme algo, sabes que puedes hacerlo sin miedo.

Levanto la vista. Nuestros ojos se encuentran y algo se afloja en mi interior.

—¿Quieres beber algo? —pregunto esquivando su mirada.

Beatriz es una de las personas que más me conocen y cuando hago el amago de huir, atrapa mi mano y me frena, empujándome de regreso a su cuerpo, atrapándome entre sus brazos, observándome, esperando que hable.

Trago saliva y el corazón se me acelera de nuevo.

—Es solo que... desde que volvimos a acercarnos, siento que estamos dando forma a algo verdaderamente importante y... no puedo seguir actuando como si esto fuera algo de lo más normal. Porque no lo es... yo...

—Yo tampoco... —admite —. Sara, sé que nos hicimos muchísimo daño en el pasado. Que éramos jóvenes y tomamos decisiones que nos marcaron para toda la vida, pero ahora, cada vez que te veo... en lo único que pienso es en que deseo seguir a tu lado, y descubrir lo que el mundo nos tenga preparado a ambas.

—Ayer estuve hablando con mi madre de ti, sobre esto...

—¿Y qué te dijo? —pregunta con suma delicadeza.

Pongo atención en sus ojos y en ese instante, levanto una mano y acaricio su mejilla.

—Que las segundas oportunidades no suelen repetirse —relato—. Que, si la vida me la está ofreciendo ahora, es porque merezco vivirla plenamente. Y que no puedo permitir que seas solo tú quien decida si vale la pela o no disfrutarla.

Beatriz inspira profundamente; veo cómo mis palabras la atraviesan y la conmueven. Aunque yo acepté la decisión que ella tomó en el pasado, la realidad, es que yo estaba tan enamorada que la sola idea de apartarme de su lado, me dolía.

—Yo nunca quise decidirlo todo sola... —confiesa con cierto arrepentimiento—. Jamás fue esa mi intención.

Me esfuerzo por mantener la mirada fija en la suya.

—Tengo miedo, Bea —admito al fin—. Miedo de desear más de lo que tú estés dispuesta a darme. Miedo de que, como ya pasó antes, yo no sea suficiente. Miedo de volver a perderte y que esta vez duela aún más.

Beatriz avanza un paso hacia mí y me rodea con sus brazos.

—Yo también siento miedo —reconoce—. Pero no de ti, sino de no haber sabido cuidarte como merecías en el pasado, de no estar a la altura ahora que hemos vuelto a encontrarnos. Pero lo que siento por ti... eso no me aterra en absoluto. Al contrario, me aporta una calma que hacía años no experimentaba.

Su confesión se instala en mi pecho y al final, rodeo su cuello con mis brazos. La cercanía se vuelve inmediata, eléctrica; percibo su respiración pausada contra mis labios, el calor de su cuerpo filtrándose a través de mi ropa, el perfume que lleva pegado a su piel, el brillo de sus ojos ligeramente acentuado por la luz de la cocina.

—Estoy enamorada de ti —declaro por fin, con la voz quebrada—. Lo he estado durante mucho más tiempo del que me permití reconocer.

Beatriz apoya su frente contra la mía y acaricia mi nariz con la suya.

—Yo también estoy enamorada de ti, Sara —responde con voz emocionada—. Y no quiero volver a escapar de este sentimiento nunca más.

Ya no se necesitan más palabras. Nos besamos, y en ese beso, se condensan los años de ausencia, de errores compartidos, de deseo reprimido, de decisiones a medias. Cuando nos separamos, nos dedicamos una sonrisa y nos abrazamos. Yo apoyo la frente en su hombro y permito que las

lágrimas rueden en silencio por mis mejillas. Beatriz me envuelve con sus brazos, firme y completamente presente, como si quisiera compensar con ese gesto todo el tiempo perdido. Es increíble cómo, a pesar de haber compartido la intimidad, algo tan sencillo como una confesión y un beso, puede disipar ese miedo que llevaba dentro.

Cuando nos separamos, lo hacemos con lentitud y sin prisa. Nos observamos como si estuviéramos redescubriendo los rasgos de la otra después de una larga separación. Beatriz acaricia mi mejilla con el pulgar en un gesto íntimo y cargado amor.

—Ven aquí —susurra con dulzura.

No sé quién da el primer paso; solo sé que nuestros labios se encuentran de nuevo. Este beso no lleva prisa ni urgencia; lleva verdad y reconocimiento. Es un descubrimiento pausado, plenamente consciente. Me estremezco al sentirla tan cerca, al reconocerla de nuevo, al comprender que esta vez no estoy huyendo ni ella tampoco.

Cuando nos apartamos, apoyo mi frente contra la suya y respiro su mismo aire.

—No sé a quién tengo que agradecer que hayas vuelto al pueblo...

—A quién sea... pero, admito que tendría que haberlo hecho antes —contesta ella con una sonrisa apenas esbozada.

Fuera, la nieve cae en silencio. Dentro, el frío ha desaparecido y por primera vez en mucho tiempo, el amor ya no me parece un riesgo inalcanzable, sino un hogar cálido y seguro al que siempre puedo regresar.

CAPÍTULO 32

La calidez del amor verdadero
BEATRIZ

Unas horas más tarde

La nieve cae con una persistencia suave al otro lado de la ventana, como si el mundo entero se hubiera confabulado para envolvernos en un manto de quietud. Han pasado apenas unas horas desde que pronuncié aquellas palabras que tanto tiempo guardé en el fondo de mi alma, y ahora, sentada en el sofá junto a Sara, siento que el tiempo se ha detenido. Su mano descansa sobre la mía y cada roce de sus dedos me recuerda que esto es real.

No puedo dejar de mirarla. Sus ojos, aún enrojecidos por las lágrimas que derramamos juntas en la cocina, brillan con una luz serena, algo que siempre me ha fascinado de ella. Recuerdo como, hace años, esa misma mirada me agitaba y me hacía cuestionar todo lo que creía saber sobre el amor. Y ahora, aquí estamos, en esta casa que sigue oliendo al café que hemos compartido después de la comida, rodeadas de un silencio que invita a profundizar en lo que sentimos.

—Bea —murmura Sara, rompiendo el silencio con una voz suave, casi tímida—, ¿en qué piensas? Pareces perdida en algún lugar lejano.

Sonrío, apretando su mano con delicadeza. No quiero soltarla, como si temiera que este momento se va a evaporar si aflojo el agarre.

—Pienso en ti —respondo con honestidad, inclinándome un poco hacia ella—. En cómo hemos llegado hasta aquí después de tanto tiempo. En lo mucho que te he echado de

menos, incluso cuando intentaba convencerme de que podía vivir sin esto. Sin nosotras.

Ella asiente, y veo cómo sus labios se curvan en una sonrisa pequeña, pero llena de calidez. Se acomoda más cerca, apoyando la cabeza en mi hombro, y el aroma de su pelo —una mezcla sutil de cítricos— me envuelve. Hemos pasado la tarde hablando de todo y de nada: de los sueños que aún albergamos, de las ganas que tengo de empezar el proyecto y que ella me ayude, de la de cosas que nos esperan. Cada confesión ha sido como un puente tendido entre nuestros corazones, fortaleciendo esta conexión que nunca se rompió del todo, que solo se ocultó bajo capas de dolor y distancia.

Pero ahora, con el atardecer tiñendo el cielo de un gris plomizo bañado de colores, siento que las palabras ya no bastan y que siento esa necesidad de tocarla, de acariciarla, de sanar las pocas heridas que aún existen a través del tacto y la proximidad.

Sara levanta la vista hacia mí, y en sus ojos leo el mismo anhelo. No hace falta que lo diga; lo percibo en la forma en que su respiración se entrecorta ligeramente, en cómo su mano se desliza por mi brazo con lentitud.

—¿Quieres subir? —pregunta en un susurro, y su voz tiembla un poco, revelando la emoción que la embarga.

Asiento, incapaz de articular una respuesta. Me pongo en pie, extendiendo la mano para ayudarla a levantarse, y juntas caminamos hacia las escaleras. Cada paso resuena en mi interior. La casa me parece más cálida ahora, como si el calor de la calefacción se hubiera extendido a cada rincón, disipando cualquier rastro de frío que pudiera haber quedado.

Al llegar a su habitación, la luz tenue de una lámpara de mesita ilumina el espacio con un resplandor suave, creando sombras danzantes en las paredes. Sara cierra la puerta tras nosotras, y nos quedamos de pie frente a frente, mirándonos como si fuéramos a descubrirnos por primera vez. Siento el

latido de mi corazón en las sienes, pero no hay prisa; solo una anticipación dulce, cargada de emociones.

Me acerco a ella despacio, alzando las manos para acariciar su rostro. Mis pulgares trazan la línea de sus mejillas, y ella cierra los ojos, inclinándose hacia el contacto.

—No tienes idea de las veces que te soñé estando lejos de ti —confieso en voz baja, con mi aliento rozando su piel—. En mis sueños, siempre volvíamos a este punto, a este instante en que nada más importaba, solo tú y yo.

Sara abre los ojos, y en ellos brilla una luz en la que me quedo atrapada.

—Y yo siempre te esperé —responde en apenas un murmullo—. Incluso cuando creía que no volverías, una parte de mí sabía que este momento llegaría. Que nos pertenecemos la una a la otra y que nada ni nadie nos podrá volver a separar.

Sus palabras me atraviesan, disolviendo cualquier duda o temor residual. La atraigo hacia mí con ternura, y nuestros labios se encuentran en un nuevo beso. No hay urgencia en él, es como si quisiéramos memorizar cada instante que compartimos juntas. Sus manos se posan en mi cintura atrayéndome más cerca, y siento cómo su cuerpo se amolda al mío, encajando a la perfección.

Nos movemos hacia la cama sin romper el beso, guiadas por puro instinto. Me siento en el borde del colchón, y Sara se coloca entre mis piernas, inclinándose para profundizar el contacto. Mis dedos se enredan en su pelo, guiándola con suavidad, mientras un calor profundo se expande por mi vientre, un fuego que nace de la emoción más que del mero deseo físico. Esto no es solo atracción; es amor manifestándose en cada caricia, en cada suspiro.

Poco a poco, nos despojamos de la ropa. Descubro su piel bajo mis manos, suave y cálida, y cada roce me evoca recuerdos de antaño mezclados con la frescura de este presente tan nuestro. Sara tiembla ligeramente cuando mis labios recorren

su cuello, pero no es de frío; es de la intensidad de lo que sentimos, de la conexión que se fortalece con cada segundo.

—Bea —gime en voz baja, con su aliento cálido contra mi oído—. No he dejado de recrear tus caricias desde hace días... —susurra, hundiendo su boca en mi cuello—. Te necesito tanto...

Sus palabras me envuelven y respondo besando su hombro, trazando un camino descendente con mis labios.

—Y yo a ti —murmuro contra su piel—. Eres mi refugio, Sara.

Nos tumbamos en la cama, con nuestras piernas entrelazadas, y el mundo exterior se desvanece. Solo existimos nosotras en este espacio sagrado donde el tiempo se dilata. Mis manos exploran su espalda, recorriendo cada curva, percibiendo la suavidad de su cintura, mientras ella hace lo mismo conmigo; sus caricias son un bálsamo para las cicatrices invisibles que el pasado dejó en ambas. Cada movimiento es una declaración de amor, una promesa de que esta vez no nos dejaremos ir.

Siento que su respiración se acelera al ritmo de la mía, cómo nuestros cuerpos se sincronizan en una danza instintiva, guiada por el latido compartido de nuestros corazones. No hay palabras ahora; solo sensaciones, emociones que fluyen libremente, uniéndonos en una entrega absoluta. El placer surge como una ola creciente, construida capa a capa con ternura y devoción. Es una conexión profunda, donde el físico se funde con lo emocional, donde cada roce susurra un «te amo» silencioso que nos eriza la piel.

En un momento de pausa, levanto la vista para mirarla. Sus ojos están cerrados, su expresión es de puro placer y siento una oleada de gratitud inmensa por este instante.

—Abre los ojos —susurro, y cuando lo hace, veo reflejado en ellos todo lo que soy para ella: amor, deseo, hogar.

Continuamos, perdidas en esta unión que, a pesar de haber disfrutado juntas del sexo antes, trasciende lo corporal. Cada

caricia es un hilo que teje nuestra historia de nuevo, fortaleciéndola. Siento cómo el orgasmo se acerca y cuando llega, es suave, profundo, un estallido de luz interior que nos envuelve a ambas, dejando un rastro de calidez que perdura durante unos minutos.

Nos quedamos quietas después, respirando al unísono con las piernas aún entrelazadas. Sara apoya la cabeza en mi pecho, escuchando los latidos de mi corazón, y yo acaricio su pelo con lentitud, saboreando la paz que nos invade.

—Esto es lo que siempre he querido —confiesa en un murmullo, con la voz ronca por la emoción—. No solo el momento, sino esto. Estar aquí contigo y poder estar a tu lado.

Asiento, besando su frente con devoción.

—Y yo quiero que sea para siempre —respondo—. No hay nada que desee más que construir una vida a tu lado, Sara. Superar los miedos juntas, enfrentar lo que venga sabiendo que nos tendremos la una a la otra.

Hablamos en susurros durante lo que parecen horas, compartiendo sueños y planes. La habitación se llena de una luz crepuscular; estamos protegidas por el calor de nuestro amor y la calidez de la calefacción. Pienso en cómo este acto ha sido un ritual de reconexión, una forma de sellar lo que sentimos y despertó después de que nos besásemos y nos acostásemos por primera vez. Cada emoción compartida, cada suspiro, ha sido un paso que nos ha llevado a sanar completamente.

Al final, cuando el sueño comienza a reclamarme, la atraigo más cerca, aferrándome a su calor como si fuera un ancla.

—Te amo —digo una vez más, porque no me canso de repetirlo.

—Y yo a ti —responde ella, y en su voz hay una promesa eterna.

Cierro los ojos sabiendo que esta noche marca el comienzo de algo verdadero, profundo, inquebrantable. El amor, en su

forma más pura, nos ha encontrado de nuevo, y esta vez, no hay dudas ni miedos.

CAPÍTULO 33

Un febrero de amor
BEATRIZ

Vall de Bruma,
Miércoles, 4 de febrero del 2026

Los muebles de la casa crujen a causa del frío que se cuela por las paredes de la casa, ocupando un silencio al que me he acostumbrado en cuestión de días. Afuera, la nieve lleva días sin aparecer; los últimos copos se acumulan en los tejados y los senderos forrándolos de una capa blanquecina que refleja la luz suave, casi melancólica del día. Dentro huele al aroma del detergente que usé para lavar la ropa que tendí frente a la chimenea en el salón.

He decidido ponerme a limpiar. No es que sea estrictamente necesario, pero necesito ocuparme haciendo algo para evitar que mi mente piense demasiado. Desde que llevé los papeles al ayuntamiento, no he dejado de contar días y tacharlos en el almanaque. Además, también está Sara y todo lo que ha ocurrido entre nosotras; la calidez de este amor que ha convertido mi vida en un mundo plagado de esa felicidad que se niega a abandonarme. Me siento radiante, completa, en el camino correcto, emocionada, en una montaña rusa repleta de luces que reclaman su espacio para expandirse y apartar todas esas sombras que llevo conmigo desde hace demasiado tiempo.

Subo al segundo piso cargada con un cubo de agua caliente, varios trapos y la vaga determinación de imponer algo de orden en ese dormitorio que mi abuela, con el paso de los años, transformó en un trastero. Nadie ha entrado allí, solo para seguir amontonando cosas «por si acaso». Abro la puerta y una

nube densa de polvo se eleva obligándome a cerrar los ojos y a toser con fuerza. Frente a mis ojos hay cajas amontonadas sin ningún criterio aparente, muebles protegidos por sábanas amarillentas y roídas, bolsas de ropa almacenadas.

—Estupendo, Bea —musito, apoyando el cubo en el suelo y mis manos en las caderas—. Esto va a llevarme mucho más tiempo del que imaginaba.

La luz se filtra con dificultad a través de una ventana pequeña, amortiguada por unas cortinas excesivamente gruesas. Las motas de polvo flotan en el aire, provocando que estornude un par de veces. Avanzo con cautela, apartando cajas en el camino, deteniéndome a leer etiquetas escritas por mi abuela.

Comienzo por lo más sencillo —o eso es lo que creo yo—. Objetos rotos, cosas sin valor aparente, prendas que han perdido el color. Doblo todo con cuidado, clasifico algunas cosas que donaré. El trabajo durante un buen rato se vuelve mecánico, casi terapéutico, y me proporciona paz.

Hasta que, sin darme cuenta, abro una caja más pequeña, de cartón resistente, y de pronto me traslado al pasado con la misma rapidez que los recuerdos se abren paso en mi corazón. Dentro encuentro ropa infantil doblada: camisetas minúsculas, calcetines, un abrigo rojo que recuerdo haber llevado hasta que las mangas se me quedaron irremediablemente cortas, un gorro de lana tejido a mano, un vestidito que mi abuela cosió para mí cuando apenas tenía seis años. Deslizo los dedos por la tela y siento que mi garganta se cierra en un nudo inesperado y apretado.

«Esto era mío», pienso y la ternura palpita de pronto en mi corazón.

Me dejo caer en el suelo sin apenas advertirlo. Saco una prenda tras otra, despacio, como quien abre ventanas a un tiempo olvidado. Cada objeto se convierte en una puerta que me lleva hacia una Beatriz que aún no conocía la complejidad de

esa vida que apenas empezaba a descubrir. Una Beatriz que confiaba ciegamente en que el mundo era un lugar sólido, sostenido por las manos firmes e inquebrantables de su abuela.

Entre todas mis cosas. Encuentro una cajita de metal oxidada. La abro con delicadeza, conteniendo el aliento y dentro hay canicas de colores, chapas pintadas a mano, una pulsera de cuentas desparejadas que aún conserva su brillo. Sonrío, y la sonrisa me sabe a infancia desmedida y a libertad.

—Dios mío… —susurro, casi sin voz.

Los recuerdos no irrumpen de golpe mi mente, van poco a poco, colándose como el frío que se arrastra por debajo de una puerta mal encajada. Y cuando quiero darme cuenta, ya estoy sumergida por completo en él.

Continúo explorando y, en el fondo de otra caja más grande, aparece una pelota de fútbol casi desinchada. Está desgastada, con la superficie agrietada por el paso implacable de los años, pero la reconozco al instante. La sujeto entre las manos y la lanzo un par de veces al aire, despertando emociones que creía dormidas.

Esa pelota no era solo mía, era la que Jaume y yo perdimos aquel verano agotador.

—No puede ser… —musito, apretándola contra el pecho durante un instante eterno.

Él y yo jugábamos siempre juntos después de comer, cuando las tardes se volvían interminables. Improvisamos porterías con piedras, gritábamos hasta quedarnos mudos y exhaustos. Éramos invencibles en aquel entonces, dueños de un mundo que parecía eterno. Jaume y yo creíamos haberla perdido después de haber roto la ventana del vecino, pero ahora me doy cuenta de que mi abuela la escondió para que no tuviésemos más problemas.

El ruido seco de la puerta principal cerrándose abajo me arranca de golpe de mis ensoñaciones. Distingo pasos firmes, el roce de unas botas contra el suelo de madera.

—¿Bea? —grita Jaume desde el salón—. ¿Estás en casa?

—¡Arriba! —le contesto alzando la voz—. En el segundo piso.

Oigo cómo asciende la escalera con ese andar tan suyo, reconocible entre mil. Cuando asoma por la puerta, se detiene en seco y me observa sentada en el suelo, rodeada de cajas abiertas como si hubiera desenterrado un tesoro, con la pelota apretada entre mis manos.

—Vaya… —comenta, apoyándose con naturalidad en el marco de la puerta—. Diría que alguien ha abierto un baúl cargado de recuerdos.

—Eso parece —le respondo con suavidad—. Empecé con la intención de limpiar un poco el trastero, pero he terminado viajando en el tiempo sin billete de vuelta.

Jaume entra despacio, esquivando con cuidado los objetos dispersos. Se agacha frente a mí y clava la mirada en la pelota. Sus labios se curvan en una sonrisa cargada de recuerdos compartidos.

—No me lo puedo creer —murmura con voz queda y sujeta la pelota—. Pensé que la habíamos perdido para siempre.

—Yo también lo creía —admito, sintiendo que la emoción me tiñe la voz—. Pero ya ves. Mi abuela la guardó y ha resistido el paso de los años.

La gira lentamente mientras la examina con atención.

—¿Te acuerdas de aquel verano? —pregunta, alzando la vista hacia mí.

Asiento de inmediato. Cómo olvidar algo así.

—No nos permitían salir a la calle hasta que caía el sol —recuerdo en voz alta—. Nos pasábamos horas golpeando los muros y regresábamos a casa empapados, llenos de polvo, pero con una sonrisa en la cara.

Jaume suelta una risa suave, contenida, que resuena cálida en la habitación.

—Tu abuela nos remojaba con la manguera —añade con nostalgia—. Y luego nos daba esos helados que… joder, estaban buenísimos.

—Fuimos muy felices… —admito y el recuerdo me enternece hasta el fondo del alma.

La imagen se vuelve tan vívida que casi puedo percibir el sabor del chocolate en la boca, sentir el frescor del agua fría en la cara después de horas interminables de juego bajo un sol abrasador.

—Era todo tan simple entonces… —comento con un suspiro—. La vida parecía infinitamente más fácil.

Jaume me observa con atención y en sus ojos brilla esa clase de comprensión que ha formado parte siempre de nuestra relación.

—Éramos niños —responde con calma—. No cargábamos todavía con tantas responsabilidades ni heridas.

Bajo la mirada hacia la pelota que aún lleva entre sus manos y deslizo los dedos por una costura suelta que amenaza con deshacerse.

—A veces echo de menos esa ligereza —confieso entre susurros—. Esa manera de vivir sin estar constantemente pensando en lo que podría romperse o desaparecer.

Jaume se sienta a mi lado en el suelo, apoyando la espalda contra una cómoda antigua que cruje levemente bajo su peso.

—Todavía conservas parte de esa ligereza dentro de ti —asegura con convicción—. Aunque a veces no la sientas.

Lo miro de reojo.

—He cambiado mucho —le digo con sinceridad—. Demasiado, quizá.

—Todos hemos cambiado —replica él—. Pero no todo cambio implica haber perdido lo que ya tenías contigo.

Me quedo pensativa un instante. La habitación, saturada de pasado, parece escuchar nuestra conversación con respeto.

—Últimamente… —empiezo, vacilando un poco—, siento que estoy recuperando todo lo que creía haber perdido y que no sabía que me faltaba. No sé cómo explicarlo.

Jaume guarda silencio y espera pacientemente, dándome el espacio que necesito.

—Es como si hubiera regresado a un lugar que siempre me perteneció —prosigo, buscando las palabras adecuadas—. Pero ahora soy más consciente, más feliz…

Él asiente despacio, comprendiendo cada matiz.

—Eso suena a que te has vuelto a enamorar de Vall de Bruma —afirma con una sonrisa tenue.

Y es verdad.

—Sí —respondo sin dudar—. La verdad es que sí.

Jaume sonríe con satisfacción.

—Me alegra profundamente oírlo —confiesa—. Ya te echábamos mucho de menos por aquí.

Me recuesto un poco más contra el mueble, notando cómo el frío de la madera traspasa mi ropa hasta llegarme a la piel.

—Me encanta que mi abuela haya guardado todo esto —le digo, con esa ternura en el corazón—. Cuando decidí marcharme a Barcelona, lo hice porque creía que aquí no iba a encontrar mi futuro. Y mírame ahora.

—Creando tu futuro en Vall de Bruma.

Nos quedamos en silencio durante unos segundos preciados. El polvo ya no danza tanto en el aire; la luz del día se ha vuelto ligeramente más cálida y brillante.

—¿Vas a volver a guardar todo esto? —pregunta al cabo de un rato.

Miro a mi alrededor. Las cajas abiertas, los objetos diseminados como fragmentos de una vida anterior que reclaman su lugar en este presente.

—No todo —contesto con decisión—. Algunas cosas merecen estar a la vista porque forman parte de la historia de esta casa, de la de mi abuela o la mía.

Jaume se incorpora con agilidad y me tiende la mano. La acepto sin pensarlo y me pongo en pie a su lado.

—Estoy seguro que se verán increíbles, pero ahora, vamos —me dice con una sonrisa—. Invítame a un café y hablamos un rato de ese proyecto tuyo. Que me quedé con ganas de saber mucho más.

Sonrío mientras bajamos las escaleras juntos, pensando en que el amor, al fin y al cabo, también se construye de esta manera tan sencilla: recordando el pasado sin quedarse atrapado en él, mirando hacia atrás sin dejar de caminar hacia delante.

Y en Vall de Bruma, rodeada de recuerdos y de personas que han formado parte de mi historia, sé que estoy donde debo estar.

CAPÍTULO 34

Un febrero de amor
SARA

Unas horas más tarde

Febrero se ha instalado en el pueblo casi sin avisar. El frío persiste, pero ya no muerde con la misma rabia; se ha vuelto más sereno, más paciente, como si el invierno hubiera decidido sentarse a esperar ver brotar la vida bajo las capas de nieve acumulada. Camino desde el colegio hasta la casa de la yaya Alberta con la sensación de que, con cada paso que doy, voy abriéndome paso en este mundo nuevo —plagado de colores— que se ha abierto ante mí desde que Bea y yo nos volvimos a ver.

Bea me espera; esta mañana me mandó un mensaje para vernos a la hora de la cena, y cuando llego, la vislumbro a través de los ventanales con una caja entre los brazos y un gesto tan adorable como agotador. Me contó que había desenterrado las cosas que tenía su abuela en el trastero, pero no esperaba que fuera tanto.

Una vez que estoy en la puerta, toco el timbre y espero a que ella abra. Y cuando me adentro en la casa, apenas controlo mi gesto de sorpresa: el salón se ha transformado por completo, hay cajas abiertas por doquier, pilas de ropa almacenadas, objetos antiguos desperdigados sobre la mesa... Hay marcos de fotos, libros con las cubiertas agrietadas, una lámpara de pie apoyada contra el sofá, incluso una sillita infantil que parece salida directamente de los años setenta.

Beatriz me mira con una sonrisa traviesa y las manos cubiertas de polvo.

—No me juzgues, por favor —advierte, alzando las palmas en gesto de rendición—. Te juro que todo esto tenía un sentido hace unas horas.

No puedo contener la risa; me brota sola, ligera, cuando la miro a los ojos.

—Parece que el pasado ha estallado por los aires —comento mientras cuelgo el abrigo—. ¿Todo estaba en el trastero?

Ella asiente con una sonrisa en los labios, aunque en su mirada hay un brillo que va más allá del simple cansancio físico.

—No esperaba encontrarme con tantas cosas, pero a la vista está que a mi abuela le encantaba guardar y almacenar trastos.

—Me temo que eso lo hacemos todos —respondo, acercándome a ella, sorteando cajas y montones, para así sujetar su cara entre mis manos—. ¿Estás bien?

—Sí, un poco removida, eso sí, pero bien al fin y al cabo.

Le robo un beso, y después la abrazo. Su cuerpo se amolda al mío con naturalidad y yo apoyo la mejilla en su cuello, cerrando los ojos un segundo, aspirando su perfume junto al aroma que desprende la casa.

—Te he echado muchísimo de menos hoy —le confieso en un murmullo junto a su piel.

Beatriz exhala un suspiro largo y apoya la barbilla sobre mi cabeza.

—Y yo a ti —responde con voz suave—. Todo el santo día, sin exagerar.

Nos separamos poco a poco, como si el gesto requiriera una delicadeza especial. Me observa con atención, como quien quiere confirmar que soy real y me dedica una caricia en el cuello.

—He preparado algo de cena —anuncia—. Nada del otro mundo, pero es comestible.

—Perfecto —le aseguro—. Después del día que he tenido, algo sencillo me suena a auténtico lujo.

Cenamos allí mismo, en el sofá, con los platos equilibrados sobre una caja grande que hace las veces de mesa improvisada. La luz de la lámpara es cálida y tenue; afuera, la noche desciende a paso lento. Dentro, el tiempo parece haberse detenido.

—Hoy he descubierto verdaderas maravillas —me cuenta Bea, señalando con el tenedor el desorden que nos rodea—. Ropa de cuando era pequeña, juguetes... hasta una pelota con la que jugaba horas y horas con Jaume.

Sonríe al evocarlo, pero enseguida su expresión se torna más introspectiva, como si los recuerdos le pesaran dulcemente sobre los hombros.

—Es curioso —prosigue, bajando un poco la voz—. Al remover todas estas cosas he empezado a pensar en la niña que fui, en la mujer que soy ahora y, sobre todo, en quién quiero ser de aquí en adelante —añade, clavando sus ojos en los míos.

Yo la escucho en silencio, sin interrumpirla ni una sola vez. Me encanta cuando se abre de esta forma, cuando permite que vea todas esas que normalmente no deja ver.

—Tengo la cabeza tan llena de ideas... —continúa después de un sorbo de vino—. El hotel, todo el proyecto en sí... —sonríe —. A veces siento que esto es completamente nuevo para mí, y que no sé ni por dónde empezar.

—Es completamente normal —le digo, apoyando mi mano sobre la suya—. Aunque ya abriste un hotel, estás levantando algo inmenso desde cero y aquí en tu pueblo. Eso es emocionante.

—Sí —reconoce con una media sonrisa—. Pero no quiero levantarlo sola. Quiero compartir este sueño contigo, Sara — prosigue, sin apartar la mirada—. Cada paso que demos, cada duda que surja, cada pequeño o gran logro. No tengo ni idea de cuánto costará, ni de cuánto tiempo nos llevará, ni de cuántos

obstáculos aparecerán por el camino... pero sí sé, con absoluta certeza, que quiero que estés a mi lado en todo momento.

Siento que algo encaja dentro de mí. Durante años, asocié el amor con la espera, con la incertidumbre constante, con esa sensación corrosiva de no ser nunca suficiente. Quise a Beatriz desde un rincón callado y resignado, convencida de que amar significaba conformarse con las migajas que el destino decidiera darme. Pero ahora, sentada frente a ella, oyéndola hablar de futuro en plural, todo ese esquema antiguo se derrumba ante mis pies.

—Bea... —empiezo, y me detengo porque las palabras se me agolpan—. Cuando hablas así —retomo, buscando su mirada —, me das tanto miedo...

Sus cejas se arquean apenas. Sé que mi respuesta la ha preocupado.

—¿Por qué?

— Porque no se trata de un sueño bonito que se desvanecerá con la luz del día. Es una vida entera. Y yo... — Trago saliva—, llevaba tanto tiempo deseando esto que ahora que me lo ofreces, temo que un día nos cansemos de compartirlo todo y volvamos a dónde estábamos hará solo unos meses.

Beatriz se inclina un poco más hacia mí.

—No te estoy pidiendo que dejes de tener miedo —aclara con ternura—. Yo también lo tengo, y mucho. Solo te pido que lo hagamos juntas.

La miro fijamente a los ojos y, por primera vez, no siento la necesidad de protegerme de lo que pueda venir.

—Quiero contarte algo —anuncio al fin, notando cómo el cuerpo me empieza a temblar—. Cuando me hablaste del hotel, de abrirlo aquí en Vall de Bruma —continúo—, algo dentro de mí se iluminó. He reflexionado mucho estas semanas sobre lo que realmente quiero —prosigo—, sobre lo que merezco y, especialmente, sobre lo que puedo aportar. —Me acerco yo

ahora, eliminando los centímetros que aún nos separaban—. Quiero formar parte de esto de manera completa —le digo—. No solo como alguien que te acompañe desde fuera, sino como alguien que lo construya a tu lado, piedra a piedra.

—¿Te refieres a...? —pregunta con cautela, como si temiera romper el hechizo.

—A que quiero ser tu socia —respondo sin dudar—. Que el hotel sea de las dos, en igualdad. Que deje de ser solo tu proyecto para convertirse en algo nuestro. Que esos muros antiguos sostengan no solo habitaciones bonitas, sino una vida compartida, con lo que eso implica.

El silencio que sigue es denso. Beatriz me observa como si acabara de depositar una estrella en sus manos.

—Sara... —musita, con la voz entrecortada—. Eso es muchísimo.

—Lo sé —le aseguro—. Y no lo digo a la ligera. Si vamos a levantar algo nuevo desde los cimientos, quiero que sea una mezcla de ambas, de lo que somos y algún día fuimos. Y lo más importante, de lo que seremos.

Se lleva una mano al pecho, como si necesitara descubrir si su corazón sigue latiendo al mismo ritmo.

—Nunca he querido que te sientas obligada ni presionada —aclara, preocupada.

—No me siento así en absoluto —la tranquilizo—. Estoy eligiendo libremente...

Beatriz se acerca hasta apoyar su frente contra la mía; nuestras respiraciones se entremezclan en el espacio mínimo que queda.

—Te amo —susurra, con un hilo de voz que apenas roza mis labios.

La palabra se posa en mi corazón con una calidez serena y definitiva.

—Yo también te amo —respondo, sintiendo que cada sílaba encaja perfectamente con lo que siento por ella—. Y quiero vivir

este febrero, y todos los que vengan después, contigo, sin guardarme nada dentro.

Nos besamos despacio, sin prisa ni urgencia, regalándonos un beso que sella todo lo que nos hemos confesado a lo largo de estos días y mucho más. Afuera, el invierno sigue su curso imparable, mientras que, en el interior de nuestros corazones, algo se ha sellado para siempre.

Febrero ya no representa solo un mes más en este invierno en el que nos volvimos a enamorar. Ahora forma parte del comienzo real de esta historia que hemos decidido escribir juntas, y que seguirá adelante siempre que nos elijamos por encima de todo lo demás.

CAPÍTULO 35

Querida Beatriz,

Si estás leyendo esta carta, es porque el destino ya te ha llevado mucho más allá de lo que yo podía imaginar cuando eras pequeña y correteabas por las calles del pueblo con las manos heladas y las rodillas eternamente sucias de tierra. No sé en qué instante preciso te sentarás a leer esta carta, pero estoy completamente segura de que habrás llegado hasta este momento transformada, más madura, habiendo aprendido a base de tropiezos y de una valentía que siempre llevaste dentro.

Y es precisamente por eso que deseo confesarte algo que considero esencial.

Nunca olvides de dónde procedes. Sé que tus sueños y tus decisiones te han llevado lejos; y no te lo digo para encadenarte al pasado, ni para contener tus alas, ni para que mires hacia atrás con esa nostalgia capaz de dañarte el alma. Te lo digo porque las raíces no impiden que avances, sino que te ofrecen esa firmeza que necesitas cuando el mundo se tambalea y todo parece inseguro. Vall de Bruma no es únicamente un punto en el mapa; forma parte de tu corazón. Se manifiesta en tu mirada, en cómo cuidas a los demás y en la calidez de tu sonrisa.

Adondequiera que te lleve la vida, tu pueblo te acompañará siempre. Estará en esos recuerdos que irrumpen tu mente de un momento a otro, en el aroma a madera mojada que deja la nieve al derretirse, en el tañido pausado de las campanas que marca las horas. Te acompañará en las anécdotas que relatarás casi sin pensarlo, en las palabras que elegirás al hablar de lo que significa un hogar, en esa forma serena y honda con la que amarás, sin apresuramientos, pero con toda la intensidad del mundo.

No permitas perder la hermosa costumbre de regresar a casa. Vuelve cuando te sea posible, cuando lo precises o incluso cuando no encuentres una razón concreta para hacerlo. Regresa para recorrer despacio esas calles que te vieron convertirte en la mujer que eres, para dejarte abrazar por la magia sencilla y auténtica de su gente, por esas miradas que jamás te harán preguntas innecesarias, pero que te acompañarán en todo lo que te propones. Aquí siempre habrá alguien que pronuncie tu nombre con el mismo cariño de siempre, por muchos años que transcurran.

Cuida mi casa como si fuera tuya. Porque, en realidad, lo es. Entre sus muros no solo habitan muebles antiguos o habitaciones mudas. Flotan todavía risas que se negaron a desaparecer con el tiempo, conversaciones que se quedaron suspendidas en el aire, instantes impregnados de un amor tan inmenso que resultaría injusto permitir que se disiparan en el olvido. Cada

esquina, cada rincón, alberga una historia propia, y todas ellas merecen ser tratadas con respeto, evocadas con cariño y, si las circunstancias lo permiten, transmitidas a quien venga después.

Las casas, Beatriz, también perciben cuando se las quiere de corazón, y esta te ha querido desde el primer día en que cruzaste su umbral.

Si en algún momento la duda te asalta y te cuestionas tu propio valor, regresa allí sin pensarlo dos veces. Si el peso del mundo te aplasta hasta el punto de quitarte el aliento, ten presente que existen lugares que no piden nada a cambio, tan solo tu presencia. Si el amor te aterra por miedo a romperte de nuevo, evoca todo aquello que ya has amado sin permitir que te destruyera. La vida, al fin y al cabo, no consiste en erradicar el miedo, sino en impedir que sea él quien trace tu camino.

Siempre he deseado para ti una existencia plena y auténtica. No perfecta ni exenta de dificultades, sino verdadera hasta la médula. Un oficio que, al concluir cada jornada, te llenase de orgullo. Un amor que nunca te eclipse, que no te empequeñezca, que camine a tu lado respetando tu luz. Un sendero que, aun cuando traiga dolor, sea indiscutiblemente tuyo y te represente en cada paso.

Si has llegado a este punto con el corazón rebosante de emociones, entonces todo el esfuerzo y todo el amor habrán merecido la pena.

Grábate siempre esto en la mente, pequeña: por muy lejos que creas encontrarte, mientras Vall de Bruma siga latiendo dentro de ti, jamás estarás perdida. Y mientras protejas con recelo lo que verdaderamente amas, el tiempo no logrará arrebatarte nunca lo que de verdad importa.

Con todo mi amor,
Tu yaya Alberta

EPÍLOGO

Construyendo nuestro futuro juntas
BEATRIZ

Vall de Bruma,
Sábado, 14 de febrero del 2026

El amor también huele a caramelo. Lo he descubierto esta mañana, mientras caminaba por el obrador de la panadería de Isabel y Eva, envuelta por el aroma de la mantequilla fundida, la vainilla y el chocolate. Los días avanzan, el invierno también, y aunque fuera sigue apretando el frío, aquí dentro ni siquiera existe. El calor que desprenden los hornos, el ronroneo de la maquinaria, las risas que van y vienen, creando una burbuja familiar. En cuestión de unos días, la nieve ha dejado de hacer acto de presencia y ya se escucha el trinar de los pájaros. Aún queda mucho para primavera, pero el mundo ya se está preparando para despertar de su letargo.

Es catorce de febrero, y aunque en otro momento habría echado de menos las flores, hoy me basta con alzar la vista y mirarla a ella.

Sara está de espaldas a mí, concentrada, con el delantal bien atado a la cintura y el pelo recogido en un moño escondido bajo un gorrito de tela. Abre el horno con cuidado y una nube de vapor dulce asciende, calentando sus mejillas durante un instante. Me encanta verla trabajar, cuando todo está en calma y me invita a preguntarme si lo que estoy viviendo es real o se va a desvanecer al menor descuido.

—Bea —dice Sara sin volverse—, si sigues mirándome así, vas a conseguir que queme la hornada entera.

Sonrío y me acerco despacio por detrás, rodeándole la cintura con los brazos.

—No sería la primera vez que consigo distraer a alguien en plena faena —respondo, apoyando la barbilla en su hombro.

Sara suelta una risa baja, pero no hace el menor amago de apartarse.

—Hoy no, por favor —murmura—. Tenemos demasiados encargos.

—Hoy es San Valentín —le recuerdo, rozándole apenas el cuello con los labios.

—Precisamente por eso —replica ella—. La gente quiere dulces y no con sabor a quemado.

Le robo un beso de los labios, de esos que solo aparecen para dejar claro que me encantaría estar en otra parte con ella y le golpeo la nariz con un dedo.

—Mientes muy mal, ¿lo sabías? —susurro contra su oreja —. Te encanta que te distraiga.

Sara se gira por fin y me mira con esa expresión suya que ya siento como mi lugar favorito del mundo; tierna, pero con esa chispa traviesa que me vuelve loca.

—Tú eres la que me encanta —me corrige con voz tranquila—. Pero como sigas así, nos van a echar a patadas a las dos.

Como si hubiéramos invocado a Isabel, su voz retumba desde la trastienda:

—¡Mientras no os comáis los pedidos de los clientes, podéis hacer lo que os dé la gana!

Nos miramos y estallamos en carcajadas al mismo tiempo. Sara regresa con lo suyo y yo me quedo apoyada en la encimera, observándola trabajar. Sus movimientos son seguros, precisos, casi coreografiados. Pienso en todo lo que esas manos saben hacer: amasar, templar chocolate, decorar pasteles y bombones, pero también acariciar, sostener cuando una se viene abajo, construir confianza donde antes solo había dudas, adorar y

guiar a esos niños que buscan en ella su gran apoyo. Pienso en cómo ha cambiado mi manera de mirar hacia el futuro desde que ella forma parte de él. Antes era una línea borrosa, llena de obligaciones que ya no me llenaban y culpas que me pesaban.

El teléfono vibra dentro del bolsillo de mi pantalón. Frunzo el ceño porque no espero ninguna llamada. Lo saco y veo un número largo, desconocido. Dudo durante un segundo, con el pulgar flotando sobre la pantalla. Luego descuelgo.

—¿Sí? ¿Con quién hablo?

—¿Beatriz? —pregunta una voz formal y neutra.

—Sí, soy yo.

—Le llamamos del ayuntamiento de Vall de Bruma.

El mundo se encoge de golpe. Todo el ruido del obrador —el zumbido del batidor, el del horno, las risas lejanas— se vuelve lejano, como si alguien hubiera bajado el volumen de la realidad entera.

—Dígame —consigo responder, conteniendo la respiración.

—Queríamos informarle de que el estudio realizado sobre la finca de su abuela y el solar contiguo han resultado positivos. Enhorabuena.

Me llevo una mano al pecho sin darme cuenta.

—¿Positivos…? —repito incrédula.

—Así es. Tiene luz verde para construir el hotel en la finca y, si lo precisa, anexionar el terreno colindante.

Siento un mareo dulce, casi irreal, como si el suelo se hubiera vuelto algodón bajo mis pies.

—¿Está… está usted seguro? —pregunto, con la voz temblorosa.

La persona al otro lado deja escapar una risa suave que se cuela por el auricular.

—Completamente. Los siguientes pasos serían pasar por aquí a recoger los permisos y comenzar con la tramitación de las obras. Puede venir el lunes sin problema.

Asiento varias veces, aunque no puede verme.

—Sí. Sí, claro. El lunes. Muchísimas gracias.

—Enhorabuena de nuevo, Beatriz. Que tenga un buen día y buen fin de semana.

La llamada se cuelga y me quedo inmóvil, con el aparato todavía pegado a la oreja.

—Bea… —dice Sara, acercándose con el ceño fruncido—. ¿Estás bien? Te has puesto blanca.

Levanto la vista. La veo borrosa durante un segundo, difuminada por la emoción.

—Sara —digo—. Sara…

Ella se asusta un poco y da un paso más.

—¿Qué pasa? Me estás poniendo nerviosa.

No respondo con palabras. Me lanzo a sus brazos y la abrazo con fuerza. Ella tarda un instante en reaccionar, pero luego me envuelve con los suyos, fuerte, segura.

—Ha salido… —digo contra su hombro, con la voz rota—. Ha salido todo bien.

Sara se tensa.

—¿El…?

Asiento, riendo y llorando al mismo tiempo de felicidad.

—Sí. El estudio, la posibilidad de comprar el terreno. Todo.

Me separo lo justo para mirarla a los ojos.

—¡Vamos a poder construirlo!

Sara me observa como si acabara de presenciar un milagro. Luego su boca se curva en una sonrisa enorme y a mí se me contagia. Esto era el primer paso, el primero de muchos y ahora es cuando viene lo fuerte; cuando debemos buscar el apoyo monetario, concretar con Jaume todo el proyecto de edificación y empezar a buscar todo lo que necesitaremos para convertir la casa de mi abuela en un hotel rural digno de este pueblo.

—Bea… —susurra—. Lo has conseguido.

—Lo hemos conseguido —la corrijo, limpiándome una lágrima con el dorso de la mano—. Esto también es tuyo. Tú has

estado aquí todos estos días, aguantando mis dudas, mis miedos. No pienso dejar que te quites mérito, socia.

Ella niega despacio con la cabeza, pero no discute. En vez de eso, me besa. Un beso largo, dulce, cargado de emociones que toman formas de lágrimas que se nos escapan a las dos. No nos importa que Eva e Isabel estén a pocos metros, ni que el horno siga encendido, ni que el mundo entero siga girando a nuestro alrededor.

—Ahora sí —le digo cuando nos separamos—. Ahora empieza todo de verdad.

Sara apoya la frente contra la mía y respira hondo.

—Y es maravilloso.

Horas después, cuando el obrador se queda en silencio y la luz del sol empieza a caer, dejamos todo atrás y volvemos a casa juntas, caminando por las calles del pueblo, disfrutando de la poca nieve que queda acumulada en el suelo y de esa brisa fresca que enfría, pero ya no te eriza la piel. Vall de Bruma está en silencio, apenas se escucha nada a nuestro alrededor y se respira una paz que nos cala dentro y nos acompaña durante todo el trayecto.

Después de unos minutos llegamos a la casa de mi abuela, a lo que será el hotel y también nuestra casa, y nos detenemos sujetas de la mano y con el corazón galopando.

—¿Te das cuenta de cómo son las cosas? —le digo en voz baja—. Toda mi historia está escrita entre estas paredes. Aquí aprendí a correr, a escalar los árboles, a disfrutar de la nieve... —menciono con suavidad—. Los mejores momentos y los más felices de mi vida empezaron aquí.

Ella se acerca a mí, y me rodea entre sus brazos apoyando su cabeza en mi hombro.

—Y eso nunca cambiará —responde—. Por mucho que lo trasformes, que conviertas la casa o vengan otras personas, este lugar siempre va a ser tu hogar, siempre va a ser ese sitio al que

regresarás y te sentirás completa de nuevo. Ese en el que no pararás de crear buenos recuerdos.

Miro la fachada antigua, las contraventanas de madera, la puerta. Pienso en mi abuela, en sus cartas repletas de cariño, en sus palabras, en el amor que me ofreció y lo feliz que fui gracias a su apoyo constante.

—Le prometí que cuidaría de este lugar —murmuro—. Y no voy a dejar que nada importante se pierda. Quiero que todo el mundo que visite el hotel, tenga la sensación de haberla conocido a ella y su maravilloso corazón.

Sara me aprieta la mano un poco más fuerte.

—Y no lo harás —dice con esa seguridad que tanto me gusta de ella—. Porque tú tampoco te has perdido. Te has encontrado, Bea. Y me has encontrado a mí.

«A la mujer que amo», pienso.

Desde que puse un pie en Vall de Bruma, con la idea tonta de quitarme esta casa de encima y regresar a mi vida, todo ha cambiado, y esas emociones dolorosas ahora han desaparecido. Ahora estoy construyendo esa vida que algún día soñé, y me alegra haber descubierto que el amor también es esto: suave, lento, sincero, cargado de amor... una emoción que es tan fuerte que nunca pereció, ni siquiera ante el frío.

Y mientras saco las llaves y caminamos hasta el interior, sonrío porque sé que esto no es el final. Sino el comienzo de una historia que apenas acaba de comenzar.

EXTRA

Construyendo nuestro futuro juntas
BEATRIZ

Vall de Bruma,
Sábado, 12 de octubre de 2026

El otoño en Vall de Bruma huele a tierra mojada y hojas caídas entremezclado con un toque de humo proveniente de las chimeneas que se encienden por las tardes. Es un aroma que me envuelve, recordándome que el tiempo avanza, pero que aquí, en este pueblo enclavado entre montañas, todo parece moverse a un ritmo tranquilo y pausado. Han pasado ocho meses desde aquel San Valentín que marcó el inicio de todo, y ahora, de pie en el porche trasero que forma parte del hotel, observo cómo el sol de media mañana tiñe de oro las copas de los árboles que bordean la finca. El aire es fresco, pero no frío; lleva ese toque húmedo que solo el otoño trae consigo.

Sara está a mi lado, con una taza de café en las manos y el vapor subiendo en espirales perezosas. Hoy lleva el pelo suelto, cayéndole sobre los hombros en ondas desordenadas, y un jersey grueso que le queda un poco grande, uno de los míos. Me encanta verla así, relajada, como si el mundo no tuviera más exigencias que disfrutar de este momento. Hemos convertido los fines de semana en rituales cargados de desayunos tardíos, paseos por la montaña y, por supuesto, todos los cambios que se van sucediendo en el hotel. Porque sí, ya no es solo un sueño dibujado en esos planos que Jaume y yo tardamos semanas en organizar; es una realidad que avanza día a día.

—Bea, ¿estás soñando despierta otra vez? —pregunta Sara con una sonrisa ladeada, dándome un codazo suave.

Parpadeo y vuelvo a la realidad, riendo por lo bajo.

—Algo así —admito, apoyándome en la barandilla de madera que cruje bajo mi peso—. Estaba pensando en cómo ha cambiado todo. Hace ocho meses, esto era solo una idea loca, y ahora... mira.

Señalo hacia la finca, donde los obreros trabajan con ahínco. El hotel ha empezado a tomar forma después de que Jaume y todo su equipo integrasen unas vigas de madera que le han dado un toque más rustico del que ya tenía. Hemos decidido llamarlo «Refugio Alberta», en honor a mi abuela. No será un hotel cualquiera; será un lugar para desconectar, con habitaciones acogedoras, una zona ajardinada y un restaurante que sirva productos del valle.

Sara sigue mi mirada y asiente, con su mirada cargada de orgullo y entusiasmo.

—Es impresionante —dice—. Recuerdo cuando nos sentamos con Jaume y empezamos a lanzar ideas sobre el papel. Parecía que nunca íbamos a empezar, con todos esos permisos y reuniones. Pero aquí estamos.

Me giro hacia ella y le robo un sorbo de su café. Está amargo, como a ella le gusta, pero no me importa. Es un gesto que hemos adoptado: compartir todo, desde bebidas hasta preocupaciones.

—No ha sido fácil —reconozco, recordando las semanas de lluvia que retrasaron las excavaciones, o las discusiones con el arquitecto sobre cómo preservar el encanto de la finca—. Hubo días en que pensé en tirar la toalla. Pero estar a tu lado lo hizo todo más fácil.

Ella se encoge de hombros, modesta como siempre.

—Somos un equipo, Bea. Tú sueñas en grande, yo me encargo de que no nos estrellemos contra la realidad. Además, el pueblo lo necesita. Con el hotel, vendrán turistas que apreciaran la tranquilidad, como nosotras.

Hablamos de eso a menudo: cómo equilibrar la modernidad con la esencia de Vall de Bruma. No queremos que se convierta en un sitio turístico masivo; solo un refugio para quienes buscan paz. Isabel y Eva, ya han empezado a preparar recetas especiales para el restaurante que dará de comer a las personas que se hospeden. Y yo, bueno, yo me he convertido en gerente de nuevo, tal como hacía en Barcelona, lidiando con presupuestos y plazos que me hacen echar de menos mi vida anterior, cuando era Josep el que se encargaba de todo eso.

El teléfono vibra en mi bolsillo, sacándome de mis pensamientos. Lo saco y veo el nombre de Marcos, el capataz de la obra. Respondo con un suspiro fingido.

—Dime, Marcos. ¿Algún problema?

Su voz suena animada al otro lado.

—Ninguno, Beatriz. Solo quería confirmar que los paneles solares llegan esta tarde. ¿Quieres que te avise cuando estén aquí para inspeccionarlos?

Asiento, aunque no pueda verme.

—Sí, perfecto. Estaré por allí en un rato. Gracias.

Cuelgo y miro a Sara, que arquea una ceja.

—¿Todo bien?

—Todo en marcha —respondo—. Vamos a instalar los paneles solares hoy. Es un paso importante para que el hotel sea sostenible.

Ella sonríe y me da un beso rápido en la mejilla.

—Eres una visionaria. Vamos, te acompaño. No vaya a ser que te distraigas y te olvides de lo importante.

Reímos mientras abandonamos el porche y recorremos el camino hacia donde nos esperan. Es un tramo corto, sencillo, pero lo hacemos disfrutando de los árboles y de la explosión de colores. Al llegar, hay unos diez obreros trabajando. Marcos nos saluda desde lejos, con su casco puesto y una sonrisa amplia.

—Buenos días, señoras —dice, acercándose—. Todo va según lo previsto. En cuestión de una semana, el segundo piso

de lo que será vuestra casa estará completamente preparado. Además, ya hemos empezado a ampliar los salones y vais a alucinar con el espacio. ¿Vamos?

Inspeccionamos el sitio juntos. Me explica los avances: las habitaciones —que hemos ampliado y reducido en según qué zonas— ya están casi listas y con esas ventanas grandes que miran al valle; el salón será espacioso, con una chimenea central; en efecto, será gigantesco, así como la zona de descanso y ocio. Sara hace preguntas sobre la cocina, asegurándose de que haya espacio para todo lo que se necesitará instalar. Yo, mientras tanto, imagino cómo será cuando esté terminado y los huéspedes comiencen a llegar.

Pero no todo es idílico. Hace un par de meses, surgió un imprevisto: un vecino protestó por el ruido de las obras, alegando que alteraba la paz del pueblo. Tuvimos que mediar en una reunión comunitaria, explicando nuestros planes y prometiendo minimizar las molestias. Al final, se convenció cuando le ofrecimos un descuento en la estancia inaugural. Vall de Bruma es así: pequeño, pero unido. Nadie quiere conflictos, solo que todos salgamos ganando.

Mientras Marcos nos muestra los planos actualizados, siento una oleada de gratitud. Esto no es solo un negocio; es un legado. Pienso en mi abuela, en cómo ella cuidaba esta tierra. A veces, cuando estoy sola, juraría que la siento cerca, aprobando cada decisión.

Sara me aprieta la mano, como si leyera mis pensamientos.

—Estaría orgullosa de ti —susurra—. Lo sé.

Asiento, emocionada, y cambiamos de tema para no ponerme sentimental delante de los obreros.

Por la tarde, después de la llegada de los paneles solares —que instalamos sin contratiempos—, decidimos dar un paseo más largo. El sol ya baja, tiñendo el cielo de rosas y violetas. Caminamos por un sendero que bordea el lago, donde el agua

brilla y algunos patos flotan aquí y allá. Sara lleva una cesta con algo de comer y beber.

Nos sentamos en la orilla, con los pies rozando el agua. El sonido del agua es hipnótico, un murmullo constante que ahuyenta cualquier preocupación.

—Háblame de nosotras —dice Sara de pronto, sirviendo el vino en dos vasos de plástico—. ¿Dónde nos ves en un año?

Me quedo pensando, mirando el reflejo del atardecer en el agua.

—En el hotel, por supuesto —respondo—. Llevándolo juntas. Tú ayudándome en la recepción mientras que yo acompaño a los que ya están aquí y quieren conocer la historia de este lugar. Y por las noches, disfrutando de nuestra casa, esa que hemos diseñado con vistas a la montaña.

Ella ríe y el sonido me hace cosquillas en el estómago.

—Suena perfecto. Pero ¿y más allá? ¿Viajes? ¿Familia?

La pregunta me pilla por sorpresa. Hemos hablado de ello en abstracto, pero nunca con detalles. Tomo un sorbo de vino, saboreando su acidez frutal.

—Viajes, sí —digo—. Quiero que vayamos a Peñíscola, a ver el mar. O a Barcelona, a hacerle una visita a Josep y que veas el hotel y entiendas por qué prefiero esto. En cuanto a familia... no lo sé. ¿Tú qué piensas?

Sara mira al horizonte, pensativa.

—Siempre he querido hijos —confiesa—. Pero no ahora, no con todo esto en marcha. Tal vez en un par de años. Adoptar, quizás. O lo que surja. Lo importante es que sea contigo.

Sus palabras provocan que mi corazón comience a latir con fuerza, y me acerco para besarla y regalarle un beso lento que sabe a vino y a futuro. Nos quedamos así un rato, abrazadas, hasta que el sol empieza a apagarse y decidimos regresar.

De vuelta a su casa, preparamos la cena juntas y mientras cocinamos, charlamos de tonterías y reímos, me doy cuenta de hay cosas que nunca cambian, y una de ellas es el amor que se

siente por esa persona con la que estamos destinados a vivir la vida, a dejar huella en este mundo... tal como lo hizo mi abuela en su momento.

Son muchas las cosas que nos esperan, pero si de algo estoy segura, es que aquí, en Vall de Bruma, he descubierto lo que significa ser feliz y hacer tus sueños realidad.

AGRADECIMIENTO

Todos y todas, en algún momento de nuestras vidas, hemos sentido ese vacío que se acumula en nuestro pecho y nos pide «correr» y salir de ahí; buscar un lugar donde respirar, donde sentir y liberar todo eso que se ha ido acumulando y que en un momento dado duele y te deja sin respiración. Y cuando eso pasa, tienes que hacer caso. Porque la vida es muy corta y hay que vivirla, pero vivirla al máximo y con el corazón pleno.

Hoy le agradezco a Lorena (mi mujer) todos esos pasos que estamos dando para formar nuestro hogar, para dar forma a esa vida que queremos disfrutar y vivir; gracias por ese amor que a pesar de todo sigue ahí, ardiendo, dulce, suave... porque sin él, yo no me sentiría en casa y sin él, no me habría dado cuenta de lo importante que es vivir feliz y en paz.

Muy pronto se nos harán todos los sueños realidad. Porque nos lo merecemos y porque hemos trabajado para conseguirlo.

Te amo, mi sol.

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30

CAPÍTULO 31

CAPÍTULO 32

CAPÍTULO 33

CAPÍTULO 34

CAPÍTULO 35

EPÍLOGO

EXTRA

AGRADECIMIENTO